

ARIADNA BAKER

ARIADNA BAKER

PAPÁ NOEL,

¡UN HERMANASTRO NO, GRACIAS!

Primera edición.

Papá Noel, ¡un hermanastro no, gracias!

©Ariadna Baker.

©noviembre, 2025

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo
RRSS

Capítulo 1

Frené en seco frente al escaparate que captó de manera fulminante mi atención. Era como si el cristal me hubiera lanzado un hechizo. Las luces cálidas, los tonos, la combinación perfecta entre lo rústico y lo moderno… todo parecía diseñado para atraparme. Me quedé quieta, con la boca entreabierta, sintiendo esa punzada de emoción que solo me daba la belleza bien puesta.

Por un instante me quedé tan absorta que el ruido de la calle desapareció. Era como si el tiempo se hubiera detenido entre esas luces y el reflejo de mi cara en el cristal. Me gustaba esa sensación de calidez, esa chispa que solo aparece cuando la Navidad se acerca y te recuerda que, a pesar de todo, sigue habiendo magia en lo cotidiano.

No podía ser más bello, elegante y armónico. Daban ganas de meterse en él, formar parte de la decoración y quedarse instalada frente a los viandantes que contemplaban también aquella maravilla.

—Anais, ni se te ocurra —me repetí a mí misma.

Pero Anais, o sea, yo, no solía escuchar la voz de su conciencia…

Solo me hicieron falta dos pasos hacia el interior de la tienda para que no me lo pensara dos veces y agarrara un carro para ir echando las compras. ¿Cómo podía ser todo tan bonito?

Ya me podía imaginar mi salón decorado con motivos navideños en tonos arena, marrón, dorado y un naranja otoñal.

Mi sofá era de color tierra, por lo que, combinado con esos tonos y los muebles blancos del salón, quedaría todo muy en sintonía.

Eché en el carrito tres fundas para los cojines del sofá: naranja, marrón chocolate y tierra. Como complemento del mismo tono naranja, me hice con una manta de lana para ponerla en uno de los brazos del sofá y que, a su vez, me serviría para taparme en esos momentos en los que me tumbaba relajadita.

Para la mesa que tenía delante, me decanté por una bandeja de cristal con bolas de adorno en los mismos tonos que los cojines y una vela ancha y grande para el centro. Iba a quedar monísimo.

Me quedé observando un Papá Noel de ochenta centímetros que era una monería y tenía unos tonos que combinaban a la perfección con lo que llevaba comprado. Era tan bonito que no pude contenerme y terminé por meterlo en el carro.

Justo estaba mirando un precioso árbol de un metro, con sus ramas iluminadas con luces LED, cuando me llamó mi padre.

—Hola, papi, ¿me echabas de menos?

—Siempre, hija. ¿Qué haces?

—Pues te iba a llamar porque tengo un problema. —Miré los cuatrocientos euros que valía el árbol.

—No me dirás que tu problema es un capricho que se te ha antojado.

—No, no. —Apreté los dientes y aguanté la risa—. Es una avería del coche, mil euros nada más. ¿Lo pagamos a medias?

—Coge el árbol, te pago la compra. —Lo escuché más cercano que un teléfono y supe que estaba detrás de mí.

Me giré despacio, con una sonrisa de niña pillada. Ahí estaba mi padre, con las manos en los bolsillos y esa expresión entre ternura y resignación que se le ponía siempre que me encontraba en medio de una travesura.

—¿Me has instalado un GPS? —Me reí nerviosa.

—Te he visto por el escaparate, por eso te llamé. —Carraspeó mientras acariciaba mi mejilla.

—Pues eso, lo cojo. —Señalé al árbol.

—Claro, hija. —Me indicó las cajas donde ya venían reducidos para llevar.

Adolfo, mi padre, era el ser más bueno sobre la faz de la tierra, pero, claro, al ser oficial de la Armada, aparentaba ser un hombre serio. Nada que ver con la realidad.

Nos hicimos un tour por la tienda, en el que no solo no intentó frenar mis antojos, sino que, además, me animó proponiendo algunas cosas para añadir a la decoración navideña.

Me encantaba verlo así, tan relajado, riéndose conmigo por cualquier tontería. A veces me costaba imaginarlo en su papel de oficial serio, porque cuando estábamos juntos se transformaba en mi cómplice de siempre, el que me enseñaba a no tomar la vida tan en serio. Había algo en su manera de disfrutar lo simple que me recordaba a lo mucho que habíamos superado juntos.

No sé qué habíamos roto, pero la factura superó los novecientos euros, y mi padre la abonó con su tarjeta sin permitirme aportar nada. Tanto a mi hermana Abigail como a mí siempre nos había consentido demasiado, aunque eso no quitaba que fuera un padre estricto a la hora de educarnos y exigirnos que no se nos olvidaran nuestras obligaciones, esas que siempre iban enfocadas a los estudios.

Me ayudó a llevar todo al coche, lo dejamos en el maletero y continuamos paseando juntos por la avenida hasta que decidimos parar en un restaurante para comer.

—Y bien, ¿qué espíritu navideño te entró este año?

—Papá, pero si siempre soy el alma de la fiesta.

—Sí, pero no para decorar tu casa.

—Eso sí. Me daba mucha pereza cambiar todo para luego quitarlo, pero quiero vivirlo de manera especial este año y adentrarme de verdad en la Navidad desde mi propio hogar.

—Me parece genial. Gratamente sorprendido. —Sonrió, me hizo un guiño y apretó mi mano por encima de la mesa.

—¿Y qué menú tienes pensado para el día de Navidad?

—Pues aún no he pensado nada, ¿para qué voy a mentirte? ¿Te apetece algo en especial?

—Ya sabes que me gusta todo lo que haces.

El día de Navidad, tanto mi hermana como yo solíamos comer en su casa después de venir de la fiesta de Nochebuena, que pasábamos los tres juntos en el Club de Oficiales. Cita a la que ningún año faltábamos.

Mi hermana Abigail y yo vivíamos en el mismo edificio, una justo al lado de la otra, en la misma planta. El edificio solo contaba con dos áticos: el suyo y el mío. Ambas viviendas las estrenamos hacía dos años, cuando mi padre nos las compró de nueva construcción con la herencia que recibió de sus padres, quienes tenían varios inmuebles en la ciudad y que él acabó vendiendo.

Con ese dinero compró los dos áticos, los amuebló sin escatimar en nada y, para colmo, nos ingresó un buen pellizco que aún teníamos en el banco, ya que las dos trabajábamos y nos iba muy bien. Mi padre vivía en una casa preciosa con jardín, en una urbanización muy bonita.

Abigail y yo éramos mellizas: ella, castaña con los ojos color miel; yo, rubia con los ojos marrones. Ambas medíamos un metro sesenta y éramos de constitución delgada. Monísimas, porque todo hay que decirlo. Tuvimos mucha suerte con la genética y con nuestras vidas; esa era la realidad.

Como dije, mi padre siempre fue muy estricto en los estudios, cosa que nos llevó por un solo camino: hacer una carrera sí o sí. Daba igual cuál

eligiéramos, pero había que hacerla. Así que, después de mucho pensarlo, terminamos decantándonos por Medicina. Valor le echamos, desde luego.

Una vez terminada la carrera, con veinticinco años, nos apuntamos a la mejor academia para preparar las oposiciones de nuestra provincia como médicas de familia. Fue todo un triunfo conjunto, porque ambas conseguimos plaza en el mismo centro médico al obtener las notas más altas.

Terminamos destinadas en la ciudad de al lado, a solo diez minutos en coche. Más cómodo, imposible. Además, era un centro nuevo que abría sus puertas por primera vez, así que todos los médicos nos incorporábamos al mismo tiempo. Nos hizo una ilusión increíble, aunque no tanta como a mi padre, que lloró de emoción al vernos con el uniforme.

Dos años atrás habíamos comenzado nuestra vida laboral y en nuestro nuevo hogar. Todo nos vino de golpe. Fue de lo más emocionante.

Y os preguntaréis qué fue de nuestra madre…

Pues bien, Anais —que así se llamaba, igual que yo— era una mujer libre como el viento, cuya única responsabilidad parecía ser vivir la vida a costa de un multimillonario que le había puesto una tarjeta sin límites. Esa era ella.

Se enamoró de Pablo, su actual marido. Nosotras apenas teníamos nueve años. Esperó a que pasara el día de nuestra comunión para decirnos que se iba con otro hombre del que se había enamorado. Imaginad lo que sentimos los tres en ese momento. Mi padre lo pasó muy mal, pero no dudó en sacarnos adelante, porque para ella ya sobramos en su vida.

Al principio nos llamaba por los cumpleaños, en Navidad o cuando acabábamos el curso, pero antes de que cumpliéramos la mayoría de edad ya había dejado de hacerlo. Su vida estaba en Miami, junto a ese hombre con el que nunca llegó a formar una familia.

El caso es que crecimos con mucho amor, con una educación que ahora agradecíamos y con unos valores que venían de un hombre que se desvivió por nosotras: nuestro padre.

—¿En qué piensas? —me preguntó mientras cortaba un trozo de carne.

—En lo que nos hemos convertido mi hermana y yo gracias a ti —murmuré, mirándolo y viendo en sus ojos el orgullo que sentía al escuchar eso, que no era la primera vez que le decía.

Terminamos de comer y nos despedimos a pie de mi coche, ya que el suyo estaba aparcado cerca.

—No cambies nunca, Anais —me dijo antes de marcharse.

—Demasiado tarde —respondí sonriendo.

Llamé a mi hermana para avisarle de que estaba llegando y que bajara al garaje a echarme una mano. Ella había llegado una hora antes de su turno; yo, en cambio, tenía el día libre.

—¿Qué tal te ha ido? —le pregunté al bajarme del coche y acercarme para darle un beso en la mejilla.

—Bien, la verdad es que hoy se me pasó rápido. ¿Qué tal con papá?

—Genial. Me vio por casualidad y le costó la broma cara. —Miré hacia el maletero, y ella sonrió—. Y encima me pagó la comida.

—Es un sol —dijo, rodando los ojos, aunque en su voz había ternura.

—Sí, a veces demasiado. —Reí—. Creo que no sabe negarme nada.

—Ni a mí —añadió ella—, pero contigo se le nota más.

Y tenía razón. Papá siempre había tenido una debilidad especial por mí, aunque su amor era tan grande que nos hacía sentir a las dos únicas.

Mi padre se había jubilado hacía poco, a sus cincuenta y siete años. Estaba de lo más pletórico y feliz de la vida, disfrutando de su paz anticipada, como él decía.

—Ya me lo cobraré yo otro día que tú estés de turno —dijo, cogiendo el árbol.

—Eres una celosa —murmuré haciéndole una mueca, lo que le arrancó una risilla.

—¿Y qué tiene de malo? —Me sacó la lengua a la vez que hacía una burla.

—Nada, hija, nada. Ya sabes que en equitativo, a papá no le gana nadie. —Le guiñé un ojo.

Metimos la compra en el ascensor y subimos hasta el ático. Fuimos dejando todo en el pasillo de mi casa. Mi hermana preparó dos cafés mientras yo me ponía el pijama. Odiaba estar en casa vestida, igual que ella, que desde que había llegado a la suya un rato antes ya se había cambiado.

Nos sentamos en el sofá con los pies en alto, en plan comodonas, como a nosotras nos gustaba. Hasta nos echamos la mantita por encima.

—No te vas a creer a quién me encontré en el centro.

—Lo imagino. —Por su cara podía interpretar casi todo—. ¿Carlos?

—El mismísimo —murmuró con tristeza—. Hacía ya por lo menos cuatro meses que no me lo cruzaba.

—Aún te afecta demasiado.

—Sí, esa espina parece que no termina de salir.

—¿Y reaccionó como siempre?

—Sí. Me miró, giró la cabeza como si no hubiera visto nada y siguió su camino hacia fuera.

Sentí rabia por ella. Carlos había sido su gran amor, y su desaparición tan repentina, tan cobarde, seguía siendo una herida abierta.

—¿Qué cojones le pasaría para no querer saber de ti de repente? —Esa era la pregunta que siempre nos hacíamos.

—No lo sé, pero estoy convencida de que nunca saldré de dudas.

—Lo superarás, cariño. —Le acaricié el hombro.

Abigail no lo había superado. Estuvo con Carlos tres años y, justo un mes antes de que nos regalasen el ático, él le mandó un mensaje diciéndole que lo sentía, pero que no podía seguir con la relación. Acto seguido, él y sus padres la bloquearon de todos lados.

No fue hasta hace un año cuando se lo cruzó y, al pararse ante él para saludarlo, él simplemente la rodeó y siguió su camino. Aquello la terminó de destrozar. Meses después volvió a encontrárselo, y fue más de lo mismo. Hoy, una vez más, había demostrado que no quería ningún acercamiento con ella, y mucho menos darle una explicación. Todo fue una locura de la que nunca llegamos a salir de nuestro asombro. Parecía tan buen chico…

Y así pasamos la tarde juntas, como tantas otras, hablando del trabajo, de nuestro día y, como siempre, estando la una para la otra. Hasta que ella bostezó y se levantó.

—Bueno, doctora, me voy al ático de al lado, que mañana madrugo.

—Descansa, cariño.

Nos dimos un beso y la vi desaparecer tras la puerta.

La noche se quedó en calma y yo, sola. Me tumbé en el sofá, tapada con la manta, y pensé en lo afortunada que era, en la vida que habíamos construido entre los tres.

Mi padre siempre decía que la felicidad estaba en los pequeños detalles, y por primera vez entendí que tenía razón. No hacía falta tenerlo todo, solo saber mirar lo que ya tenías.

Miré la foto de los tres que tenía en el mueble del salón: mi padre en el centro, Abigail a un lado y yo al otro. Sonreíamos los tres, abrazados, frente al mar.

—Gracias, papi —susurré al aire—, por hacer de nosotras lo que somos.

Me prometí que esa Navidad sería diferente. Que iba a celebrar no solo las fiestas, sino la vida que habíamos construido juntos.

Cerré los ojos y, en ese instante, entre el olor a hogar y el murmullo lejano de la ciudad, sentí una paz profunda, de esas que solo llegan cuando una entiende que, pase lo que pase, está justo donde debe estar.

Y sonreí.

Capítulo 2

Había guardado todas las cosas hasta ese día, en el que comenzaba el tan esperado puente de principios de diciembre. Llevaba semanas soñando con esos días libres: ni turnos, ni madrugones, ni llamadas de urgencias que interrumpieran una cena. Solo descanso, hogar y Navidad. Y lo mejor de todo: tanto mi hermana como yo teníamos el puente libre por completo.

Eran las ocho de la mañana y sostenía mi café entre las manos. Me encantaba esa sensación del primer sorbo, el aroma subiendo, la promesa de un día en calma. Afuera, la lluvia golpeaba los cristales con fuerza. El cielo tenía ese color gris denso que te hace agradecer no tener que salir de casa.

Siempre me gustaron los días así, con lluvia golpeando los cristales y el olor del café llenando el aire. Había algo en ellos que me hacía bajar el ritmo sin sentirme culpable, como si el mundo entero te diera permiso para parar. Después de semanas de prisas y pacientes, aquello era justo lo que necesitaba: un día sin bata, sin reloj y sin nadie que llamara mi nombre cada dos minutos.

Cuando escuché la puerta de al lado, supe que era mi hermana. Fui a abrir la mía para recibirla; venía a ayudarme a colocar el decorado navideño y a pasar el día conmigo.

—Te habrás lavado la cara por lo menos, ¿no? —bromeé, al verla por el pasillo con su pijama mientras se estiraba.

—Dame un café si no quieres que cometa un asesinato.

—Doble, te lo hago doble —dije, asintiendo y girándome hacia la cafetera.

Mientras el café se preparaba, ella se acercó a la ventana. Fuera caía una lluvia espesa, con truenos que hacían temblar los cristales. El sonido era tan potente que casi daba miedo.

—No veas la que está cayendo —dijo, mirando tras los cristales. Se oían y se veían las tormentas, cuyos truenos eran tan fuertes que sobrecogían por completo.

—El día está de lo más cerrado. Por cierto, estuve mirando anoche los vestidos de fiesta de Zara y encontré verdaderas joyas. Los puse en «favoritos» para que luego les echemos un vistazo. Estamos a tiempo de pedir algo y, si luego de probarlo no nos gusta, lo descambiamos.

—Sí, lo bueno de ellos es que en cuarenta y ocho horas lo tienes en casa; nos da tiempo de sobra a decidir o devolver para pedir otra prenda —respondió, cogiendo la taza de la encimera.

—Alegra esa cara, que parece que vas a que te fusilen.

—No, ya sabes que hasta que no me tome un par de cafés no soy persona —sonrió.

—Ese es doble, así que espabila. —Hice un chasquido con los dedos delante de su cara.

—Anais, por favor, no te la juegues. —Se reía.

—Me gustas en todas tus versiones, hasta enfadada. —Le hice un gesto para que fuéramos al salón.

—En mi casa tengo un regalito para tu decoración. Se me ha olvidado traerlo, pero cuando lo tengamos todo montado voy, así se pone como broche final —sonrió feliz.

—¿Qué será? —Me di un toque en la barbilla y puse cara de pensativa.

—Es una tontería, pero la vi muy elegante y acorde a lo que me enseñaste que habías comprado.

—No es ninguna tontería, porque te acordaste de mí.

—Sabes que siempre. —Estiró su mano y apretó mi rodilla.

Necesitamos un par de cafés y unas tostadas con jamón antes de comenzar a sacar todo de las bolsas y cajas. La emoción se notaba en nuestras caras.

—Qué de monerías, por favor —dijo ella. Lo había visto todo el día que me ayudó a subir las bolsas, pero solo por encima; ahora lo hacía detenidamente, y había cosas que ni recordaba o ni llegó a ver. Estaba como una niña pequeña.

Verla así me enternecía. A pesar de nuestras diferencias, siempre habíamos tenido esa conexión casi infantil cuando compartíamos algo. Da igual los años que pasaran o las cosas que viviéramos; cuando nos juntábamos, era como volver a ser dos niñas enredadas entre risas, improvisando juegos con lo que hubiera a mano.

—Te dije que adornaras también tu casa.

—Quita, quita, que papá me dio el dinero y lo tengo guardado para fundirlo en las rebajas. Me voy a volver loca. Me quiero comprar hasta unas planchas nuevas para el pelo.

—Y medio Zara. —Me eché a reír.

—También, también.

—Me están dando ganas de ir a descambiar todo.

—No, no, que este salón lo disfrutamos las dos, y ya el dinerito nos lo gastamos en compras a medias. —Era todo corazón, y no éramos nada de egoístas la una con la otra.

—Eso sonó muy bien. Acepto. Salón navideño a medias y compras, más de lo mismo.

—Di que sí. —Estiró la mano para chocarla con la mía.

Lo primero que colocamos fue el árbol de luces LED, que era una pasada y quedaba de lo más elegante. Mi hermana me miraba con la boca abierta y cara de asombro.

—Dios mío, qué belleza.

—Una que tiene gusto. —Puse los dedos en «V» y cara de *influencer*.

—Ya te digo, es una monería.

—Bueno, voy a ir poniendo las fundas de los cojines, y tú ve montando el centro en la mesa auxiliar frente al sofá, que es aquel de cristal con las bolas y la vela.

—¿Y este?

—Ese, para la mesa del comedor. —Volteé los ojos, porque vaya pregunta.

—¿Y este Papá Noel, dónde lo vas a poner?

—Al lado del árbol, por delante.

—¿Y estas velas con los mikados?

—¡En los ovarios! —Me eché a reír—. ¿Quieres dejar de sacar cosas y centrarte en la mesa auxiliar?

—Chica, si sacar lo tenemos que sacar todo. Qué carácter…

—Orden, todo por orden, se disfruta más. —Volteé los ojos.

Todo iba cobrando vida, y el cambio de tonalidades en el salón estaba siendo una verdadera pasada. No dejábamos de hacer fotos y mandarlas al grupo que teníamos con nuestro padre.

Enseguida respondió con un mensaje lleno de emojis y un *«¡Menudas artistas tengo por hijas!»*. A veces parecía más emocionado que nosotras con todo lo que tuviera que ver con la Navidad. Papá siempre había sido el

primero en poner el árbol y el último en quitarlo, como si no quisiera dejar marchar la alegría.

Me quedé embobada mirando la estrella iluminada dorada que había puesto a un lado de la tele, sobre el mueble bajo y largo que tenía en esa pared.

Por unos momentos comencé a sentir que el espíritu navideño había invadido mi hogar y ese espacio que tanto usaba en mi día a día.

—Joder, ahora me están entrando ganas de decorar el mío —rebufó, poniendo cara de circunstancias.

—Eso se soluciona muy fácil. Te vienes a vivir aquí hasta que pasen las fiestas, y seguimos manteniendo tu regalito para los *outfits* de estas fiestas.

—Te ha gustado la idea de compartir mi parte —me dijo entre risas.

—¿A quién le amarga un dulce?

—Hablando de dulces… me apetece comer pasta a la carbonara.

—Qué rico, por favor. No hay nada más que hablar. —Le hice un gesto para que fuéramos a la cocina a prepararla.

Preparamos la salsa a base de cebolla y beicon, que era como nos gustaba. Una vez bien sofrito, le echamos la nata y luego vertimos los espaguetis antes de añadir la yema de un huevo por encima y mezclarlo. Lo emplatamos y cubrimos con mucho queso, como nos encantaba.

—Dios, nos ha salido riquísimo —murmuré, soltando un gemido de placer por el sabor que explotaba en mi boca.

—Si abres un restaurante, yo seré tu socia catadora —dijo con la boca llena, y me eché a reír.

Tras darnos un baño de placer culinario, nos sentamos en el sofá con el cafelito a ver los vestidos de fiesta que tenía en «favoritos».

—Muero con este, el color chocolate se lleva este año y el corte es finísimo. Me lo tengo que ver puesto, mételo en el carrito —me dijo, de lo más emocionada.

—A mí me gusta este, que tiene el tono entre tierra y dorado.

—Es muy fino también.

—¿Pedimos los dos y nos los probamos?

—Sí, claro. Ojalá acertemos a la primera. —Cruzó los dedos e hizo un gesto de nerviosismo—. Mete mi número de tarjeta, que lo paga opaito —me fue diciendo desde su móvil la numeración.

—Listo —murmuré, cerrando el portátil y dejándolo a un lado de la mesa.

Justo en ese momento nos llegó una notificación al móvil de nuestro padre, que venía de camino. Nos reímos porque, con el mal tiempo que hacía, solo a él se le ocurría salir de casa para venir a vernos.

—Fijo que trae algo de merendar —murmuró mi hermana, negando y con la risa suelta.

—Eso lo he pensado; ya sabes que no viene nunca con las manos vacías.

—Pues ya sabemos quién pagará la comida china esta noche.

Nos reímos, y no porque no quisiéramos pagar nada —gracias a Dios teníamos nuestros sueldos y cero deudas—, sino porque mi padre siempre iba por delante en todo eso y no admitía un no por respuesta.

Llegó a los pocos minutos con su bandeja de pasteles recién comprados en su obrador favorito. Por supuesto, nos trajo los que tanto nos gustaban: tocinos de cielo y los de crema de pistacho con chocolate negro.

—¿Quién me manda salir con este temporal? Vosotras, claro —dijo, fingiendo reproche.

—¡Papá! —protestó mi hermana, y él sonrió con ese cariño que nos tenía a ambas.

—Eres nuestro héroe —le dije, mientras le ayudaba con el abrigo.

Mi hermana preparó los cafés y nos sentamos los tres en los sofás. Me encantaba tenerlo allí, entre nosotras, con esa tranquilidad en los ojos que solo le había visto desde que se jubiló. Había algo reconfortante en verlo relajado, sin uniforme ni prisas, simplemente siendo papá. A veces me daba miedo que la vida se nos pasara sin detenernos a disfrutar de estos momentos tan simples.

—Tengo que contaros algo —murmuró mi padre con un tono un tanto pillín que nos hizo ponernos en alerta.

—Papá, tienes cara de haberte enamorado —dije, mirándolo, expectante por lo que nos tenía que decir.

—Eso es. Algo se movió en mi interior.

—Yo me quedo muerta —dijo mi hermana, dejándose caer hacia atrás y fingiendo desmayo, lo que nos hizo reír a las dos.

—¿Y quién es ella?

—Se llama Melisa, tiene cincuenta y cuatro años. Elegante cuando quiere, fina cuando le da la gana, y es un torbellino que me saca infinidad de carcajadas. Es profesora de bachillerato en un instituto privado.

—Bueno, al menos se mantiene sola —murmuró mi hermana, poniendo cara de terror. Le lancé un cojín.

—Tiene un hijo de treinta y cinco años que se llama Martín y es ingeniero.

—Otro que se mantiene —dije yo en esta ocasión, mirando a mi hermana, que aún seguía haciéndose la desfallecida.

—Además, os quería decir que ambos estarán en la cena de Nochebuena en el club.

—¿Tienen familiares oficiales? —preguntó mi hermana, presagiando, como yo, lo que iba a soltar.

—Cenarán con nosotros.

—¡La puta madre de mi vida! —soltó mi hermana, llevándose la mano a la cara, mientras mi padre le daba una palmada en la pierna.

—Os caerán bien.

—¿Qué pasa, que no tenía dónde dejar al niño? —le preguntó mi hermana, causándome una carcajada más grande.

—Ella es viuda desde muy joven y, como es normal, al igual que yo, quiere pasar esa noche con su hijo.

—Míralo por el lado bueno, hermana —dije, aguantando la risa—. Vamos a tener un hermanastro al que volver loco.

—No seáis malas con él, por favor. Es muy buen chico —nos pidió mi padre.

—Más vale que sea así, porque, de lo contrario, ese no sabe la que le ha caído con nosotras —volvió a decir mi hermana.

—¿A qué edad pensáis madurar?

—¿Madurar? Papá, te recuerdo que somos doctoras —sonrió con ironía.

—Pues por eso, qué menos que maduréis un poco —suspiró.

—Tuvo al hijo muy joven, ¿no? Porque, si los cálculos no me fallan y ella tiene cincuenta y cuatro y él treinta y cinco, lo tuvo con diecinueve —dije, haciendo mis cálculos e intentando cambiar de tema.

—Vamos, que con dieciocho años se quedó preñada. —Se apresuró a decir mi hermana.

—Es muy peculiar, pero es buena persona.

—¿Quién, la madre o el hijo? —preguntó mi hermana, poniendo gestos con la cara e incorporándose para comerse un tocino de cielo.

—La madre; a ella le gusta mostrar elegancia.

—Pues habrá que recordarle que es profesora y no la primera dama de la Casa Blanca —le contestó mi hermana, poniendo cara de indignación y provocándonos la madre de las carcajadas.

El caso es que llevaba viéndose con ella desde principios de verano y ya había cenado en alguna ocasión con el hijo, con quien se llevaba muy bien. Había pensado en Nochebuena para reunirnos todos y que por fin la conociéramos, convencido de que sus intenciones eran seguir con ella de manera formal.

Se notaba, por cómo nos hablaba de ella, que por primera vez en mucho tiempo tenía una ilusión, y eso, en el fondo, nos conmovió. Pero, claro, nosotras lo intentamos digerir a golpe de pasteles…

Supongo que parte de crecer también era aprender a mirar a nuestros padres como personas, no solo como refugios. Mi padre había renunciado a mucho por nosotras, y si ahora la vida le devolvía un poco de ilusión, lo mínimo que podíamos hacer era acompañarlo en eso, aunque al principio costara.

—Papá —dije, tocándole la mano—, si te hace feliz, nosotras también lo estaremos.

—Gracias, hija. Sabía que lo entenderíais.

El resto de la tarde pasó entre risas, café y planes. La tormenta seguía rugiendo fuera, pero dentro reinaba el calor de familia.

Cuando mi padre se fue después de cenar, nos quedamos las dos en el sofá, todavía riéndonos de las ocurrencias de mi hermana.

—¿Te imaginas a Melisa intentando imponerse a nosotras? —dijo con una sonrisa pícara.

—No durará ni diez minutos —contesté, divertida, porque conocía a mi hermana.

Pero, mientras hablábamos, sentí algo distinto. No era burla ni rechazo, era curiosidad. Mi padre merecía esa segunda oportunidad. Y quién sabía, tal vez Melisa no fuera tan mala.

Abigail se marchó poco después y apagué las luces del salón, dejando solo el árbol encendido. El brillo dorado iluminaba la estancia con un halo suave. Me quedé mirando un instante, pensativa.

La vida seguía girando, trayendo cambios, nuevos rostros, nuevas etapas. Sonreí, pensando que quizás esta Navidad no solo fuera especial por la decoración o los regalos. Tal vez lo fuera por todo lo nuevo que estaba a punto de llegar.

Y, con esa idea, me fui a dormir con el corazón un poquito más ligero, sabiendo que, de un modo u otro, los tres, mi padre, Abigail y yo, seguiríamos siendo el hogar del otro, pasara lo que pasara.

Capítulo 3

Entré en la consulta sonriendo a mis pacientes, que me miraban con cierto reproche por presentarme cinco minutos después de la primera cita. Pero bueno, ¿qué sabían ellos por qué me había entretenido?

A veces pensaba que, si la gente supiera la cantidad de cosas que nos pasan antes de cruzar la puerta de la consulta, se lo tomaría con más calma. Entre informes, llamadas y alguna urgencia de última hora, llegar a tiempo era casi un milagro.

Vamos, que cinco minutos no eran el fin del mundo, pero las caras de algunos eran un poema. Suspiré y me ajusté la bata. La mañana se presentaba intensa. Los lunes siempre lo eran.

Mi hermana me mandó un mensaje, ya que unos días atrás nos habían llegado los vestidos, que no podían ser más perfectos; parecía que estaban diseñados para nuestros cuerpos. No lo dudamos ni un momento y nos los quedamos para la cena de Nochebuena. El caso es que Abigail no dejaba de probárselo y estaba como una niña pequeña con su vestido de comunión.

No pude evitar sonreír. A veces pensaba que, aunque pasaran los años, seguíamos siendo las mismas niñas de antes, emocionadas con cualquier detalle bonito.

La mañana se me pasó rápida entre pacientes y alguna que otra conversación que me sacó una sonrisa. Me gustaba mi trabajo, incluso con el

estrés. Curar, escuchar, aconsejar… era agotador, sí, pero también reconfortante.

Había días en los que sentía que absorbía demasiado de los demás: sus miedos, sus tristezas, sus dolores. Pero aun así, no lo cambiaría por nada. Era agotador, sí, pero también un privilegio que alguien confiara en ti cuando más lo necesitaba.

Y, sin embargo, en mi interior, ya contaba los minutos para el almuerzo.

Cuando por fin salí, me dirigí hacia el centro comercial en el que había quedado con mi hermana para comer *sushi* en un restaurante que nos gustaba mucho.

Al llegar, la vi pálida, mirando hacia el vaso de refresco que ya le habían servido.

—¿Qué te pasa? —Me agaché para besarle la mejilla.

Levantó la mirada despacio, como si le costara volver al presente.

—Me acabo de quedar toda loca. —Tenía la mirada ida.

—Me estás preocupando.

—Acabo de encontrarme a Carlos… —Sus labios temblaron un poco al decirlo.

En su voz había un quiebre que no recordaba haberle oído en mucho tiempo, y ese simple detalle bastó para que el aire entre nosotras cambiara.

Sentí un pequeño vuelco en el pecho. Carlos. El hombre que le partió el alma en dos hace dos años y al que no había vuelto a mencionar sin un nudo en la garganta.

—No es la primera vez —le recordé suavemente—, hace poco…

—Le he hablado. Estaba mirando hacia un escaparate y me he plantado a su lado y le he dicho hola.

—Y como presagio, no te contestó y se marchó.

—No exactamente. —Tragó saliva—. Me miró, sonrió, afirmó con la cabeza y se fue caminando tranquilamente.

—Bueno, al menos esta vez fue amable. —Intenté quitarle importancia.

—No, Anais. —Negó con fuerza—. Esta vez fue diferente. Esta vez me dio la sensación de que no me había reconocido.

La miré en silencio unos segundos. No sabía si reírme o preocuparme.

—¿Cómo que no te reconoció? Tanto no has cambiado en dos años y pico.

—Fue como si intentase ser amable con sus gestos ante un desconocido. Y su mirada era distinta…

—Ay, Abigail… —suspiré—. ¿Qué estás conspirando en esa cabecita tuya?

—¿Y si no es él y tiene un hermano gemelo que no conoce o no sabe de su existencia? O simplemente un hermano idéntico. Su mirada, es su mirada la que no reconozco. Está mucho más delgado que cuando estaba conmigo, pero eso puede ser normal. Pero su mirada era algo de lo más extraño.

—¿Un hermano gemelo perdido? —Arqueé una ceja—. Eso suena a culebrón venezolano.

—Te juro que no reconozco su mirada. Era él, pero no era él. No sé si me explico.

—Te explicas, pero suena a que el café te ha hecho efecto —bromeé para aligerar.

Ella no se rio. Seguía seria.

—No me mires así, Anais. No me lo estoy inventando. Me ha dado un vuelco el corazón y, al mismo tiempo, una sensación de vacío. Como si me hubiese despedido de alguien que ya no existe.

Y ahí, en su voz, noté el temblor de la tristeza que aún no había superado. Abigail podía reírse de todo, incluso de sí misma, pero el tema de Carlos… ese era su punto débil.

Siempre había sido la más intensa de las dos, la que vivía todo a flor de piel. Yo, en cambio, era más de construir muros cuando dolía. Pero verla así me rompía por dentro. A veces me daban ganas de sacarla de ese lugar oscuro donde seguía buscando respuestas que no existían.

—Bueno —dije con suavidad—, también puede que lo hayas pillado en otra etapa. La gente cambia, cariño. Igual él ya cerró todo eso y solo quiso ser correcto.

—O igual no era él.

—Si no era él, entonces tiene un clon. Y eso sí sería preocupante. —Intenté bromear, pero ella ni pestañeó.

No quería seguir haciendo leña del árbol caído, pero la mirada de mi hermana, el estado en el que estaba… me preocupaba y mucho.

—Lo que es extraño es que siempre te haya ignorado. Ahora que lo dices, es sospechoso todo. Y te tiraste mucho tiempo sin encontrártelo, y ahora lo haces con asiduidad.

—Vi en su mirada que, para él, era una completa desconocida.

—Lo viste salir del centro. Lo mismo, si investigamos, podemos saber si se trata de Carlos o no por el día que tuvo visita.

—Ya sabes que no debemos abrir nada de ningún paciente que no nos corresponda.

—Pero podemos preguntar a los médicos y, como colegas, que nos hagan el favor de decir si tienen o no a ese paciente. Es más, Esmeralda, desde la base, puede mirarlo, y ya sabes que siempre se ofrece para cualquier cosa que necesitemos.

—He pensado en tirar de ella para que me diga solo si es paciente de este centro o de otro; entonces mi teoría cobraría sentido, de que no es él.

Le pedimos la selección de *sushi* al camarero y seguimos hablando sobre el tema, ya que se la veía muy afectada. Esa ruptura la dejó tan tocada que, por mucho que quisiera, aún no se lo podía sacar ni del corazón ni de la mente.

Intenté hablarle de otros asuntos durante la comida para que se sacase eso de la cabeza, pero seguía ausente en sus pensamientos, y hoy se había llevado un mal sabor de boca con el desconcierto de sentir que no la había reconocido.

—Hoy vamos a hacer un poco de *shopping*, que necesito olvidarme hasta de mi apellido.

—Mientras no te olvides de tu hermana… —Sonreí.

—Además, tenemos el dinero de papá casi sin usar; solo pedimos los vestidos y la plancha para el pelo que me he comprado.

—Quememos tarjeta, pues. —Le acaricié la mano.

Nos dirigimos a mirar unas sandalias de tacón para los vestidos. Ambas teníamos claro que las queríamos de tiras y descubiertas, que eran más finas que un zapato cerrado.

—Estas son perfectas para mi vestido. —Sostenía unas en tono crema que resaltaban con el chocolate.

—Me encantan y te hacen el pie muy fino. Yo creo que me voy a decantar por estas —dije mientras me las probaba, además de cómodas, eran perfectas para mi vestido tierra.

—Sí, te quedarán genial. También son preciosas.

—Pues listo, ya solo nos queda pagarlas. —Aplaudí emocionada.

No salieron nada caras, ya que ambas costaron sesenta euros cada una. El tema de los bolsos no nos preocupaba porque íbamos a llevar un neceser que

dejaríamos en la taquilla y solo nos quedaríamos con el móvil, colgado del cuello con cualquiera de nuestras cuerdas o cadenas que teníamos en mil tonos para llevarlo así.

En el espejo del probador nos miramos las dos, riéndonos sin motivo. Había algo casi infantil en esa alegría compartida, en ese instante tan simple y perfecto que hacía olvidar cualquier preocupación.

Aprovechamos para mirar algunas cositas y, de esto que, sin esperarlo, te encuentras con una prenda que sabes que tienes que comprar sí o sí. Era una cazadora en tono camel que no podía ser más perfecta para combinarla con cualquier *outfit*.

—Si hasta nos va con los vestidos.

—Eso estaba pensando yo —respondí mientras me la probaba y me miraba en uno de los espejos de la tienda.

—No, no, esto no se puede quedar aquí; estaba ahí para nosotras —respondió ella probándosela también y mirándose desde varias perspectivas.

—Cuarenta y nueve euros. El precio está genial.

—Es un chollo.

—El señor Amancio tiene todo mi cariño —dije justo cuando pasaba una dependienta y se rio al igual que nosotras.

Seguimos paseando por la tienda y nos hicimos con unos jerséis finísimos de lana, de manga corta. Una monería de la que nos llevamos tres colores: chocolate, tierra y blanco. Como fondo de armario, una pasada.

Justo antes de pagar vimos unos *leggings* de vestir increíblemente bonitos, tipo pana, y el color tierra oscuro era perfecto para combinar dentro de las gamas que nos gustaba usar en esta época. También los cogimos.

—Necesito azúcar para mi cuerpo —murmuró mientras salíamos de la tienda.

—Pues nos tomamos un café calentito con un cruasán en la pastelería de la planta de arriba.

—Sí, por favor —sonrió.

Aquellos pequeños momentos eran los que más disfrutaba: el aroma del café, el murmullo de la gente, la charla fácil con mi hermana. La vida, en su forma más sencilla, tenía un sabor dulce que no cambiaba por nada.

Esa pastelería tenía mucha fama por los cruasanes, precisamente. Los había de todos los sabores. Nuestros preferidos eran el de pistacho y el de chocolate negro. Eran de buen tamaño, así que siempre pedíamos uno de cada y lo partíamos por la mitad para compartir.

Estábamos merendando cuando nos llegó un mensaje de mi padre. Era una foto en la que salía con ella. Las dos nos quedamos con los ojos como platos.

—Dios mío, esta mujer es una mezcla entre la Preysler, la Obregón y hasta me atrevería a decir que de la mismísima Lomana —murmuró, causándome una carcajada.

—No la juzguemos hasta que no la conozcamos.

—Anais, por Dios, ¿la estás viendo?

—Con mis propios ojos —asentí, aguantando la risa.

—Mira dónde están, en un partido de fútbol. Mírala cómo va vestida, que parece que va a una cena de gala. Eso sí, guapa es hasta decir basta.

—Lo mismo le gusta ir impecable hasta a por el pan, pero eso no es malo; es un estilo de vida. Además, te recuerdo que papá es muy elegante y pijo.

—No sé…

—Lo que te pasa es que eres una celosa y te crees que te van a arrebatar a tu padre.

—¿Qué dices? —Me miró con indignación.

—Pues eso, que no hay que juzgar hasta conocer a la persona. Y estoy completamente segura de que papá está esperando que comentemos algo desde el cariño, así que no te embales.

—Ala, le voy a poner que hacen una pareja preciosa.

—Eso está muy bien. Yo le pondré que tienen ambos muy buen gusto —dije mientras lo escribía.

—Más vale que me caiga bien, porque ya casi le tengo hecha la cruz.

—Eres horrorosa. —Me reí negando.

Después de merendar e intercambiar unos mensajes amables con mi padre, nos fuimos en su coche hacia nuestras casas. Yo había ido a trabajar en autobús, ya que el centro comercial estaba al lado, y quedamos en que ella iría en su vehículo para luego regresar las dos juntas.

Durante el trayecto, pusimos música y cantamos como dos adolescentes. Ella, entre risa y risa, aún tenía ese brillo melancólico en los ojos, pero poco a poco se relajaba.

—¿Sabes? —dijo mirando la carretera—. A veces pienso que no volveré a enamorarme.

Me giré hacia ella.

—Eso no lo sabes. El amor llega cuando menos lo buscas.

—Y cuando más lo temes —susurró.

Hubo un silencio tierno. De esos que dolían un poquito, pero reconfortaban.

—Te prometo que todo pasa. Hasta lo que parece imposible.

Ella asintió sin mirarme.

—Lo sé. Pero a veces echo de menos hasta lo malo.

Le acaricié el brazo.

—Eso solo demuestra que sentiste de verdad. Y sentir nunca está mal.

Al llegar a casa, me di una ducha y volví a probarme el vestido para vérmelo con las sandalias y la cazadora. Brutal, quedaba el conjunto brutal.

Por un momento, me vi en Nochebuena, riendo con mi padre, Abigail y, quizá, quién sabe, con Melisa y su hijo.

Pensé en cómo cambiaba la vida sin avisar. En cómo un día estabas rota y al siguiente te descubrías riendo otra vez.

Me sorprendió lo rápido que podía cambiar el ánimo cuando la vida te regalaba una tarde buena. No necesitaba grandes cosas, solo la certeza de que, mientras estuviéramos juntas, todo estaría en su sitio.

Apagué la luz, dejando solo la del árbol, y me quedé unos segundos en silencio. No todo era perfecto, pero tenía lo más importante: amor, familia y esa complicidad con mi hermana que ni el tiempo ni nadie podría romper.

Y sonriendo, me dije:

—Por días así, vale la pena todo lo demás.

Capítulo 4

Abigail me ofrecía una copa de las dos de vino que había servido mientras hacíamos tiempo para irnos hacia el club. Estábamos guapísimas con nuestros *outfits* de Nochebuena.

Guapísimas y, ¿por qué no decirlo?, un poco peligrosas. Nos miramos en el espejo grande del salón y sonreímos con orgullo.

Había algo en el reflejo de ese espejo que no era solo brillo ni maquillaje. Era la sensación de que estábamos cerrando una etapa, aunque todavía no lo supiéramos. Las dos habíamos crecido de golpe aquel año, cada una a su manera, y esa noche tenía el sabor de algo nuevo, de lo que empieza sin avisar.

—Por nosotras, hermana, por papá y por todo lo que esté por venir —dijo Abigail levantando la copa y apretando los dientes, lo que en su caso significaba que estaba nerviosa.

—Tienes que ser optimista; de lo contrario, te va a seguir cayendo mal esa mujer, a pesar de que no la conoces.

—Si yo estoy optimista. —Sonrió con una clara ironía.

—Sí, muchísimo, cariño, te sale por los poros. —Puse los ojos en blanco.

No le entraba por el ojo la pareja de nuestro padre desde que la vio en fotos. *«Demasiado perfecta»*, dijo entonces. *«Demasiado todo»*, añadió después.

Yo, en cambio, tenía curiosidad. Quizá porque con los años había aprendido que las apariencias engañan y que las personas no siempre eran lo que parecían a primera vista. Además, si mi padre estaba feliz… ¿Qué más daba?

Aunque claro, si la mujer resultaba insoportable, iba a ser un suplicio disimularlo toda la noche. Esperaba que hoy cambiase un poco su visión hacia Melisa, a la que en un rato conoceríamos. De lo contrario, se mascaba la tragedia.

Por mucho que lo negara, yo también tenía un pequeño nudo en el estómago. No era solo por conocer a la novia de mi padre, sino por ver cómo el pasado, el presente y el futuro podían sentarse juntos a la misma mesa sin hacer demasiado ruido.

Habíamos quedado en que iríamos hacia el club en taxi, del mismo modo que lo haría mi padre, ya que en días claves como hoy, nadie iba a conducir después de beber.

A mi hermana eso de cenar con desconocidos le había sentado como una patada en los ovarios, y lo peor de todo es que no podía disimularlo.

—Lo mismo Melisa nos cae genial y terminamos abrazadas bailando villancicos —le dije.

—Sí, claro. Y lo mismo Papá Noel me deja mañana un novio nuevo envuelto con lazo rojo. —Bufó, aunque al final acabó riéndose.

Nos bebimos la copa y pedimos un taxi que nos recogió a los pocos minutos. Comenzaba una noche que consideraba especial porque, año tras año, habíamos vivido en el club muchos momentos bonitos.

El trayecto hasta el club fue corto, pero intenso. Abigail no paraba de soltar ocurrencias.

—Si la mujer me mira con aires de superioridad, le suelto un «Feliz Navidad, duquesa de Cambridge», y me quedo tan ancha.

—No empieces, por favor. —Reí, tapándome la cara.

—O peor… ¿Y si el hijo es uno de esos que se creen irresistibles? Los que se miran al espejo hasta para respirar.

—Pues tú le miras igual, con cara de «qué pena que no sepas que no me impresionas».

—Ja. Tú no sabes la cara que pongo cuando alguien me cae mal.

—Sí, sí la sé. La del gato cuando huele algo raro.

—Exacto. Pues vengo con ella de serie. —Rio.

Al llegar, saludamos al encargado que estaba recibiendo a los asistentes en la puerta. Nos conocía de sobra y nos comentó que mi padre ya se encontraba dentro, hecho del que estábamos al tanto, porque hasta que no nos escribió para decirnos que ya estaba en el club, no pedimos el taxi.

Fuimos al guardarropa para dejar las cazadoras y los bolsos, quedándonos solo con el móvil colgado del pecho desde una cadena dorada monísima que compramos para estas ocasiones, además de que los complementos eran todos en el mismo color, ese que ahora mismo era tendencia.

De lejos vimos a mi padre con ella y su hijo; charlaban de pie mientras tomaban un vino. A mi hermana se le descompuso la cara.

—Mírala, con ese vestido tan de sirena. Ni que tuviera treinta años…

—Pues le hace un cuerpo espectacular. Por cierto, no es por nada, pero el hijo tiene un repaso. —Observé cómo parecía un modelo al que el traje le sentaba como anillo al dedo y que le hacía una planta de lo más estilosa.

—Verás cuando se gire, que va a ser feo de cojones.

—Optimismo, hija —protesté mientras caminábamos hacia ellos.

Conforme nos fuimos acercando, mi padre nos vio y sonrió. Madre e hijo se giraron y también sonrieron, efecto que nos llevó a hacer lo mismo; eso sí, lo de mi hermana era tan fingido como la vida misma.

El caso es que me llevé una sorpresa de esas que hacen que se te suba la sangre a la cabeza. Porque Martín no era feo, sino todo lo contrario. Era uno de los hombres más atractivos que había visto en mi vida.

Y lo peor no era su aspecto, sino la calma con la que parecía saberlo. Esa clase de seguridad que no necesita palabras, la que te observa sin pedir permiso y te deja pensando incluso cuando apartas la mirada.

Pelo castaño con mechas naturales rubias y desenfadado, ojos de color azulino y mandíbula marcada, cuerpo definido y… ¡Era todo un bombón! Lo peor era su sonrisa segura y sostenida, que hacía presagiar que tenía todas las tablas como as guardado en su manga.

—Pero qué chicas más guapetonas —dijo Melisa, cometiendo el error de su vida. Guapetona sonaba a medias.

—Bellezas, somos unas bellezas. —No le tembló la voz a mi hermana para contestarle mientras le daba dos besos.

—Encantado, soy Martín —me dijo su hijo, posando su mano en mi hombro y mirándome con esa seguridad que parecía manejar a su antojo.

—Yo soy Anais —sonreí, intentando no parecer ni tonta ni irónica, pero algo me decía que iba un poco subidito.

Después de saludarnos, nos trajeron una copa de vino que tomamos de pie con ellos.

—Estáis impresionantes —nos dijo mi padre.

—¿Y yo qué os parezco? —nos preguntó Melisa, haciendo una pose para mostrar su vestido, causando una sonrisa de debilidad en mi padre, que pasaba por alto ese ego de querer ser ella la más.

—Pues mira, no se te ve nada mal, señora —le dijo mi hermana intentando parecer graciosa, pero se notaba claramente que su tono era de retintín.

—Lo de *señora* podemos obviarlo —contestó con una sonrisilla falsa y nerviosa.

—Melisa, la llamamos por su nombre —dije, intentando que la cosa no fuera una de *dime y diretes*.

—También la podéis llamar guapa, preciosa —propuso su hijo.

—Sí, y a ti, señor Grey, ¿no? —le contestó mi hermana, poniendo cara de desagrado.

—Hombre, eso es un insulto. Ese hombre tenía un problema, cosa que no sucede en mi caso. —Me hizo un guiño a mí, y eso que le estaba contestando a mi hermana.

—Bueno, brindemos. —Irrumpió mi padre llevando la copa al centro para cortar el tema.

—Por una noche llena de momentos para guardar en nuestros corazones y mucha diversión —soltó Melisa con esa risilla un tanto tonta.

—Claro que sí, nos lo vamos a pasar de lujo —le contestó mi hermana mientras todos chocábamos las copas.

—Por las nuevas integrantes de la familia —sentenció Martín, causando que a las dos se nos salieran los ojos de las órbitas.

—¿Perdona? Que aquí estamos en familia desde que mi madre nos trajo al mundo —le respondió Abigail, y a él le salió una sonrisilla pícara de haberla provocado.

—Bueno, es un decir; os da la bienvenida a la nuestra —expresaba Melisa sin perder la risilla esa falsa.

—Todos venimos de nuevo, en cierto modo —contestó mi padre haciendo un carraspeo y pidiéndonos con la mirada un poco de clemencia.

—Por esa regla de tres, aquí al club llevamos viniendo los tres toda la vida —contradijo mi hermana.

—Hija, hablamos de familia. —Volteó los ojos.

—Son muy graciosas —soltó Martín, provocando aún más con esa sonrisa de tener el control de todo.

—Unas payasas, vamos —le contestó mi hermana negando.

—No lo dijo por mal, cariño. —Se apresuró la madre para que no llegase la sangre al río.

—Tranquila, hemos lidiado en mejores plazas —le contestó refiriéndose a Martín, al que dirigió su mirada mientras este mantenía su sonrisilla triunfal.

En el fondo hasta me hacía gracia el temple de ese chico que tenía de todo menos vergüenza. Elegante, atractivo, sonrisa seductora y un toque pícaro y de seguridad con el que intentaba jugar con ventaja.

Melisa se puso a hablarnos de que le gustaba mucho el club y que se había quedado maravillada con el servicio que tenía, la decoración y el ambiente tan distinguido. Mi hermana y yo la escuchábamos sonriendo, intentando obviar las tonterías para no hacer sentir mal a mi padre. De todas maneras, no estaba diciendo nada malo, pero era su forma de expresarse tan forzada para transmitir elegancia y saber estar.

Martín me retaba con su mirada; era como si quisiera ponerme nerviosa y dejarme claro que estaba ahí. Jamás había tenido esta sensación tan extraña con ningún otro hombre. No es que me hiciera sentir incómoda, todo lo contrario, pero era una extraña tensión la que notaba entre nosotros. Yo intentaba hacer como que no le prestaba atención.

Tomamos asiento en la mesa redonda que había reservada con nuestros nombres y, por arte de magia, Martín quedó justo enfrente de mí. Estaba claro que lo había hecho adrede.

—Tenéis un padre que llegó a mi vida para hacerme sentir más viva que nunca.

—Qué bonito —murmuró mi hermana en plan dulce, cuando detrás de esas dos palabras iba la más grande de las ironías.

Martín lo notó enseguida, con esa risilla suya de quien se las sabe todas.

—Nos conocimos dos y ahora somos cinco —contestó mi padre mirándola con cara de estar lo siguiente a enamorado. Vamos, peor que un quinceañero con su primer amor.

—Yo diría que vamos a formar una familia muy bonita —sentenció Martín, sosteniendo en todo momento su mirada hacia la mía.

—¿Y por qué me miras a mí? —le pregunté de manera ofendida.

—¿Porque eres a la que tengo enfrente? —Sabía que ese hombre tenía para todo.

—¿No te ha dado nunca por presentarte a «Míster Simpatía»? —le pregunté de manera retadora.

—Fui «Míster Europa» con veinticinco años. —Me hizo un guiño.

—Ya te digo yo que se la está buscando solito —soltó mi hermana después de rebufar, causándole una carcajada hasta a mi padre.

—Muy buena, sí, señor —le dijo Martín riéndose y señalándola.

—Hijo, cuídalas, que serán tus hermanastras.

—¿Las dos? ¿O puedo decantarme solo por una? —preguntó él, sentado de lado, con un brazo apoyado en el respaldo y la mano agarrando la copa de la mesa.

—¿Hermanastras? Vayamos con cautela, que aquí somos todos muy mayorcitos para llamarnos ahora cosas raras —dijo Abigail mirando a mi padre en plan protesta.

—Bueno, nos vamos a tomar todo con humor y disfrutar de esta mesa rodeada de personas increíbles —dijo mi padre mirándonos y pidiéndonos clemencia de nuevo.

—Son muy guapas, todo hay que decirlo —le dijo Martín a mi padre, pero mirándome a mí de manera penetrante.

—Sí que lo son —contestó su madre, esta vez más a la altura, sonriendo y mirándonos sin apreciarse en ese momento nada de su ego.

—Estoy pensando en adoptar a una —soltó Martín, y a mi padre se le escapó una carcajada.

—Hijo, no las busques —le reprendió su madre poniéndole ojitos.

—Adoptar a una, dice —respondió Abigail, poniendo los ojos en blanco y negando—. Y yo pensando que en el club no dejaban entrar a la gente dopada.

—Me caes bien —le respondió tan campante y con su espléndida sonrisa.

—Uf, me acabas de quitar un peso de encima —sonrió falsamente, y él la imitó.

Martín tenía un arte de esos para echar de comer aparte. Ahí estaba, con toda su pasividad, sin inmutarse por nada y provocando nerviosismo en las dos, aunque más en mí, porque su mirada fija en la mía era un auténtico reto.

Melisa era tal y como la había descrito mi padre: una mujer que disfrutaba sintiéndose distinguida, guapa, el centro de atención. Le gustaba aparentar elegancia y saber estar, pero también tenía ese lado que estábamos descubriendo, y es que no era ni egocéntrica ni malintencionada; simplemente, peculiar. Ni más ni menos. Hasta mi hermana fue cogiéndole el punto y acabó charlando con ella entre bromas, lo que para mi padre fue un auténtico alivio.

Los entrantes de canapés fueron de diez: una presentación impecable y una fusión de sabores que era una auténtica locura para el paladar.

Sobre la mesa también habían colocado una gran bandeja de marisco y otra con jamón, queso y lomo ibérico.

Martín, entre bocado y bocado, me observaba como si estuviera estudiando mis reacciones.

—¿Siempre comes tan despacio o es que estás disfrutando? —me dijo con media sonrisa.

—Disfruto. No todos los días tengo delante a un «Míster Europa» —contesté, y sonrió sin la más mínima vergüenza.

Los camareros comenzaron a traer los platos principales, que cada uno había elegido a su gusto entre carne o pescado. Al final, los cinco coincidimos: un entrecot a las finas hierbas con patatas panaderas.

—Tenemos todos el mismo gusto —dijo Martín cuando nos pusieron los platos por delante.

—Unas más que otro —le contestó mi hermana, que lo tenía entre ceja y ceja, cosa que a su madre ya la llamaba hasta amiga.

Martín se limitó a sonreír mientras cortaba un trozo de carne para llevársela a la boca y responder con ese silencio que él tan bien controlaba.

Melisa se rio.

—Abigail, deberías trabajar en televisión, hija. Tienes una chispa maravillosa.

—No, si al final me va a caer bien —dijo mi hermana, y todos reímos.

Los camareros no dejaban de rellenarnos las copas y estaban de lo más atentos. La verdad es que siempre nos sentimos muy bien en este lugar.

La conversación derivó en anécdotas familiares, entre ellas mi relato de la vez que Abigail se cayó en la piscina con vestido y tacones en una fiesta.

—¿Y sobrevivió el vestido? —preguntó Melisa.

—El vestido, no. Mi dignidad, menos. —Rio Abigail.

La mesa entera estalló en carcajadas.

Melisa se llevaba cada vez mejor con ella. Y yo, en silencio, observaba a mi padre. Se le veía feliz. Verdaderamente feliz. Y eso me conmovió.

Martín se inclinó un poco hacia mí.

—Tienes una familia muy especial —dijo en voz baja.

—Sí, un poco caótica, pero auténtica.

—Lo auténtico es lo que importa. —Sonrió, y durante un segundo noté algo distinto en su mirada. No solo ese descaro juguetón… sino un atisbo de ternura.

—Un brindis —dijo mi padre—. Por las nuevas etapas.

—Y por los viejos lazos que siempre permanecen —añadí yo.

Abigail me miró con complicidad.

—Y por los «Míster Europa» reformados —añadió, provocando otra ronda de risas.

Melisa se estaba ganando a mi hermana a pasos agigantados. ¡Quién me lo iba a decir! Eso sí, al hijo lo tenía entre ceja y ceja, y él, por su parte, no parecía tener intención alguna de hacer méritos por ganársela.

Y, aun así, no pude evitar pensar que aquella historia no terminaba allí. Había algo en sus miradas, en la manera en que el destino nos había sentado frente a frente, que me hacía sospechar que esa noche sería solo el principio.

Capítulo 5

Llegó la hora de los postres y mi hermana estaba que se salía del pellejo de graciosa. Nos tenía a todos con lágrimas en los ojos. Hecho que a mi padre le hacía inmensamente feliz, ya que la tensión con Melisa había pasado. Lo del hijo era otro tema y para echarle de comer aparte.

Desde el primer momento supe que Martín era de esos hombres que disfrutan probando los límites. Y, para mi desgracia, los míos siempre han sido un reto demasiado tentador para quien insiste en empujarlos.

—Así que sois médicas —murmuró Martín, manteniendo, cómo no, la mirada sobre mí.

—Sí, pero supongamos que ahora te ahogas, nosotras no moveríamos ni un dedo —le respondió Abigail tan pancha.

—Mujer, no digas eso y ten piedad de su madre —contestó Melisa con la risilla suelta.

—Mamá, tranquila, ante un ahogamiento yo sabría mejor que ellas cómo actuar conmigo mismo. No hace falta perder tantos años de carrera para algo tan básico. —Le hizo un guiño.

—La leche —dijo mi padre, girándose hacia él y negando con la risa suelta mientras lo miraba a modo de riña.

—Vamos, tampoco me hace falta a mí perder tantos años en una arquitectura para hacer un dibujito. Será chulo… —Se refirió Abigail a

Martín, obviamente.

—Se llevan como hermanos —murmuró Melisa, mirando a mi padre.

—Si este fuera mi hermano, hace veinte años por lo menos que ya lo hubiera hecho desaparecer.

—Abigail… —le recriminó mi padre, pero con esa sonrisa que intentaba esconder.

—Ni Abigail ni leches. Papá, este hombre se ve que es tonto desde que iba en los huevos de su padre.

—Esa boca…

—Ríete, si estás deseando.

—Qué graciosa es —dijo Melisa, que estaba en su mundo.

—Y tú también, Melisa, pero qué tonto es tu hijo. —Rebufó.

Martín sostenía la risilla y dejaba correr el aire, como si no fuera con él. Le encantaba provocar a mi hermana, y se notaba que era muy pinchón, pero era mejor que no se la jugara mucho, porque no sabía con qué muro iba a dar. Y si algo había demostrado Abigail, era que cuando se le cruzaba alguien, no había muro que aguantara.

Los postres eran una delicia, y el café helado que acababan de servirnos estaba que crujía de bueno.

Me tenía nerviosa; ese hombre no hacía más que retarme con la mirada y con esa sonrisa tan traviesa. Era muy difícil actuar con naturalidad cuando lo tenía enfrente observando cada uno de mis movimientos.

Había algo en su forma de mirar que no era solo descaro. Era una especie de calma desafiante, una que decía «ya sé que te incomodo, pero no voy a apartar la vista». Y eso, maldita sea, funcionaba.

Menos mal que abrieron el salón de eventos que daba a un jardín que habían adecuado para la noche. Hasta habían hecho un fuego en el centro sobre un redondel de material habilitado para eso.

Mi hermana y yo fuimos a por las cazadoras para poder estar en el exterior. Por muy acondicionado que estuviera, y aunque hubieran hecho la fogata, las temperaturas de diciembre eran bajitas, por muy buen clima que tuviéramos en esta zona del sur.

Salimos y nos dirigimos a una de las mesas altas donde estaban los tres, con una estufa exterior al lado. Habían cogido buen sitio; además, tenían taburetes alrededor.

—Os he pedido dos rones con cola, como os gusta —dijo mi padre, señalando los vasos, y vi que Martín me miraba con la risilla.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Hija, déjalo, está feliz —protestó mi padre con cariño.

—Él es así, cariño. —Me acarició el brazo Melisa—. Tiene los chakras muy nivelados.

—¿Los chakras nivelados? Este lo que tiene es que no le dieron una buena hostia a mano abierta cuando era pequeño —soltó la bruta de mi hermana, causándonos una carcajada a los cinco.

—No, en serio, espero que no te pases toda la noche mirándome. Creo que tienes más opciones.

Martín amplió su sonrisa y dio la callada por respuesta. Mi padre y Melisa, que iban bien a gustito de vino, se miraban con esa risilla de creer que era cosa de jóvenes. Ellos y su mundo.

Por un segundo me los imaginé dentro de una burbuja, ajenos a todo, mientras nosotros jugábamos a algo que ni siquiera entendíamos del todo. Quizá eso era crecer: ver que el amor de los padres seguía siendo capaz de empezar de nuevo.

—Ese las mata callando —murmuró mi hermana a mi oído.

—A mí me tiene nerviosa —confesé bajito.

—Y colorada. Parece que ha tocado tus instintos femeninos —me dijo ella con un tono divertido que solo aumentó mi vergüenza.

—No es eso, que sí que es un cañón de tío, pero no aguanto ese aire chulesco que tiene.

—Si vais a hablar de mí, podéis hacerlo en mi cara —nos dijo, acercándose con toda la pasividad del mundo.

—Estábamos diciendo que menos mal que eres una especie rara, que, si todos los hombres fueran como tú, el mundo ya se habría ido a tomar por culo hace mucho tiempo.

—Si todos los hombres fueran como yo, todas las mujeres estarían felices —murmuró con esa tranquilidad que me ponía de los nervios.

—¿Le das la hostia que le falta tú o se la doy yo? —me preguntó mi hermana.

—Vamos a darle el beneficio de la duda. Quiero pensar que este hombre —lo miré a él, que no me quitaba la mirada— no es así de imbécil, solo que está un poco nervioso por conocernos.

Lo miramos las dos a la vez, esperando que contestara, pero nada; su sonrisa era el lenguaje universal de todas sus calladas.

—Lo dicho, es tonto desde que iba en los huevos de su padre —murmuró mi hermana antes de darle un trago largo a la copa—. Ahora vengo, voy a saludar a Marco, que hace mucho que no lo veo.

—Pero… —No me dio tiempo a más; se largó dejándome con Martín a solas.

—Creo que ha pasado de ti…

—No, lo que pasa es que tú, con tu carácter de mierda, la has echado. —Me puse a la defensiva.

—¿Ese que te hace poner tan nerviosa?

—No aguanto tu sonrisita. —Rebufé y cogí la copa para dar un trago.

Y con la mala suerte de que ese trago se me cayó un poco encima del vestido.

—Lo dicho, te pongo nerviosa. —Cogió una servilleta y me la ofreció.

—¿Por qué no dejas de mirarme?

—Sigo teniéndote enfrente.

—Pero es muy descarado lo tuyo. —Me froté sobre la mancha.

Lo bueno fue que el tono del vestido era agradecido y casi ni se notaba. Menos mal, porque vaya manera de empezar la noche.

Miré hacia la pista y vi a mi padre bailando con Melisa; hacía unos minutos que se habían esfumado. Ella era todo un personaje: le gustaba que todo en ella destilara elegancia; hasta bailando transmitía ese glamur que tanto se empeñaba en proyectar. Me di cuenta de que Martín también los observaba y esbozaba una sonrisa.

—Como le pongan reguetón a tu madre, se rompe —murmuré en broma, provocándole una risilla más fuerte.

—No creo que haga movimientos exagerados ni nada por el estilo. Ella es muy elegante.

—Y tú muy descarado. Hacéis un buen tándem.

—Sigo teniéndote delante.

—Martín —me ladeé, echándome a reír—, ¿lo haces a posta?

—¿El ponerte nerviosa?

—Por ejemplo. —Solté el aire.

—Me sale solo. —Y vaya si le salía.

Ese «me sale solo» me quedó dando vueltas. No sabía si me irritaba o me divertía. Tal vez las dos cosas. Tal vez era eso lo que me tenía descolocada: la sensación de que, por primera vez en mucho tiempo, alguien conseguía moverme el suelo sin tocarme.

—Pues deberían darte un premio. Vamos, que te digo yo que no he conocido a otro igual.

—Ni lo conocerás. —Me hizo un guiño mientras sujetaba su copa y luego se la llevaba a la boca sin perder la sonrisa de medio lado.

—Me parece a mí que me voy a ir a buscar a mi hermana.

—Te acompaño. —Me hizo un gesto con la cabeza y me frené en seco.

—¿Pero piensas darme la noche?

—Y el día. Soy de lo más generoso.

—Me lo estás poniendo muy difícil.

—¿Segura? ¿Prefieres recapacitar ese señalamiento?

—Me reitero. Me estás complicando la noche, Martín.

—Si me lo dices con ese tonito tan romántico, no puedo creer en tus palabras. —Se dejó caer de lado sobre la mesa alta.

—Dime una cosa. —Me acerqué a él intentando coger el control de la situación—. ¿Hace mucho que no follas? —le pregunté intentando mantener la calma, pero es que o le soltaba eso, o le daba la hostia, y yo no era precisamente agresiva.

Me miró con esa sonrisa de medio lado y se acercó a mi oído.

—Pregúntamelo mañana… —murmuró, erizándome la piel.

—Mañana espero que no tenga que cargar contigo de nuevo.

—Ya lo veremos… —Se echó hacia atrás, se volvió a poner de medio lado y dio un trago a su copa mientras me miraba con esa sonrisa de oreja a oreja.

Eso me dejó con serias dudas, porque podía interpretarse de muchas maneras.

—Una duda. —Me acerqué un poco más a él y lo señalé con el dedo mientras miraba hacia un lado, pensativa—. ¿Qué me has querido decir?

—A buen entendedor, pocas palabras bastan.

—No, si encima ahora me va a tomar por gilipollas —dije alto y claro, provocando que su sonrisa aumentara. Este hombre tenía la pasividad por bandera.

Dirigí la vista hacia la pista y me encontré a mi hermana, junto a mi padre, bailando con Melisa de ese modo tan peculiar. Ver para creer: mi hermana haciéndose la fina cuando le gustaba un perreo más que cualquier otra cosa.

—Se ha adaptado a la nueva familia —murmuró desde mi espalda, en mi oído.

—Y ahora me dirás que también vives con tu madre —suspiré con cansancio.

—Veo que quieres saber de mi vida. —Carraspeó, mirándome con esa sonrisilla sostenida que era el mal de mi tranquilidad.

—¿Sabes qué? Me voy a bailar de manera distinguida —sonreí con ironía, refiriéndome a su madre.

—Baila para mí. —Me frenó en seco, agarrando mi brazo y dejándome sin aliento.

—Creo que deberías dejar de beber. —Cogí su copa y la alejé un poco en la mesa.

—Y tú, de negar lo evidente.

—¿Qué hablas de evidente? Aquí lo único evidente es que eres un prepotente.

—Tu visión sobre mí no implica que la realidad no sea muy distinta. ¿Vas a bailar conmigo? —sonreía con toda la calma del mundo.

—Pídemelo de rodillas… —Me encogí de hombros.

—No hay problema. —Se agachó poniéndose de cuclillas cuando…

—Un momento, por favor —dijo el DJ—. Parece ser que hay una pedida de matrimonio —anunció señalando hacia nosotros.

La gente comenzó a aplaudir y miré a mi padre, que estaba con la boca abierta, igual que mi hermana y Melisa. Volví la vista hacia Martín: seguía de cuclillas, tan tranquilo, con esa sonrisa de oreja a oreja.

—Levántate —murmuré entre dientes, mientras los aplausos crecían y el público gritaba que aceptara. Yo solo quería que la tierra me tragara. El DJ se acercó y le tendió el micrófono a Martín, que seguía agachado mientras yo permanecía paralizada.

—Querida Anais. —Empezó Martín, y yo ya me temía lo peor viniendo de él—. Sabes que he esperado casi media vida para encontrar a alguien como tú.

—Eso no es así —murmuré por lo bajo, mientras todos pedían silencio porque no se enteraban.

—Sabes que mi mirada solo tiene un objetivo, y ese eres tú…

—Eso sí es verdad. —Apreté de nuevo los dientes.

—El público debe de estar pensando que voy a pedirte matrimonio, cuando la realidad es que te conozco de hace poco más de tres horas.

El *ohhh* colectivo —en plan nostálgico— que sonó al unísono en la sala fue de lo más intenso. Se me escapó una carcajada y miré a mi padre, que negaba sonriendo, igual que Melisa y mi hermana.

—No, no voy a pedirte que te cases conmigo, porque no tengo ganas de jugármela —se escuchó una carcajada conjunta—, pero sí quiero pedirte que bailes conmigo esta noche y que me arrastres a un baile que, quién sabe, puede durar toda una vida.

—¡Que baile, que baile! —coreaba la gente, incluidos nuestros familiares.

Cogí el micro y miré al DJ. Martín seguía con una rodilla en el suelo.

—Maestro —le dije al DJ—, vamos a arrastrar a este hombre a un baile. Ponme la mítica de *Grease*, que le encanta a mi padre.

—Ahora mismo.

—Despejen la pista —gritó mi hermana para que nos abrieran paso.

Comenzó a sonar la música y le di un empujoncito a Martín, haciéndole un gesto para que me siguiera al ritmo de *Grease*. El público se apartaba entre risas, abriéndonos paso hacia la pista. Mi padre vitoreaba y mi hermana no podía dejar de reír mientras movía el cuerpo al compás.

Terminé literalmente por los aires, en esos brazos que, sin previo aviso, me alzaron como si fuera de algodón y me llevaron de paseo por toda la pista. No sé qué estuvo mejor, si el baile o el viajecito, pero la gente disfrutaba como enanos con nosotros: acabábamos de dar el momentazo de la noche.

Los aplausos fueron tan fuertes como largos. Debo reconocer que fue un momento de lo más divertido, y que Martín tuvo mucho arte para seguirme el ritmo.

Al final, cuando nos dejamos caer sobre la hierba, cerca del fuego, agotados y riendo como locos, Martín susurró:

—Prometo que, si alguna vez te pierdo de vista, te buscaré hasta debajo de cada estrella del universo.

—Y yo prometo no matarte si me haces esperar mucho —contesté, riéndome.

Nos miramos, y no pude evitar reírme aún más. Ese hombre tenía un punto de locura que no era normal, pero que, sí, me gustaba… y me arrancaba más de una sonrisa.

Lo peor de todo fue darme cuenta de que, entre risas y juegos, entre miradas y provocaciones, incluso la magia más inesperada podía aparecer cuando menos la esperas… y justo frente a ti.

Y ahí entendí que, a veces, basta un segundo para que todo empiece a cambiar.

Capítulo 6

—Papá, tu hijastro acaba de cargarse toda tu reputación —dije, acercándome a ellos con la risa suelta por lo que acababa de vivir.

—Habéis estado monísimos —contestó Melisa, aplaudiendo feliz como una niña pequeña.

—Lo que me he reído no tiene precio —añadí, aún recordando el momentazo.

—Soy la mejor pareja de baile que podrías haber tenido en la vida —me dijo Martín, con guiño incluido.

—Me caes mal, pero reconozco que lo has hecho muy bien. Y que estas palabras no sirvan de precedente —le contestó Abigail por mí, como siempre ejerciendo de portavoz de mis pensamientos antes de que yo tuviera que abrir la boca.

—Qué cosas más bonitas me dice tu hermana —dijo él, señalándola.

—Pues pocas cosas malas te ha dicho, cuando no te imaginas el repertorio que tiene la tía —respondí riendo.

—Por eso mismo. —Carraspeó, guiñándome otra vez.

—Y ni que se le ocurra decirlas —advirtió mi padre con esa sonrisilla que mezclaba ternura y advertencia.

Mi hermana volvió a desaparecer y Martín, sin vergüenza ninguna, me agarró la mano y dijo que me raptaba. Me encantaba, para qué iba a mentir.

En el fondo, había algo en él que me descolocaba. Esa mezcla entre chulería y encanto me hacía sentir fuera de control, y no estaba acostumbrada a eso.

Pedimos otras dos copas y nos acomodamos en un rincón libre, con un sofá pequeño en forma de L, una mesita delante con una vela gigante y una estufa a un lado. Tuvimos suerte: una pareja acababa de dejarlo libre.

—¡Salud! Por mi médica favorita —dijo, chocando su copa con la mía sobre la mesa.

—Tu médica favorita… lo que hay que oír. —Reí, mirando la copa que temblaba ligeramente entre sus dedos—. Por cierto, ¿qué tipo de ingeniero eres?

—Ingeniero civil. Trabajo desde casa en proyectos de planificación y diseño de infraestructuras a gran escala. También soy arquitecto, así que hago de todo —respondió, dejando caer cada palabra con naturalidad, como si no supiera el efecto que causaba.

—Suena bien. ¿Vives con tu madre?

—No —sonrió, y por un segundo sentí que el corazón se me aceleraba sin razón—. Te va interesando mi vida. —Se le escapó una sonrisilla.

—Me entró la vena cotilla. No te vengas más arriba de lo que ya estás. —Volteé los ojos—. ¿Vives en la ciudad?

—Sí, en el residencial de la cala.

—Son una chulada las casas, todas iguales. Estuve en la de los padres de una amiga que vive allí desde que la entregaron hace dos años.

—La mía fue hace un año, porque era la última fase.

—Sí, las de la parte izquierda.

—Efectivamente. Te declaro el callejero oficial del residencial.

—Eres un bobo. —Me reí—. Son unas casas preciosas, con una distribución inmejorable. El arquitecto se dejó el alma en ese proyecto.

—Fue a mí a quien contrataron para el diseño. Quedó más que a la altura de sus expectativas.

—Imagino que te pagarían bien… —comenté, más por curiosidad que por otra cosa.

—Fue un intercambio: proyecto por mi casa. —Me hizo un guiño.

—Pero esas valen un pastón.

—Gracias a mi proyecto. El coste no se salió del presupuesto, pero el diseño duplicó el valor de venta.

—Madre mía, al final no vas a ser tan tonto como yo creía.

—Es la mejor de todas mis propiedades.

—¿Todas tus propiedades? ¿Cuántas tienes?

—Seis, contando la casa donde vivo.

—¿También a cambio de trabajos?

—Bueno, cada una pagada con algún proyecto grande.

—Creo que me he equivocado de profesión —murmuré antes de soltar un suspiro.

Martín se rio con mi comentario. A mí no me impresionaba un tío ni por sus propiedades ni por su dinero; tenía mi casa pagada gracias a la herencia de mi padre y un sueldo del que no podía quejarme. Pero sí me alegraba infinito que alguien a su edad hubiera conseguido triunfar en lo suyo. Me parecía bonito. Además, él tenía mucho carisma.

Había conocido a muchos hombres seguros de sí mismos, pero ninguno con esa serenidad arrogante que parecía retarme sin pronunciar palabra.

—Por cierto, por curiosidad. Antes, cuando bromeé preguntándote si hacía mucho que no follabas, me soltaste que te lo preguntara mañana.

—Así es, lo recuerdo.

—¿Qué te hace presagiar que me voy a quedar toda la noche?

—Nada, simplemente que tu padre nos dijo que os ibais a su casa para amanecer allí por Navidad.

—¿Y?

—Que nosotros ya dejamos nuestra ropa en su casa. Nos invitó a pasar el día en familia —sonrió con ironía.

—Mi padre… —Me froté la cara—. No sé por qué, pero lo sospeché. Por eso te pregunté; me daba una espinita.

—Pero vamos, la respuesta iba con doble intención.

—Sí, también me di cuenta. Vas apañado. —Reí nerviosa.

—Nunca digas que de esta agua no beberás.

—Tienes una jeta increíble. —Reí negando y mirándolo, incrédula ante tanta seguridad.

—Pero te estoy dando tu gran noche, y lo debes reconocer —insistió con un tono mitad broma, mitad serio.

—Me lo estoy pasando bien, sí, pero es verdad que me has tenido nerviosa con esa mirada tan descarada —dije, bajando un poco la voz, como si confesara un secreto solo para él.

—¿Nerviosa o en tensión? Más que nada, porque son dos cosas distintas.

—Digamos que un rebujo de todo —le contesté mirando hacia el vaso y poniéndome roja como un tomate.

Nuestros padres se acercaron y se acomodaron a nuestro lado. Se les veía felices, como dos jovencitos a los que las sonrisas les salían solas.

Mi hermana iba de un lado a otro bailando como si no hubiera un mañana. Conocíamos a mucha gente en el club, y por eso estaba tan entretenida con unos y con otros.

—Así que mañana vamos a vivir todos una Navidad familiar… —murmuré, mirando a Melisa y a mi padre.

—Sí, hija, esta Navidad es diferente. —Me hizo un guiño.

—Y mi hijo y yo estamos encantados de pasarla con vosotros. —Me acarició el brazo Melisa.

—Nosotras también, Melisa —añadí sonriendo, hablando por mi hermana también.

—Bueno, conmigo no lo está tanto, Abigail —dijo Martín, carraspeando y consiguiendo que nos saliera una risilla.

—Cuestión de poco tiempo. No es tan fiera como se pinta —contestó mi padre.

Martín, cómo no, seguía con esa mirada fija en mí, como si no quisiera perderse ni un gesto. Por momentos sentía que podía traspasarme la piel. Ya dudaba si se trataba de un simple calentón o de una tensión que ni yo misma sabía descifrar. El caso es que, en el fondo —y no muy en el fondo—, me gustaba ser su centro de atención.

Me odiaba un poco por admitirlo, pero era así. Había algo adictivo en sentirme observada por él, como si todo lo demás desapareciera.

Mi hermana apareció por la mesa y se sentó junto a Melisa con su copa.

—Acabo de ligarme a un oficial —soltó entre carcajadas limpias.

—¿A quién, hija? —preguntó mi padre, arqueando una ceja y conteniendo la risa.

—Eso, cuenta, cuenta, que estamos en familia —dijo Melisa, llevándose la mano a la boca y riendo con ese aire cursi que me mataba.

—Familia cotilla: se trata del alférez de navío Antúnez —dijo, soltando una carcajada.

—Guillermo Antúnez… —murmuró mi padre riendo—. Su padre fue compañero mío, Luis, también oficial.

—Efectivamente. Pues el hijo de Luis está a mi caza. —Nos echamos todos a reír.

—Primero tendrá que pasar una entrevista con tu hermanastro cuñado.

—Mira, Martín, que vale que le caigas bien a mi hermana, pero como le roces un dedo, eres hombre muerto. ¿Me has entendido o te lo digo en hebreo?

—¿Qué dices de cuñado? —le pregunté a él, riendo y negando.

—Se lo cuentas tú, o lo hago yo.

—Tú, tú, que creo que estás en otra película y ni yo misma me he enterado. —Lo piqué, a ver qué soltaba.

—Cariño, que de nuestra relación va a salir otra —dijo Melisa, aplaudiendo.

—Antes lo hago desaparecer —repitió mi hermana, mientras Martín la miraba con la risilla suelta.

—Cuenta, cuenta, hijo —le animó Melisa.

—Nada, una tontería. Solo una atracción que ni ella ni yo podemos obviar.

—Una atracción que ni ella ni yo podemos obviar —repetí, murmurando con gesto de alucinar.

—Hermana, este es un chulo. Su madre, al menos, es una pija buena gente, pero este —lo señaló con desdén— no es más gilipollas porque no puede.

—No, cariño, verás cuando lo conozcas de verdad; te caerá bien. —Lo defendió su madre, y mi padre asentía.

—O le caigo peor, según me interese —añadió él, provocando otra carcajada.

—A la que no le interesas lo más mínimo es a mí. Y tranquilo, que dos días de pijama con mi hermana bastan para que te odie más que yo.

—¿Me odias? —preguntó, arqueando una ceja, con su sonrisa de medio lado.

—Con todo mi ser. —Le hizo una burla mientras cogía su copa y se levantaba—. Me voy a buscar a mi alférez.

—Esta noche van a salir todos emparejados.

—Melisa, que yo no me apunto a nada —dije riendo.

Mi padre estaba diferente; se reía con todo. Iba a ser verdad que eso del amor le había dado bien fuerte.

No sé ni qué hora era, pero ya estábamos desfasados. Me había reído con Melisa lo más grande, y es que esa mujer tenía más arte del que aparentaba. Nos contó cómo celebró su último cumpleaños: contrató a un hombre vestido de chaqué para repartir bombones a los invitados durante toda la noche.

Aquello tuvo que ser peor que una boda, según lo narró, porque asistieron más de doscientas personas y lo celebró en un cortijo, con banquete y una fiesta que terminó por la mañana, con churros y chocolate. Me partí de risa al oír los regalos que recibió. Tenía arte, muchísimo.

Me sorprendía cómo, detrás de su aparente frivolidad, había una mujer cariñosa y vital que solo quería disfrutar. Quizá por eso mi padre se veía tan feliz.

Mi padre y Melisa se despidieron de nosotros, ya que estaban cansados y se iban en taxi hacia casa. Iban a despedirse de mi hermana. Quedamos en vernos allí en un rato, cuando diésemos por concluida la noche.

—Acaban de dejarme a cargo de mi chica y de mi hermanastra.

—A mí no me llames tu chica, que no lo soy.

—¿Qué te juegas a que sí?

—Me estás poniendo nerviosa. —Se había pegado más a mí.

—Empezamos bien. Los nervios son signo de debilidad causada por un momento, una persona o ambas cosas —dijo, apoyando la mano en mi hombro, con las piernas cruzadas.

—Tienes muchas tablas —negué, riendo.

—Y tú me tienes muchas ganas. —Me hizo un guiño.

—No, en serio, lo tuyo es para hacértelo mirar por un psiquiatra, por lo menos.

—¿Y si te dijera que el problema lo tienes tú, que eres incapaz de diagnosticar lo que te pasa?

—¡Pero bueno! —negué de nuevo, entre risas—. Te lo tienes demasiado creído.

En ese momento llegó mi hermana, con una ligera embriaguez, anunciando que había mandado a la mierda al oficial Antúnez. Nos echamos a reír. Se sentó junto a nosotros.

—Deberíamos irnos ya, no estás bien.

—Quiero comer churros con chocolate —contestó con una sonrisilla.

—Para eso aún faltan dos horas, Abigail.

—Tienes permiso para seguir disfrutando —dijo Martín.

—¡Para ti! —Le hizo un corte de mangas y se fue tan campante.

—Se sabe defender bien —murmuró él, frunciendo el labio y asintiendo—. Es curioso que sea doctora.

—Te lo has buscado tú solito. —Me doblé de la risa.

Y mientras reía, sentí que aquella noche iba a quedarse grabada en mi memoria. No por lo que pasó, sino por cómo me hizo sentir: ligera, viva y peligrosamente cerca de algo nuevo.

Capítulo 7

Eran las seis de la mañana cuando comenzaron a repartir las raciones de churros con vasos de chocolate. El aroma del chocolate caliente y de la masa recién frita se extendía por todo el salón, llenando el ambiente de una calidez extraña para esa hora.

El murmullo de la gente, las risas arrastradas por el cansancio y el olor a café recién hecho componían una escena tan familiar que parecía el cierre perfecto de la noche.

Mi hermana estaba descalza, con cara de no poder con su vida, esperando atenta a que nos sirvieran nuestro desayuno.

—Qué buena pinta tienen los churros —dijo Abigail, cuando nos los pusieron sobre la mesa, dejando escapar un suspiro de felicidad—. Me hace preguntarme cómo hemos sobrevivido sin esto.

El camarero sonrió a la vez que Martín la miraba con una ceja levantada, sin perder la sonrisa.

—El chocolate sí que está rico —murmuré yo al darle el primer sorbo, dejando que el calor me subiera por dentro.

—Estáis hambrientas —dijo él, como si hubiera leído mi pensamiento.

—Lo dices tú, que te los estás comiendo de dos en dos —le contestó Abigail, que siempre tenía para darle duro—. ¿Cuántos llevas ya?

—Lo digo yo, que para eso soy el que os ha cuidado —respondió con esa sonrisa que no había perdido en toda la noche.

—Pues será a mi hermana, porque a mí ni te has acercado para preguntarme si necesitaba algo.

—Cuánto reproche —murmuré, aguantando la risa.

—No me hace falta preguntarte nada; con observarte podía comprobar que tenías cubiertas todas tus necesidades.

—Hermana, la hostia aún está a tiempo.

—Otro día, que hoy es Navidad. —Ladeé la cabeza, con gesto de lástima.

—Lo peor de todo es que tenemos que cargar todo el día con él. —Rebufó, dando un bocado al churro con gesto de agotamiento solo de pensarlo.

—Tranquila, que sé sostenerme por mí solo —respondió él, con ese aire confiado que parecía desafiarla.

—Pues no se nota, cuando te vas a venir a comer a casa de mi padre —replicó Abigail, entre divertida y exasperada.

—Te recuerdo que mi madre comerá allí y, por tanto, se convierte en el lugar en el que debo estar. De todas maneras, vosotras vais a comer también a costa de tu padre —dijo Martín con un guiño descarado que me hizo morderme el labio para no reírme.

—¿Y a mí por qué me metes si la pelea es con ella? —protesté, cruzándome de brazos.

—Tengo para las dos. —Me hizo un guiño.

—Hermana, a ti no se te habrá ocurrido liarte con este tío, ¿verdad?

—Puedes estar muy tranquila. —Me reí.

—Por poco tiempo —murmuró él, y las dos lo miramos, con ganas de comérnoslo con la vista.

—Hermana, pase lo que pase, no caigas, que este tío es muy chulo. Aguanta, ni lo mires. ¿Me has entendido?

—A la perfección…

—Te puedes poner todas las corazas del mundo, pero no podrás resistirte a quitártela llegado el momento.

—El momento, dice. ¡Qué hostia tiene! —Se frotó la cara con la mano.

Después de desayunar y de jugar al intercambio de miradas y pequeñas provocaciones, cogimos uno de los taxis que había en la puerta para que nos llevara a casa de mi padre. Mientras nos acercábamos, sentí cómo mi corazón latía un poco más rápido cada vez que Martín se inclinaba para ajustarse el cinturón o me lanzaba miradas por el rabillo del ojo. Era como si cada gesto pequeño estuviera cargado de electricidad.

Me sorprendía cómo, incluso en medio del cansancio, seguía sintiendo esa energía flotando entre los dos, como si la noche no quisiera acabarse todavía.

Al entrar en la casa, todo estaba en silencio. Nos dimos cuenta de que estaban durmiendo e intentamos no hacer ruido. Mi hermana se fue directamente a su habitación.

—Me doy una ducha y duermo contigo —me dijo Martín en voz bajita, con esa chispa de travesura en los ojos.

—Ni de coña. Tú te vas al cuarto de invitados con tu madre —respondí, intentando sonar autoritaria, aunque una parte de mí estaba encantada de que insistiera.

—Mi madre lleva varios días durmiendo con tu padre —me confesó en voz baja, aguantando la risa.

—Bueno, así tienes toda la habitación para ti —dije, obviando lo de mi padre, que me había dejado en *shock*, ya que de eso no nos mencionó nada.

—No, yo duermo contigo. —Se metió en mi habitación detrás de mí y cerró la puerta—. Además, tienes una cama gigante. —La señaló—. Me voy a dar una ducha rápida —añadió, dirigiéndose hacia el baño.

No sabía si reírme de la situación o rendirme a ella, pero sentía que aquella complicidad se estaba convirtiendo en algo más de lo que había imaginado al principio de la noche.

Ni tiempo me dio a reaccionar cuando ya se había adentrado, dejándome casi con la palabra en la boca. Me quedé allí, mirando cómo se movía con naturalidad, sintiendo una mezcla de diversión y algo más difícil de describir. Se me escapó una risilla, porque en el fondo ese juego que se traía conmigo me encantaba. ¿Para qué lo iba a negar?

Me senté en el borde de la cama después de coger ropa interior y mi pijama para ducharme en cuanto él saliera, y me preparé mentalmente para enfrentar la tensión que sentía cada vez que Martín estaba cerca.

—Ya estoy —dijo cuando abrió la puerta, y elevé la mirada hacia él.

Madre del amor hermoso. Lo tenía ante mí, con una toalla anudada en las caderas y el torso al aire… ¡Qué torso! De la impresión, poco faltó para que se me cayera la ropa de la mano.

—¿Estás bien? —preguntó, inclinando la cabeza ligeramente con curiosidad.

—Sí, sí… perdón —me sacudí la cabeza—, las copas de más me tienen ralentizada —me justifiqué—. Voy a ducharme.

—Yo voy al otro dormitorio a coger mi ropa —dijo, caminando con calma, con esa seguridad que parecía llenar la habitación mientras llevaba la que se había quitado en la mano.

—Vale.

Me metí en el baño a toda prisa y empecé a hiperventilar mientras toda clase de pensamientos me cruzaban la mente. Cómo podía alguien ser tan perfecto y, al mismo tiempo, tan cercano; cómo su mirada podía desarmarme

con tan solo un gesto; y cómo cada roce accidental de su mano me hacía sentir un cosquilleo imposible de ignorar. Pero, sobre todo, ¿cómo podía tener un cuerpo tan definido y perfecto? Se me pasaban todo tipo de situaciones por la cabeza.

Abrí el grifo de la ducha y me quedé un rato bajo el agua, sonriendo una y otra vez sin poder evitarlo. ¿Sería verdad que iba a dormir conmigo? Lo descubriría al salir del baño, pero mis ganas ganaban, y aunque me hiciera la dura delante de él, la realidad era que hacía muchísimo tiempo que alguien no me atraía tanto.

Me puse el pantalón del pijama y una camiseta básica blanca. En la casa la temperatura era perfecta con la calefacción; no hacía falta abrigarse.

Salí y me lo encontré tendido a un lado de la cama, tapado hasta la cintura y mirando el móvil. Dirigió su mirada hacia mí y luego destapó su lado para que me metiera.

—Tienes un morro que te lo pisas. —Me reí.

—Vamos, que hoy vas a dormir con la mejor compañía —replicó, echándome un vistazo travieso.

—Lo dicho, eres un jeta. —Me metí sin oponerme, porque era mi cama y porque me apetecía.

No podía, y en el fondo no quería, mantener las distancias. Su cercanía era imposible de ignorar; podía sentir su respiración, su calor, y algo en mí vibraba de emoción.

—Dame un beso de buenas noches. —Metió la mano por debajo de mi cuello y pegó su cara a la mía.

Le fui a dar un beso en la mejilla, pero se giró rápidamente y el beso cayó sobre sus labios. Fue un beso lento, provocador, que parecía medir la paciencia de ambos. Cada caricia de sus manos era una invitación a algo más, y el calor de su aliento me hizo estremecer.

—Ahora me toca a mí —murmuró, y comenzó a darme un montón de picos.

—Te has salido con la tuya —decía riéndome.

—No, aún no —me advirtió, mordiéndose el labio y sosteniendo esa sonrisa peligrosa.

—Tampoco te embales.

—¿Quieres ir a pedirle permiso a papá?

—¡Bobo!

Él rio suavemente, acercó su frente a la mía y nuestras miradas se encontraron en un silencio cargado de tensión. El roce de su mano en mi mejilla, apenas rozando mi cuello, me hizo jadear por la cercanía.

—¿Sabes lo peligroso que eres? —susurré, jugando con mi voz, intentando mantener una autoridad que se desmoronaba con cada segundo que pasaba cerca de él.

—¿Peligroso… o irresistible? —replicó con un guiño que logró que toda mi atención se centrara en él.

Nos quedamos un momento en silencio, solo respirando juntos. Cada movimiento, cada roce accidental de nuestras manos, estaba cargado de electricidad. Sentí cómo su mano se apoyaba en mi cintura, deslizándose lentamente mientras me miraba con esa intensidad que no me dejaba pensar con claridad.

—No sé cómo haces para que me tiemble todo —susurré, inclinándome hacia él y dejando que mi mano rozara su brazo, tanteando, provocando.

—Es mutuo —contestó con voz ronca, acercando sus labios a mi oído—. Me haces perder la cabeza con cada sonrisa, cada mirada…

Me estremecí ante sus palabras, y una risa nerviosa se escapó de mis labios. Él la atrapó con un dedo, levantándome la barbilla suavemente para

mirarme a los ojos.

—¿Te das cuenta de lo cerca que estamos? —dijo, y su aliento cálido me rozó la piel del cuello.

—Demasiado —admití, mordiéndome el labio para no dejar que mi voz temblara demasiado.

Nuestros labios se entrelazaron con más intensidad esta vez, dando paso a un descontrol repentino en el que comenzamos a comernos vivos. Era como si nuestras manos y cuerpos no pudieran detenerse, provocando una tensión que ambos teníamos ganas de resolver.

Su mano bajó lentamente por mi brazo, con un toque ligero imposible de ignorar. Me acerqué un poco más a él, jugando con sus dedos, dejando que nuestras respiraciones se mezclaran. Cada gesto suyo era un desafío y una invitación al mismo tiempo.

—Si seguimos así… —Empecé, con la voz apenas en un susurro—. No sé cuánto más podremos resistir.

—Entonces… tal vez no deberíamos resistirnos.

Su sonrisa se amplió, y nuestros cuerpos se acercaron aún más, sintiendo el calor mutuo. Nos reímos suavemente, porque cada roce, cada mirada, nos desarmaba por completo. Martín bajó la mano por mi espalda, rozando apenas, provocando que un escalofrío me recorriera la columna.

—Eres imposible —susurré entre risas contenidas, sintiendo cómo su mano seguía su camino provocador.

—Solo trato de sacarte de quicio —dijo, inclinándose para dejar un beso ligero en mi hombro y luego otro en mi cuello—. Pero me gusta verte así… nerviosa, deseándome y tratando de fingir que no te importo.

—No finjo nada —repliqué, acercándome todavía más a él y dejando que nuestras miradas se enredaran—. Me vuelves loca.

—Y tú a mí —susurró, con la voz cargada de deseo y provocación, mientras su mano rozaba con cuidado la mía—. Me enloqueces.

El tacto de su piel era tan irresistible que no podía dejar de acariciarlo. Nos fuimos comiendo vivos hasta quedar desnudos. Mientras me despojaba de la ropa, besaba cada recodo de mi piel, haciéndome sentir de lo más deseada y segura. Tenía muchas tablas, sin duda las tenía.

Las yemas de sus dedos parecían brasas ardientes recorriendo mi piel, y es que ese hombre me estaba encendiendo de un modo que nunca antes había sentido.

Comenzó a besarme el cuello, con besos suaves y breves, y siguió de igual modo, dejando un camino de besos por mi cuerpo hasta que dejó el último en mi zona íntima. Me mordí el labio al tiempo que todo mi cuerpo se estremecía de anticipación a lo que iba a pasar, y cuando le miré, sentí que el tiempo se ralentizaba.

Los ojos de Martín desprendían un calor y un deseo que me hizo sentir más viva que nunca. Sonrió de medio lado mientras se inclinaba sin apartar la mirada de la mía, y cuando sentí la punta de su lengua deslizándose por mi clítoris, gemí, dejando caer la cabeza hacia atrás ante aquel placer.

Separó bien mis piernas y siguió lamiendo entre mis labios vaginales, mordisqueándome el clítoris y tirando de él hasta hacerme gritar de placer. Comenzó a mover su lengua mucho más rápido por mi sexo, y tuve que agarrarme a las sábanas con fuerza mientras me armaba de todo el valor del que disponía para no gritar como una loca; a fin de cuentas, estábamos en casa de mi padre y no estábamos solos.

—Joder. —Jadeé al sentir que me penetraba con un dedo y tiraba hacia sí con él.

Siguió moviendo la lengua por mi sexo, lamiendo mi clítoris con una rapidez que me abrumaba y me excitaba aún más. Y cuando sentí que añadía un segundo dedo y comenzaba a penetrarme más rápido; perdí por completo el control de mi propio cuerpo y pasó a ser suyo.

Me movía con cada lamida de su lengua, con cada penetración fuerte de sus dedos, y me dejaba llevar por todo lo que me estaba haciendo sentir y vivir.

Disfruté de un momento en el que se centró en darme un placer absoluto que me llevó a casi caer desplomada. Me temblaba todo el cuerpo.

Luego se colocó entre mis piernas y me penetró con cuidado, poco a poco, hasta sentirse seguro. No tardó en elevarme encima de sus rodillas y moverme con una soltura que jamás había experimentado.

Su mirada penetrante seguía siendo descarada, pero distinta. En ella podía ver que se sentía cómodo y disfrutaba de ese momento que, para los dos, estaba siendo una liberación de toda la tensión acumulada a lo largo de la noche.

Martín había convertido la Nochebuena en una gran noche, todo hay que decirlo, y la manera en la que la habíamos coronado se iba a quedar para siempre en mis recuerdos.

Fue al baño a quitarse el preservativo y luego volvió, advirtiendo que nada de ropa. Me abrazó, cobijándome en su pecho, y comenzó a acariciarme la espalda.

—Ahora sí puedes preguntarme si hace mucho que no follo —murmuró en mi oído, causándome una carcajada de la que me tuvo que tapar la boca con su mano para que no nos escucharan en la casa.

—Eres muy imbécil.

—Pero te gusto… ¿No me dirás que no he sido tu mejor regalo de Navidad?

—¿Y no cabe la posibilidad de que haya sido yo el tuyo?

—El mío lo fuiste desde el día en que te vi.

—Hace unas horas.

—En absoluto. Hace ya un tiempo que tu padre me enseñó vuestras fotos y tuve un flechazo contigo —murmuró, mordisqueándome el labio—. Descansa, en pocas horas tenemos que estar en la mesa —dijo, apagando la luz de la mesita de noche.

Sus palabras se me quedaron grabadas en la mente durante unos segundos, repitiéndose como un eco. Me ladeé, abrazándolo, y dejé medio cuerpo caer sobre él.

Tenía una sensación tan plácida que deseé que ese momento durara una eternidad.

Afuera, la noche comenzaba a desvanecerse, y el primer brillo del amanecer se colaba entre las cortinas, recordándome que, a veces, las mejores historias empiezan justo cuando crees que la fiesta ha terminado.

Capítulo 8

—¡Sé que estáis ahí! —gritaba Abigail aporreando la puerta—. ¡Hermana, qué bajo has caído! ¡Abre, que de esta no se libra de la hostia!

Me removí entre las sábanas, todavía pegada al calor de Martín, que dormía plácidamente a mi lado. Su respiración profunda y regular era casi un imán que me hacía quedarme un poco más, aunque sabía que no podría retrasar mucho más el momento de enfrentar a mi hermana.

El silencio de la habitación, roto solo por el leve crujir de las sábanas, hacía que todo pareciera suspendido en una calma perfecta.

—¡Ahora salgo! —grité aún con los ojos cerrados y ladeada sobre él.

—¡Ahora es ya!

—Joder, parece que le han puesto una bocina —susurró Martín con una media sonrisa mientras me acariciaba la espalda con la punta de los dedos.

—Mi hermana y sus gritos —me quejé, resoplando y encogiéndome para seguir un poquito más así. Sus dedos recorrían mi columna lentamente, provocándome escalofríos.

—Te juro que tiene un radar especial para interrumpir los mejores momentos —añadí entre risas.

Escuchamos a mi padre decirle algo a mi hermana antes de llevársela. Seguro que la riñó por la forma de llamarnos.

—Vamos a tener que levantarnos.

—¿Qué hora es? —pregunté, sintiendo que había dormido poquísimo.

—Las dos menos diez —contestó él con tono juguetón, rozando mis dedos con los suyos al apartar la sábana.

—Joder, pues sí, que debe de estar hasta puesta la mesa. —Me levanté y comencé a ponerme la ropa interior y el pijama que me había comprado para la comida.

En mi casa siempre teníamos esa manía: comer estrenando un pijama bonito. En mi caso, eran unos pantalones largos rojos tipo lencería, con la camiseta a juego, de tirante fino y color blanco.

—Estás preciosa —dijo, poniéndose un pantalón de pijama muy elegante, que le hacía un culo espectacular. Lo complementó con una camiseta básica blanca.

—No te queda nada mal tampoco. —Le eché una visual mientras él me miraba, arqueando la ceja como si leyera todos mis pensamientos.

Aparecimos por la cocina y mi hermana negaba, mirándonos con asco. Melisa estaba guapísima con un camisón lencero en color rojo, de tirantes y largo hasta los tobillos. Elegante era la mujer, para qué íbamos a mentirnos.

En la cocina se respiraba ese aroma a café y al asado que se estaba preparando para la comida, una mezcla tan familiar que me hizo sonreír sin darme cuenta.

—¿Cómo se te ocurrió dormir con semejante despojo? —me preguntó mi hermana, resoplando.

—Abigail… —le riñó mi padre.

—Déjala, entiendo que tenga celos de su hermana.

—Lo que intento es protegerla, idiota —le respondió a Martín, cruzándose de brazos.

—Cariño, que mi hijo no es tan malo como lo pintas —le dijo Melisa, abrazándola de lado.

—Me cae muy mal, lo siento, no lo puedo evitar. —Abigail nos lanzó una mirada que pretendía ser amenazante—. Es que se te pasó lo de la hostia a tiempo.

—Fue un chico tan bueno que nunca necesitó de una —lo defendió mientras lo miraba, y él sonreía.

—Yo no sé si quiero un café, una cerveza, un vino o irme de nuevo a la cama.

—Espíritu de Navidad, hija.

—Papá, estoy muerta. —Me senté.

—Normal, has disfrutado de toda la noche.

—Y de la mañana —soltó mi hermana con retintín, causándonos una risa.

—Toma un refresco de los que te gustan, bien frío, te vendrá bien. —Me puso la lata por delante mi padre y le preguntó a Martín qué deseaba tomar. También se decantó por lo mismo que yo.

Pasamos al salón, donde la mesa estaba ya preparada, pero antes fuimos pasando por el árbol para coger los regalos. Según nos contaron Melisa y mi padre, todo lo habían comprado a medias para los tres y entre ellos también se habían hecho algunos regalos.

Nosotras siempre le regalábamos a nuestro padre por Reyes, porque decía que la Navidad era más de padres a hijos, y lo hizo tradición. Aunque él siempre nos ponía en los dos días.

Teníamos cuatro regalos cada uno. El primero que abrimos los tres, por recomendación de ellos, fue un perfume: para nosotras, el de siempre, Narciso Rodríguez; para él, Sauvage, de Dior.

Ver a mi padre tan ilusionado entregando cada paquete me llenó de ternura. Era como volver a las Navidades de cuando éramos niñas.

El segundo regalo era un bolso monísimo de Mango en color negro; a las dos nos cayó el mismo. En este caso, a Martín le tocó un cinturón de una firma italiana muy exclusiva. Luego nos sorprendieron con unas deportivas de Adidas, en tonos crema y marrón, y, por último, una bufanda de *cachemir* color tierra que era una locura de tacto.

A Martín le regalaron el perfume, el cinturón, unas deportivas blancas de vestir y una agenda de piel, que por lo visto era lo que más usaba.

Melisa me enseñó el anillo de oro blanco con algunos diamantes que le había regalado mi padre como pedida. Lo soltó así, sin anestesia, pero es que ya nos caía demasiado bien y sabíamos con qué intensidad vivía todo. De los momentos hacía siempre un espectáculo.

Habían hecho un cochinillo al horno que tenía una pinta brutal y que íbamos a acompañar con patatas fritas recién hechas. De entrante, jamón, queso, langostinos y una sopa de marisco que a mi padre le salía espectacular.

Martín, de nuevo, se sentó a mi lado y comenzó a jugar con esa mirada que clavaba con insistencia sobre mí. Esta vez su risita era diferente, más triunfal. Se notaba que había conseguido su objetivo, pero también casi me aventuraba a decir que había caído rendido a mis pies. Lo que más me impactaba fue lo que me desveló: que desde que me vio en foto había sentido un flechazo.

Aquello me dejó descolocada. No sabía si reír, sonrojarme o salir corriendo. Lo cierto es que esa confesión me había tocado más de lo que quería admitir.

—Así que os comisteis los churros con chocolate —murmuró Melisa mientras comíamos.

—Buenos, algunos se comieron hasta la nata —contestó mi hermana, en plan indirecta.

—Que yo haya dormido con Martín no significa que me haya comido nada —solté, haciéndole una mueca, y todos se rieron, como si no colara eso que

acababa de decir.

—Claro que sí, hermana. Tú coges y metes en tu cama al tío más insoportable del mundo para abrigarlo y que no se resfríe.

—Mi hijo no es el más antipático del mundo, cariño —le defendió su madre, pero sin tono feo.

—Melisa, tu hijo es para echarle de comer aparte. Otra cosa es que, como madre, no lo quieras ver. Es altivo, chulesco y gilipollas: lo tiene todo.

—Abigail, por favor —le pidió mi padre, mientras Martín seguía con esa risilla de quien no se inmuta. Le daba igual lo que mi hermana dijera; al fin y al cabo, era el centro de atención.

—Papá, solo estoy aclarando una personalidad de lo más tonta.

—Al final le cogerás cariño —le dijo Melisa.

—Quita, quita, demasiado que te lo he cogido a ti en tan poco tiempo.

—Qué mona —respondió ella, mirando a mi padre, orgullosa de que su hija le hubiese cogido cariño.

Tanto mi hermana como yo teníamos una cara que transmitía puro cansancio. Yo estaba más afectada que ella, porque hasta me costaba hablar. Lo que sí tenía era un cosquilleo constante en el estómago por culpa de Martín, ese hombre que apareció por Navidad para poner mi mundo patas arriba.

La casa se veía diferente con esta comida especial en la que, por primera vez, éramos cinco y no tres. La noche había sido también así, por no hablar de las risas con mi hermana y con Martín.

Después de comer, nos acomodamos en los sofás a tomar un café. Sobre la mesa auxiliar, mi padre había puesto una bandeja con turrones y dulces de Navidad. Los polvorones de chocolate eran los preferidos de Abigail y míos.

Martín se sentó entre mi hermana y yo, y ella no dejaba de mirarlo de lado, buscándole las cosquillas. Se lo pasaban bomba con ese tira y afloja del que yo ya pasaba, porque, conociéndola, lo iba a tener entre ceja y ceja por un buen tiempo, aunque solo fuera por quedar por encima de él.

—Mañana nos iremos Melisa y yo a Sierra Nevada y a Granada a pasar dos o tres días —comentó mi padre.

—A mí me toca pringar mañana y pasado —contestó mi hermana.

—Al igual que a mí —respondí, volteando los ojos.

—Yo hasta después de Reyes —decía Melisa, mirando a mi padre, emocionada.

—¿Y tú? —le preguntó mi hermana, con desprecio, a Martín.

—Yo me voy a solidarizar con vosotras y mañana trabajaré en uno de los proyectos.

—Tú tienes una jeta… —resopló mi hermana, entre divertida e indignada.

—Encima que me solidarizo… —Sacudió la cabeza con esa risilla que me encantaba.

Martín me miraba de lado y me lo decía todo sin necesidad de hablar. Notaba que la atracción venía por las dos partes y que esa tensión, de algún modo, seguía ahí, latente.

La tarde se fue apagando lentamente, y el brillo de las luces del árbol se reflejaba en las copas vacías del salón. Todo tenía ese aire dulce y sereno que solo deja la Navidad cuando empieza a terminar.

Mi padre y Melisa se fueron un rato después a descansar, y mi hermana hizo lo mismo. Así que terminamos los dos regresando a mi habitación y metiéndonos en la cama.

Capítulo 9

—Estabas deseando agarrarme —dijo con un suspiro mientras nos tumbábamos juntos.

—¿Qué dices? Si eres tú el que se ha tirado sobre mí nada más meterte en la cama.

—Me lo pedías a gritos. —Mordisqueaba mi labio.

—Tienes un morro que te lo pisas —murmuré, mientras sentía sus dedos rozando mi cuello y un escalofrío me recorría la espalda.

—¿Algo nuevo que decirme?

—¡Bobo! —Me reí, mientras él atrapaba mi mano y la guiaba hacia su torso, haciendo que la piel de mis dedos se estremeciera.

—Eso también me lo habías dicho. —Carraspeó, con su risita de medio lado.

—Vaya, parece que tengo poco repertorio —susurré, sintiendo cómo sus labios bajaban por mi cuello hasta mi clavícula.

—Te dejo sin respuestas… —Su voz grave, rozando mi oído, aceleró mi respiración.

Su mano recorrió mi cintura y mis caderas con una mezcla de suavidad y firmeza. Cada toque encendía algo dentro de mí, y mis pensamientos giraban

entre el deseo y la anticipación.

—¿Sabes lo que más me gusta de ti? —murmuró provocativo, rozando mis labios con los suyos—. Que puedes resistirte… pero solo hasta cierto punto.

—Martín… —Mi voz tembló mientras mis dedos se enredaban en su cabello.

—Solo hasta cierto punto —repitió, mirándome con esa intensidad que me desarmaba, sus manos explorando cada curva de mi cuerpo.

¿Quién me iba a decir a mí que iba a terminar con un hombre en mi cama? Y, por cierto, era la primera vez que entraba uno. Aún no sabía cómo le iba a sentar a mi padre, capaz de disimular delante de todos y luego echarme la charla a solas.

Nos perdimos en un juego de besos y caricias, suaves al principio, luego más intensos. Cada suspiro era un lenguaje propio, solo nuestro.

—Te voy a volver loca —susurró junto a mi oído, su aliento cálido provocando que me arquease hacia él.

—Basta… —gemí, incapaz de mantener la voz firme—. Tienes un morro increíble —dije entre jadeos.

—¿Ah, sí? —Arqueó una ceja, con esa mirada que me hacía temblar—. Pues me encanta que lo pienses mientras tus manos buscan tocarme.

Me estremecí y mis dedos trazaron líneas sobre su brazo, provocándole una sonrisa entre la diversión y el deseo. Cada mirada prometía algo que aún no habíamos dicho en voz alta.

—Eres imposible… —susurré entre risas nerviosas, mientras él acercaba su frente a la mía.

—Imposible, sí, pero no te resistes, Anais —dijo, recorriendo mi mandíbula con un dedo—. No me mires así… o voy a perder la paciencia.

Mi corazón latía desbocado. La intensidad de su cercanía me dejaba sin aire, y me sorprendía deseando que ese momento no terminara nunca.

—Entonces… ¿vas a perderla? —le susurré.

—Si no me das motivos para contenerme, sí —respondió con voz ronca, sus manos deslizándose por mis brazos y provocando que se me erizara la piel.

Nos miramos en silencio, las respiraciones mezcladas, el deseo latiendo entre nosotros.

—Sabes que no es justo jugar así conmigo —susurré junto a su oído, sintiendo cómo su cuerpo reaccionaba—. Me estás volviendo loca.

—Eso es justo lo que quiero —dijo, con una sonrisa traviesa y una mirada que me quemaba por dentro—. Que estés completamente loca por mí, aunque solo sea un instante.

Mi pecho subía y bajaba con rapidez. No podía apartar la mirada de él, ni quería.

—No te creo… —murmuré, aunque mis manos ya buscaban las suyas.

—Créelo —susurró, rozando mis labios sin llegar a besarme, alargando la tensión hasta el límite.

Reímos suavemente entre susurros, atrapados en un juego de miradas y caricias que parecía no tener fin.

—Si sigues así, no responderé de lo que pase —dije entre suspiros.

—Entonces será nuestra pequeña aventura —respondió, con la voz cargada de promesas—. Un juego que solo tú y yo entendemos.

Y en ese preciso instante, el deseo tomó el control por nosotros.

Nuestras bocas se encontraron en un beso tan hambriento que me estremecí por completo. Martín buscó mi sexo con sus dedos, bajando

despacio por mi costado y mi vientre, y cuando sentí que se deslizaban entre mis labios vaginales, llevando consigo la humedad que él mismo me había provocado, gemí en su boca.

Comenzó a penetrarme con los dedos y mis caderas parecieron tener vida propia, moviéndose al ritmo que él marcaba. Aumentó la intensidad y el beso se convirtió en un juego entre nuestras bocas y dientes, mordiendo y tratando de tener el control absoluto.

Me llevó con sus dedos hasta el borde del orgasmo y, de pronto, se detuvo, haciendo que le mirara con el ceño fruncido y la protesta impresa en mis ojos.

—Tranquila, que te vas a correr —dijo, inclinándose hasta acomodarse entre mis piernas. Las flexionó sobre sus hombros y deslizó la lengua entre mis labios vaginales.

Lamía y mordía mi clítoris alternativamente sin parar, al tiempo que me penetraba con dos dedos. Y fue así como me llevó hasta el borde de la locura, hasta que mi cuerpo se estremeció por completo y tuve que coger la almohada para cubrirme la cara y gritar con todas mis fuerzas, liberando aquel orgasmo que había sido tan brutal como intenso.

En cuanto sintió que el orgasmo se desvanecía, comenzó a penetrarme con fuerza mientras me besaba como si fuera nuestra última noche en la tierra. Siguió entrando y saliendo sin romper el beso, profundo, firme, hasta que me corrí de nuevo.

Martín se retiró, me hizo girar hasta quedar de espaldas a él, me pidió que me arrodillara y, tras elevar mis caderas, se adentró de nuevo con una estocada profunda que me obligó a amortiguar los gemidos con la almohada cada vez que embestía con fuerza.

—Martín —gemí.

—Dime, preciosa —respondió entre jadeos.

—No puedo más… no puedo…

Me estaba volviendo loca; ese hombre me desbordaba y me hacía necesitar correrme otra vez.

—¿Qué te pasa? —preguntó, el muy jodido, con un tono divertido mientras seguía penetrándome una y otra vez—. ¿Qué necesitas? —Embistió más fuerte y profundo, y grité mientras me estremecía.

—Correrme… Dios, quiero correrme…

—Pues hazlo —susurró en mi oído, con esa voz grave y cargada de deseo que me enloquecía.

Aumentó el ritmo, devastador.

Cada roce era eléctrico, cada caricia provocativa, y cuando finalmente nos entregamos por completo al deseo, la intensidad y la pasión nos envolvieron, llevándonos a un éxtasis compartido que parecía no tener fin.

Nos quedamos abrazados después, jadeantes, con la piel aún caliente por el fuego de nuestra entrega, susurrándonos palabras suaves y provocativas que nos hacían sonreír incluso en la calma que siguió a la tormenta.

Disfrutamos de ese intenso momento antes de quedarnos dormidos un par de horas. Cuando nos levantamos, fuimos despidiéndonos todos, salvo Melisa, que se quedaba con mi padre. El ambiente olía a hogar, a esa calma después del bullicio que siempre trae la Navidad.

Martín y yo nos dimos un abrazo antes de marcharnos a nuestras casas. No quedamos en nada. Ni promesas, ni planes. Solo esa manera suya de mirarme, como si el resto ya estuviera dicho sin necesidad de hablar. Dejando en el aire ese toque de misterio, la duda de si a partir de ahora yo había pasado a ser una más o si, por el contrario, pensaba volver a buscarme en algún momento.

Mientras lo veía alejarse, no pude evitar sonreír. Había algo en él, en su forma de mirar, que me removía por dentro. No sabía si aquello se quedaría en un simple recuerdo o si acababa de empezar algo que aún no entendía, pero la idea de volver a verlo me dejó una sensación cálida que no quise borrar.

Capítulo 10

Eran las seis y media de la mañana cuando ya estaba con el café en la mano y lista para salir hacia el trabajo. Mi hermana dio dos golpes a la puerta para avisar de que ya estaba preparada.

—Gracias —dijo, cogiendo su café.

Había preparado dos para el camino, ya que siempre tenía vasos desechables con tapadera y hueco para tomar y poder llevar. Los compré por una de las plataformas chinas y me llegaron cien unidades.

Fuimos en mi coche, pues coincidíamos en turno. La carretera estaba casi vacía y el amanecer teñía el cielo de tonos anaranjados. A esas horas, la ciudad parecía un lugar distinto, más silencioso, más nuestro.

Al llegar, nos despedimos dentro del centro y cada una se fue a su consulta. La mía ya era una feria de gente, pero hoy no se podían quejar: llegaba diez minutos antes.

Fue sobre las diez de la mañana, en el descanso del desayuno, cuando la vi aparecer pálida por el bar pegado al centro, donde yo ya la esperaba en una mesa.

—¿Qué te pasa? —pregunté, tratando de que no se me notara lo preocupada que estaba.

—Acaban de poner mi vida patas arriba —dijo con la voz quebrada y los ojos vidriosos, a punto de desmoronarse.

Su voz sonó tan rota que, por un segundo, me dieron ganas de abrazarla antes incluso de saber qué pasaba.

—Me estás asustando.

—Es Carlos. He descubierto algo muy gordo… —murmuró, como si cada palabra le costara un mundo.

—Pues habla, que me estás preocupando.

Guardamos silencio justo cuando el camarero nos trajo el desayuno que yo había pedido momentos antes de que ella llegase.

—El día que me mandó el mensaje antes de bloquearme… —comenzó Abigail, con la voz cargada de desgarro.

—Sí… —asentí, intentando mantener la calma.

—Esa misma noche tuvo un accidente. Y hoy he descubierto que estuvo dos meses en coma —dijo, y sentí cómo un escalofrío me recorría la espalda.

—¿Y quién te mandó el mensaje?

—Sus padres, lo tengo claro. —Sus palabras estaban teñidas de rabia, de impotencia contenida.

—Qué fuerte… En vez de haberte contado la verdad.

—Y no solo eso —sollozó, intentando contener las lágrimas—. Desde ese momento, él perdió la memoria de todo lo anterior; solo recuerda desde que se despertó del coma.

Mi taza temblaba en mis manos. El corazón me dolía viendo a mi hermana tan frágil, tan destrozada.

—Por eso no te reconocía —dije, alucinando con la información.

Todo empezaba a encajar, como si las piezas de un rompecabezas cruel se ensamblaran ante nosotras.

—Su familia quiso mantenerme al margen del accidente y del hospital. Y viendo la gravedad del asunto, fue la manera más valiente que tuvieron de quitarme de en medio —murmuró con ironía.

—Estoy en *shock*. —Sostenía la taza en mis manos, y hasta me pesaba del desplome que me había dado con la noticia.

—Yo sabía que él no me había dejado por voluntad propia. Me amaba muchísimo y conmigo siempre fue demasiado bueno. Qué tristeza no poder hablar con él y expresarle lo que un día fuimos. —Se le nublaron los ojos.

—Yo, si fuera tú, haría por verlo —le dije suavemente—. Intentaría tomarme un café y le enseñaría vuestros viajes en fotos.

—Por mucho que le enseñe, él ya no es el mismo —decía con un profundo dolor—. Es como si me hubiera borrado de la vida.

—¿Y no te has planteado volverlo a enamorar? —pregunté, aunque temía la respuesta.

—Repito: después de algo así, la persona ya no es la misma.

—Ya… —La verdad es que tenía razón.

Observé cómo Abigail se escondía tras su cabello, cómo sus hombros se encogían, cómo sus ojos brillaban intentando contener las lágrimas. No podía fingir totalmente; aunque quisiera, el dolor se le leía en la mirada.

Abigail nunca había conseguido sacarlo de su cabeza, y mucho menos de su corazón. Se le veía destrozada, aunque ahora podía entender qué llevó a que le llegase ese mensaje.

—Es cruel lo que te hicieron sus padres —dije, tomando suavemente su mano—. Nadie merece que le arrebaten a alguien así.

—Lo sé… —susurró, sollozando sin poder evitarlo—. Y su madre… no sé cómo fue capaz de hacer algo así. Eso es de ser mala persona, de ser… una bruja. —Sus palabras resonaron como un grito contenido, lleno de rabia y tristeza—. Yo jamás le haría daño a alguien que ama a mi hijo.

—No lo mereces, cariño —le dije, abrazándola con fuerza—. Nadie merece esto. Pero él te amó, y eso nadie te lo puede quitar.

Abigail apoyó la cabeza en mi hombro y respiró profundamente, intentando calmarse.

El resto de la mañana me la pasé preocupada por su estado, así que la animé a irnos a comer cuando terminamos de trabajar y, aunque se opuso en un primer momento, conseguí convencerla y así aprovechar para comprar regalitos de Reyes y no dejarlo para última hora. Además, ahora la familia había crecido y teníamos que pensar en ellos, aunque mi hermana tuviese a Martín entre ceja y ceja.

—A mí no me digas que vas a dejar el plato de pasta entero con lo que te gusta.

—No me entra, estoy de lo más cabizbaja.

—Pero no comer no te ayudará en nada; todo lo contrario, te va a dejar sin energías.

—Tuvo un accidente después de dejarme en casa y no tuvieron los santos cojones de dejarme estar a su lado. ¿Pueden ser más malos? —Su voz temblaba, cargada de resentimiento.

Su mirada estaba perdida, fija en un punto del plato, y en cada gesto se le notaba la impotencia que la consumía.

—No te quemes, cariño. Ya no puedes hacer nada; ni siquiera Carlos tuvo la posibilidad de decidir.

—Me da mucha rabia e impotencia. Cogía a sus padres por el cuello y… —Soltó el aire—. Sobre todo a su madre; a esa mujer nunca le caí bien porque no aceptaba que su hijo estuviera tan enamorado de mí y le robara ese protagonismo que siempre llevaba por bandera.

—Bueno, ¿sabes qué? Por desgracia, no vamos a poder dar marcha atrás y tú tienes que pasar de nuevo este momento de impotencia. Aférrate a que te amó hasta el último momento.

—Qué fácil es decirlo.

—Ya sé que no es nada fácil, pero tienes que animarte y superar esto.

—Pues no sé, como no me dé dos golpes contra la pared y me olvide del pasado como él… —negaba muy agobiada.

—Come un poquito, por favor.

Lo hizo, aunque a desganas. Imaginaba lo que debía de sentir después de descubrir el historial de Carlos y que, de pronto, todo le encajara. Me daba muchísima tristeza por ella, pero esto iba a tener que superarlo sí o sí.

Después de conseguir que comiese al menos algo más, nos adentramos por los pasillos del centro comercial para ir a bichear tiendas. Esperaba que el paseo la entretuviese un poco y, al menos por momentos, consiguiese sacarla de esos pensamientos que tanto la entristecían.

Abigail se quedó mirando una falda larga satinada en tono chocolate. La animé a probársela y, aunque no le apetecía nada, conseguí que entrase en el probador y que se enamorase de ella. Le quedaba genial.

Le cogimos la misma falda en tono champán a Melisa para Reyes, ya que, por su forma de vestir, sabíamos que le iba a encantar.

Estábamos pagando cuando me llegó un mensaje que no esperaba, pero deseaba.

Martín: *Buenas, buenas, ¿qué tal, mi chica favorita?*

Se me escapó una sonrisa y se lo enseñé a mi hermana.

—A saber el repertorio de chicas que tiene. —Volteó los ojos.

—Bueno, pero me escribió a mí. —Me encogí de hombros.

—Lo mismo es un copia y pega que les mandó a varias a la vez.

—Desde luego, qué bien que se la tienes jurada.

—Poco para lo mal que me cae.

Salimos de la tienda y fui contestándole al mensaje.

Anais: *Tu chica preferida está de compras con tu cuñada favorita.*

—Muy bien respondido, tocándole los cojones como a mí me gusta —murmuró sonriendo.

—Así me gusta, que te lo tomes todo con humor y que no dejes de sonreír.

—No me jodas, es Carlos. —Se puso pálida, señalándolo—. Vamos a acercarnos. —Comenzó a andar hacia él y no sabía yo qué se le pasaba por la cabeza.

No sabía si alegrarme o preocuparme. Sentía que algo estaba a punto de pasar, de esos momentos que cambian el rumbo de un día sin avisar.

Llegamos a su altura y se sentó en una cafetería. Mi hermana fue avispada y, como no quedaban más mesas libres, tuvo ingenio.

—Perdona, ¿estás esperando a alguien? —le preguntó.

—No —le contestó sonriendo.

Su sonrisa me entristeció porque me recordó a ese cuñado con el que siempre me llevé tan bien y que ahora, para él, ya no éramos nada.

—¿Te importa que nos sentemos? No hay sitio.

—Claro, me llamo Carlos. —Estiró su mano hacia ella.

—Yo me llamo Abigail.

—Qué nombre más bonito. ¿Y tú? —me preguntó extendiendo la mano.

—Yo me llamo Anais —sonreí, intentando no mostrar tristeza.

—Te recuerdo de haberte visto en un par de ocasiones —le dijo a mi hermana, causando en ella una sonrisa.

—Sí, creo que te he visto una vez en el centro sanitario en el que trabajo.

—Sí, allí fue una, lo recuerdo. ¿Eres enfermera?

—Soy médica.

—Qué bueno.

El camarero se acercó y pedimos los tres los cafés. Era una situación rara e incómoda.

—¿Y tú a qué te dedicas? —le pregunté yo, para saber qué decía.

—Tengo una incapacidad permanente. Hace más de dos años tuve un accidente que me impidió volver a mi puesto de bombero. Perdí la memoria de todo lo anterior al suceso y, como el trabajo requiere mucha concentración, los médicos no podían garantizar que mi rendimiento fuese el mismo ni que actuara con la preparación que tenía. Así que ahora hago otras cosas para ocupar mi tiempo.

—Entiendo, pero al menos estás vivo —le dijo mi hermana.

—Y con muchas ganas de vivir —murmuró, sonriendo con esa humildad que siempre tuvo.

—Eso es lo mejor. ¿Y tienes algún *hobby*?

—Leo mucho, me estoy aficionando a los temas de ufología. —Siempre le gustó, y las dos nos miramos sonriendo—. También hago deporte.

—Eso está muy bien. ¿Vives solo?

—Desde hace un año. Antes no me dejó mi madre hasta asegurarse de que volvía a tener el control de mi vida. —Arqueó la ceja con una sonrisa.

No dejaba de mirar a mi hermana; siempre hablaba mirándola a ella, y hasta podía ver un cierto brillo en sus ojos.

Comenzó a interesarse por lo que hacía mi hermana, sus *hobbies*, su vida personal… Hacía preguntas, sonriendo, dejando que el brillo de sus ojos se encontrara con el de ella. Yo observaba desde mi lugar, sintiendo una mezcla de alivio y nostalgia, recordando cómo había sido esa misma chispa al principio con mi hermana.

Verlos frente a frente era como mirar una versión paralela de la vida, una en la que el tiempo no se hubiera roto.

Y terminó con todo el arte pidiéndole el teléfono, momento en que se lo intercambiaron. Él tenía nuevo número.

Antes de despedirnos, la invitó a quedar un día para comer o cenar. Mi hermana le dijo que sí con una alegría en el rostro que sobrecogía.

Había una calma extraña en el aire, de esas que solo aparecen cuando el corazón late con más fuerza de lo normal.

Salimos de la cafetería y el aire golpeó nuestros rostros. Abigail caminaba a mi lado, todavía cabizbaja, pero con un hilo de orgullo en su manera de andar, como si quisiera demostrar que no estaba rota, aunque los ojos la delataran.

—No puedo creer que todo esto haya pasado —murmuró, con la voz entrecortada mientras miraba los escaparates—. ¿Cómo pueden algunas personas ser tan… crueles? Es que… me siento tan impotente… No pude estar a su lado cuando más lo necesitaba. Dos meses… dos meses en coma, y yo ni siquiera pude… —Se interrumpió, las lágrimas cayendo silenciosas, y me abrazó con fuerza.

Mientras la consolaba, no pude evitar recordar los momentos en los que Carlos la había mirado con ese brillo intenso que siempre veía en sus ojos cuando miraba a mi hermana. Era el mismo brillo de afecto profundo, la misma mezcla de curiosidad y admiración que entonces, pero él no lo sabía. Mi pecho se encogió; sus padres no tenían ningún derecho a tomar una

decisión así, no tenían derecho a dejarla fuera de lo ocurrido sabiendo que ella lo amaba con locura.

—¿Sabes? —dijo después de un momento de silencio—. A veces pienso en lo que perdí. Me imagino cómo habría sido si todo hubiera sido distinto… si no hubieran interferido sus padres… si Carlos me hubiera recordado. —Se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Es natural pensar eso —susurré—. Pero no puedes vivir en un pasado que ya no existe. Carlos te amó de verdad, y aunque no recuerde todo ahora, lo importante es que él nunca dejó de querer.

—Lo sé, Anais… pero duele igual —respondió, y por un instante la vi vulnerable y frágil, aunque con una fuerza contenida—. Gracias por estar aquí —me dijo—. No sé qué haría sin ti.

—Siempre estaré aquí para ti —respondí, apretando su mano con fuerza—. Y no solo eso… verás que todo se puede recomponer, aunque el camino sea largo.

Ella asintió y, por un momento, parecía que un peso se había aligerado de sus hombros. Sin embargo, la tristeza seguía ahí, en el temblor de sus labios y en sus ojos brillosos. Era un dolor contenido, una mezcla de rabia, frustración y amor perdido, que no desaparecía con palabras de consuelo, pero que se podía suavizar con compañía y comprensión.

Mientras regresábamos a casa, pensé en cómo la vida podía ser tan injusta y al mismo tiempo regalar momentos de luz inesperados. La forma en que Carlos miraba a Abigail me recordó que algunas emociones eran más fuertes que cualquier obstáculo: el amor verdadero dejaba huella, aunque el tiempo y las circunstancias intentaran borrarla.

Todo el camino de vuelta a casa no dejó de repetir que lo iba a volver a conquistar. Lo amaba demasiado.

Entré por la puerta de mi casa y miré el móvil viendo que tenía un mensaje de hacía un rato de Martín, pero claro, entre el café con Carlos y los nervios de mi hermana luego, ni lo había mirado.

Martín: *¿Y para cuándo una cena en tu casa o en la mía con una velada que termine en desayuno?*

Revisé el mensaje una y otra vez, sonriendo como una tonta, incapaz de borrar el cosquilleo que me había dejado leer su propuesta.

Anais: *El día que quieras. Mañana es el último día que trabajo de mañana hasta el día dos.*

Sonreí tras enviar el mensaje. Tenía muchísimas ganas de volver a verlo.

Martín: *¿Qué te parece si mañana te preparo una comida para cuando salgas de trabajar y pasamos el resto del día aquí relajados? Prometo hacerte también la cena y el desayuno.*

Pues me parecía la mejor de las ideas. ¿Qué me iba a parecer?

Anais: *Perfecto. Mañana iré cuando salga del trabajo.*

Entré en la ducha bailando; así es como me sentía. Había estado en *shock* por lo de Carlos, pero ahora esta propuesta me había más que animado.

El agua caliente me envolvía y, mientras me relajaba, me sentía viva. Entre la tristeza de Abigail, el brillo de Carlos y la anticipación de Martín, la jornada había sido un torbellino de emociones. Pero por primera vez en mucho tiempo, sentí que había algo a lo que aferrarme: la pasión, el deseo y la certeza de que, aunque la vida nos golpeara, todavía podíamos encontrar momentos de alegría y conexión que lo compensaran todo.

Me cubrí con la toalla y me miré al espejo. Y entonces lo supe: no recordaba la última vez que me había visto así, cansada pero con ganas de vivirlo todo.

Capítulo 11

Me encontré a mi hermana en la puerta del centro, ya que cada una habíamos ido en nuestro coche. Su cara iluminada al verme me dio un vuelco al corazón; parecía que traía consigo todo un cúmulo de emociones a flor de piel. La veía hablar tan deprisa, como si las palabras no le cupieran dentro. No recordaba cuándo había visto a mi hermana tan llena de esperanza, y eso me removió algo muy hondo.

Atropelladamente, me contó que había quedado para comer con Carlos en el japonés al que siempre iban juntos. Habían estado hablando por mensajes hasta la una de la mañana. Fue él quien le escribió primero.

La veía tan ilusionada que solo le pedía a todo el universo que conspirase para que ellos dos recuperaran lo que tuvieron y, sobre todo, para que ella volviera a sentirse tan feliz como antes.

—¡Vaya! —le dije con una sonrisa—. Parece que la noche de mensajes hasta la una de la mañana dio sus frutos.

Se echó a reír nerviosa, y mientras hablaba de cada detalle de su conversación con él, no pude evitar sonreír con complicidad. La veía tan ilusionada, tan viva, que me parecía injusto que el mundo no siempre fuera tan amable con quienes merecían sonreír.

Entrar en la consulta siempre me daba ese golpe de realidad: el ruido, la gente, las prisas… y yo todavía con la cabeza en los mensajes que mi hermana me había contado.

El primer paciente llegó tocándome las narices, intentando decirme cómo tenía que hacer mi trabajo. Empezábamos bien. Lo corté bien rápido…

Siempre había algún listillo que, por leer cuatro cosas en internet, ya se creía que tenía el diagnóstico y las claves del tratamiento. Hoy me tocó uno de esos.

De verdad que había mañanas en las que una necesitaba un máster en paciencia para no mandar a alguno a paseo.

Entre paciente y paciente fui hablando con mi padre, que estaba enviándonos fotos desde Granada, donde estaban desde el día anterior. Cada foto que nos mandaba tenía esa luz especial de cuando alguien está donde quiere estar. Me encantaba verlo así, tan lleno de vida.

A la hora de la salida fui a despedir a mi hermana, que ya iba también saliendo. Le deseé mucha suerte y, sobre todo, paciencia, porque su visión no era igual que la de él. Ella me abrazó y me agradeció con una sonrisa tímida.

Me dirigí hacia la urbanización donde vivía Martín, poniendo en el GPS la ubicación que me había mandado. Yo sabía el camino de sobra y conocía las fases, pero no sabía cuál era exactamente su casa.

Fui todo el camino con ese cosquilleo en la barriga, mezcla de nervios y ganas. No sabía qué iba a pasar hoy, pero tenía claro que no quería perderme ni un detalle.

Paré en la puerta y le escribí que ya estaba fuera. Me abrió el acceso y me adentré con el coche, aparcándolo al lado del suyo.

—Hombre, mi chica favorita —me dijo abriendo la puerta.

—Espero que me hayas preparado un buen almuerzo. Vengo hambrienta —le dije a la vez que nos abrazábamos.

Cogió mi bolsa de ropa del maletero y tiró de mi mano hacia dentro. La casa era una locura tanto por fuera como por dentro. Lo tenía todo tan limpio, despejado e iluminado que la armonía se sentía nada más entrar por la puerta.

Había casas bonitas y luego estaba aquella. Era como entrar en una revista: luz, orden, calma. Todo transmitía esa sensación de hogar bien cuidado.

—Qué casa tan… perfecta —murmuré, mientras dejaba que mis dedos acariciaran la superficie de la mesa de la entrada.

—Nada es casual —respondió, guiñándome un ojo—. Todo tiene su lugar, como tú en mi vida.

Sonreí ante su comentario, sintiendo un calor que subía desde el estómago hasta el cuello. Me enseñó toda la casa y me encantó cada rincón. La cocina, impecable, con su isla central; la sala, inundada de luz gracias a los ventanales de suelo a techo. Incluso su despacho, minimalista y moderno, respiraba calma con esas paredes neutras y la claridad que entraba a raudales.

Aproveché para cambiarme de ropa y ponerme cómoda. Unos *leggings*, una cola de caballo y una camiseta bastaban para sentirme como en casa.

—Qué bien huele —murmuré al entrar a la cocina, que podía ser el sueño de cualquier persona.

El aroma era increíble, intenso, como de comida hecha con cariño y tiempo. Me dio la sensación de que llevaba toda la mañana preparando aquello.

—He preparado un arroz con langosta que espero que sea el mejor que hayas probado en tu vida —respondió, con una sonrisa traviesa.

—Qué presión —contesté acercándome a la paellera—. Buenísima pinta tiene.

—Pues ahora solo toca probarlo. —Cogió con un tenedor de un ladito y me lo acercó a la boca.

—Esto está delicioso. Te lo has currado, sí, señor.

—Pues entonces —apartó la silla para que me sentase—, solo queda servir y disfrutar.

Colocó la paella en el centro de la mesa y se sentó después de servir las dos copas de vino y los platos. La mesa de isleta de la cocina tenía unas banquetas con respaldo que eran de lo más cómodas.

Entre bocado y bocado reímos, hablamos de todo y de nada, compartiendo confidencias y bromas que solo nosotros entendíamos. La luz del atardecer entraba por los ventanales y hacía que la cocina pareciera aún más acogedora.

Había algo en cómo nos mirábamos entre cucharadas que me desarmaba. Era sencillo estar con él, natural, como si todo fluyera solo.

—Es muy luminoso todo, qué gozada.

—¿Tu ático es oscuro?

—No, para nada. Pero esto tiene más luz porque el espacio es más amplio, y los ventanales también.

—No te pienso proponer que te vengas a vivir conmigo.

—Ni yo aceptaría. ¿Sabes cuánto vale mi independencia?

—Una palabra mía y bastará para hacerte cambiar de opinión —dijo estirando la mano y poniéndola en mi cabeza como si me estuviera dando la bendición.

—Eres todo un personaje como tu madre.

—Ella más, que se entrena y todo. —Ladeó un poco la cabeza dándolo por hecho.

Miré hacia el móvil y tenía una notificación de mensaje.

Abigail: *¡Me lo como! Me ha dicho que soy preciosa y me traía una rosa con un envoltorio superelegante.*

Sonreí al leerlo porque era tan fuerte su historia que costaba asimilarla. Sentí un nudo en la garganta al imaginarla allí, ilusionada otra vez, como si la vida le diera una segunda oportunidad que ni ella misma esperaba.

Anais: *Me alegro muchísimo, cariño. Ve contándome. Te quiero.*

—Coger el móvil en la mesa es de falta de educación.

—Era mi hermana. —Le hice una burla.

—Y menos a ella, que me detesta. —Carraspeó aguantando la sonrisilla.

—Ya te cogerá cariño.

—O te pone en mi contra…

—También puede ser. Todo dependerá de lo que te curres tu puesto.

—Te hice la mejor paella que hayas probado.

—Me gusta más el vino. —Cogí la copa y lo miré con la sonrisa de medio lado.

—Tienes ganas de guerra, ¿verdad?

—Nunca está mal anotarse otra victoria.

—Cuidado, que hay batallas que es mejor no enfrentarlas.

—¿Qué te pasa a ti hoy? —pregunté riéndome.

—Nada, estoy feliz de que estés en mi casa.

—No sé, te noto raro.

—Solo estaba bromeando. —Acarició mi mano por encima de la mesa—. ¿Qué le pasaba a tu hermana?

—Nada, está comiendo con un amigo, y me comentó que apareció con una rosa. —Sonreí.

No le iba a contar nada hasta que ella quisiera. Además, ni mi padre estaba al tanto.

—Mira qué bonito. Eso es que le gusta.

—Entonces, como tú no me la has regalado, doy por hecho…

—Nada, no vas a dar por hecho nada. —Me hizo un guiño—. Así que ya no trabajas hasta después de Año Nuevo.

—Así es.

—Sabes que toca pasarlo todos juntos en la casa de tu padre, ¿verdad?

—Lo tengo asumido.

—¿Y qué te parece si te ofrezco la posibilidad de irnos después de la cena de cotillón?

—¿A dónde?

—Te tendrás que dejar sorprender. —Se hizo una cremallera en la boca con su mano.

—Bueno, por mí no hay problema, yo me dejo llevar, sorprender y que sea lo que Dios quiera. Hablaré con mi hermana por si quiere hacer otros planes o simplemente se queda tranquila con nuestros padres después de cenar.

—Perfecto, entonces haré la reserva más tarde.

—Me dices cuánto es y te paso mi parte.

—¿Tan miserable te piensas que soy?

—No es miserable, pero tampoco tienes que correr con todos los gastos.

—Haré como si no hubiese escuchado nada. —Me hizo un guiño—. ¿Tienes pensado qué ponerte?

—Pues no, pero daré una vuelta mañana por Zara o Mango.

—Podemos ir después de desayunar.

—Genial, me parece buena idea.

—Si te portas bien, te lo regalo yo.

—¡Qué mono! —exclamé con la más absoluta ironía.

Recogimos los platos y preparamos un par de cafés para llevarlos a la salita, que era de lo más acogedora y tenía un sofá grande en forma de L.

Martín había traído a la mesa un juego de preguntas de cultura general que me comentó durante la comida que tenía, cosa que me gustó porque con mi hermana y mi padre jugaba mucho, así que le propuse echar una partida.

—Por cada pregunta que fallemos tenemos que quitarnos una prenda —me dijo antes de comenzar.

—Yo tengo cuatro prendas con el sujetador y tú tres.

—Te doy ventaja.

—Será chulo. —Me eché a reír.

—Empático.

—¿Y qué te hace pensar que tienes más cultura que yo?

—No lo pienso. Los resultados hablarán por sí solos.

Me reí imaginando cómo íbamos a acabar si empezábamos a fallar preguntas. Pero en el fondo me encantaba ese punto de juego absurdo que siempre encendía algo entre nosotros.

Tiré el dado y me salió geografía, así que cogió una tarjeta de ese color para preguntarme. Por suerte era de las fáciles: me preguntó qué estrecho divide Estambul en dos. El Bósforo, claro; no había que ser muy lista para saberlo.

A él le tocó historia y la pregunta fue a qué presidente echó Fidel Castro. También me la sabía, y él no dudó ni un momento. La respuesta: Batista.

Capítulo 12

Fue en la segunda ronda cuando comencé a fallar, porque perdí la ropa una tras otra. En cambio, él las acertaba todas. La risa que le entró al verme desnuda fue monumental.

Aquella risa suya… era imposible no contagiarme. Tenía ese punto gamberro que me desarmaba por completo y que, sin querer, encendía más la tensión entre nosotros.

—Me niego a creer que eres más listo que yo.

—Doble listo: por ser más intelectual y por conseguir, sin ponerte una mano encima, que te quedes en pelotas. —Me abrazó, echándome sobre él.

Su pecho se pegó al mío y sentí su respiración cálida contra mi clavícula, ese tipo de contacto que te hace olvidar dónde estás y qué estabas diciendo.

—Tienes mucha guasa, pero mucha, mucha, mucha. —Me reía negando.

—¿Y el bien que le hago a tu estado de ánimo? —Me daba muchos piquitos.

—La verdad es que sí. No lo voy a negar.

—Eres lista, pero has acabado perdiendo —murmuró, provocándome con un suave mordisco en el lóbulo de la oreja.

—Si tú no te hubieras aprovechado… —susurré, mordiéndome el labio mientras nuestras miradas se encontraban, intensas, cómplices, ardientes.

Notaba cómo la tensión entre los dos subía como una corriente eléctrica, de esas que no se pueden frenar ni aunque quisieras.

El sofá nos acogió y pronto nuestros cuerpos se entrelazaron con la misma fluidez que si hubiéramos esperado toda la vida este momento. Sus labios encontraron los míos con urgencia y dulzura a la vez, recorriéndome con intensidad, haciendo que mis manos se enredaran en su cabello.

—Te deseo desde que entraste —murmuró contra mis labios—. Cada segundo, Anais.

—Yo también… no puedo… —Mi voz se apagó mientras lo sentía tan cerca que el mundo desaparecía.

Sus manos recorrieron mi espalda, mis piernas, mientras yo respondía con caricias y susurros; cada roce era más profundo y provocador que el anterior. El sofá crujía bajo nuestro peso, mezclando la risa con el gemido, la ternura con la pasión desbordada.

Con él no era solo deseo; había algo más profundo, una forma de tocarme que parecía hecha a mi medida.

—Martín… —susurré, sintiendo cómo cada fibra de mi cuerpo reaccionaba a su contacto.

—Shhh… disfruta —contestó, besando mi cuello, bajando lentamente hacia mi pecho, haciendo que la respiración me faltara.

El calor de nuestros cuerpos se mezclaba con la excitación, con la sensación de ser completamente vistos y deseados. Las manos exploraban, los labios encontraban puntos sensibles, los murmullos y risas nos hacían perder la noción del tiempo. Cada movimiento, cada suspiro, cada provocación verbal aumentaba la tensión hasta envolvernos por completo, dejándonos vulnerables, necesitados, felices.

Los labios de Martín encontraron mi pecho y lamió el pezón, ese que después mordisqueó y tiró de él mientras me arrancaba un grito mezcla de dolor y placer. Sonrió mirándome fijamente a los ojos y volvió a lamerlo antes de llevarse mi pecho a la boca mientras, con la otra mano, pellizcaba el otro pezón entre sus dedos.

No pude evitar moverme sobre él al sentir su miembro palpitando bajo mi sexo; llevé mis manos a su cabello y dejé caer la espalda cuando él movió las caderas para rozarme aún más con su duro miembro.

Él creía que tenía el control, pero yo también sabía jugar. Y me moría por demostrarle que no era la única capaz de llevarlo al límite.

Me rebelé un poco y me levanté para comenzar a desnudarle, y cuando lo tuve ante mí como su santa madre le trajo al mundo… decidí ser un poco traviesa. Sonreí pensando en mi siguiente paso, ese que él no esperaba, y me arrodillé entre sus piernas mientras las separaba.

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó con la voz ronca, porque tonto no era y sabía más que de sobra lo que iba a hacer.

—Shhh… disfruta —dije, usando sus mismas palabras.

Me incliné, lamí su miembro deliberadamente despacio con la punta de la lengua mientras le miraba fijamente, y cuando lo acogí en mi boca, Martín cerró los ojos dejando escapar un gemido bajo y profundo.

Estuve así, dándole placer y contemplando su rostro, observando el modo en el que se contraía su cara mientras se dejaba llevar, durante unos minutos. Hasta que me apartó, me recostó en el sofá y se acomodó entre mis piernas para lamer mi sexo y penetrarme con dos dedos.

El muy descarado me miraba con los ojos brillantes mientras lamía y me hacía estremecer, llevándome de manera irremediable al orgasmo.

—Me vuelves loca —susurré entre gemidos, mientras mis dedos se enredaban en su cabello—. No sabes lo que siento ahora mismo.

—Sí lo sé —dijo, sonriendo contra mi sexo—. Y me encanta. Cada reacción tuya… me enciende aún más.

Siguió lamiendo más rápido aún, penetrándome con sus dedos mucho más profundamente, y me llevó al orgasmo haciendo que me corriera de un modo tan intenso que pensé que me desmayaría allí mismo.

No tardó en inclinarse sobre mí y besarme con intensidad; deslizó sus manos por mi cuerpo como si de ese modo lo memorizara.

Lo sentí moverse sobre mí con suavidad, pero su proximidad era casi insoportable. Su respiración caliente contra mi cuello, la caricia de sus dedos deslizándose por mi piel, el peso de su cuerpo acercándome más a él… todo me hacía perder la noción de mí misma. Cada pensamiento estaba concentrado en su boca, sus manos, la electricidad de nuestros cuerpos.

Quería sentirlo por completo… cada toque, cada suspiro… Quería que me desease como yo le deseaba a él. Su mirada bajó a mis labios y volvió a mis ojos, como si estuviera decidiendo si perderse en mí o devorarme por completo.

Finalmente, bajó un brazo para sostener mi rostro y me obligó a mirarlo. Sus ojos eran intensos y llenos de deseo. Cada parpadeo suyo me hacía estremecer.

—Mírame —ordenó suavemente, con un tono que mezclaba ternura y dominación—. Quiero que veas cuánto te deseo.

—Te veo… y me muero —confesé, dejando escapar un suspiro entrecortado—. No puedo… no puedo resistirme.

Sus dedos empezaron a recorrer mis piernas, acariciando con delicadeza antes de que la intensidad creciera, dibujando líneas de electricidad sobre mi piel. Cada roce me provocaba un escalofrío que subía por mi columna vertebral, y cada mirada suya hacía que mi corazón se acelerara como nunca antes.

—Anais… —susurró mientras me inclinaba hacia él—. Quiero sentirte, tenerte así… ahora.

Mi cuerpo respondió antes que mis palabras, arqueándose hacia él, suplicando por esa unión sin necesidad de decir nada.

—Sí… ahora —contesté, casi perdiendo la voz entre la mezcla de deseo y excitación—. No puedo esperar más.

Nuestros cuerpos se movían al unísono, siguiendo un ritmo improvisado pero perfecto. Mis uñas se clavaban ligeramente en su espalda mientras él me apretaba contra su pecho, y un gemido profundo escapó de mis labios. Sentí cómo el sofá se hundía suavemente bajo nosotros, acompañando cada vaivén, mientras el deseo nos envolvía por completo. Cada beso, cada caricia, era una declaración silenciosa: no había límites, no había reservas, solo el deseo puro y absoluto de perdernos el uno en el otro.

Sus labios bajaron hacia mi cuello, mordisqueando con delicadeza y urgencia a la vez, provocando un ardor que me hizo jadear.

—Martín… —gemí, sintiendo cómo mi cuerpo pedía más—. No pares…

—Nunca lo haré —susurró, mientras me acariciaba la espalda, bajando lentamente hasta mi cintura, sosteniéndome cerca—. Quiero que sientas todo lo que siento por ti.

Mi mente se nublaba con cada toque, cada suspiro compartido, cada mirada intensa. Todo mi mundo era él y nada más. Mis pensamientos se mezclaban con sensaciones físicas que me hacían temblar: la suavidad de su piel, la firmeza de sus manos, la pasión en sus labios, la cercanía de su respiración.

El calor de nuestros cuerpos se mezclaba con la excitación, con la sensación de ser completamente vistos y deseados. Las manos exploraban, los labios encontraban puntos sensibles, los murmullos y risas nos hacían perder la noción del tiempo. Cada movimiento, cada suspiro, cada provocación verbal aumentaba la tensión hasta envolvernos por completo, dejándonos vulnerables, necesitados, felices.

Nuestros cuerpos se movían al unísono, siguiendo un ritmo improvisado pero perfecto. Mis uñas se clavaban ligeramente en su espalda mientras él me apretaba contra su pecho, y un gemido profundo escapó de mis labios.

—Me estás matando de deseo —susurré entre besos—. Cada centímetro de ti me vuelve loca.

—Entonces déjate llevar —murmuró, rozando mis labios con los suyos—. Déjame mostrarte cuánto te deseo.

La intensidad crecía con cada segundo; ya no había bromas ni juegos. Solo nosotros y el deseo que nos consumía, haciéndonos olvidar todo lo demás. Cada mirada suya me atravesaba el alma, cada caricia me hacía vibrar, y cada suspiro que escapaba de su boca era una promesa que me hacía temblar de anticipación.

Finalmente, nos dejamos llevar por completo, fusionando nuestros cuerpos y deseos en un momento que parecía eterno. Cada roce, cada beso, cada susurro provocativo nos llevaba más allá de lo físico.

Cuando nos recostamos al fin, exhaustos pero satisfechos, con nuestras manos entrelazadas y nuestros cuerpos pegados, sentí una calma cálida que recorría todo mi ser. Sus labios se posaron suavemente en mi frente y un susurro de promesa salió de su boca.

—Siempre serás mía, Anais… —dijo con voz ronca, cargada de emoción.

—Y tú serás siempre mío —contesté, apoyando mi cabeza en su pecho, escuchando el latido de su corazón mientras todo mi cuerpo aún vibraba con el recuerdo de cada caricia, cada beso, cada susurro.

Nos quedamos en silencio, riendo suavemente de nuestras travesuras y disfrutando del calor del otro. La tarde caía lentamente sobre la ciudad y la luz que entraba por los ventanales iluminaba nuestros cuerpos entrelazados, dejando un recuerdo que se me quedó grabado a fuego: placer, complicidad y deseo cumplido.

—Eres… increíble —susurré, acariciando su brazo mientras él apoyaba la cabeza junto a la mía.

—Tú también —dijo con voz ronca—. Cada segundo contigo vale más que cualquier juego, cualquier victoria… cualquier cosa.

Nos acomodamos mejor en el sofá, todavía pegados, dejando que el silencio hiciera el resto. Él me abrazó por la cintura y yo apoyé la cabeza en su pecho, sintiendo cómo su mano acariciaba mi brazo con calma. Cerré los ojos un instante, disfrutando del calor y de esa quietud tan nuestra. Fue suficiente para que una sonrisa se me escapara sin querer.

La tarde siguió cayendo despacio a nuestro alrededor, y nosotros simplemente… nos dejamos estar.

Capítulo 13

La tarde se había echado encima sin que me diera cuenta. Fuera, las luces del vecindario empezaban a encenderse una a una, tiñendo de reflejos dorados los ventanales del salón. El aire olía a invierno, a esa mezcla de frío y electricidad que traía consigo la Navidad.

Martín había insistido en que nos olvidáramos de todo, sin pensar en nada más que en tirarnos en el sofá y ver películas navideñas «de las de toda la vida». Y ahí estábamos, enredados entre mantas y cojines, con una fuente de palomitas sobre las rodillas y un cuenco lleno de chocolatinas en la mesa baja.

—Te juro que esta es la mejor parte —dijo Martín, llevándose un puñado de palomitas a la boca sin apartar los ojos de la pantalla.

—Dices eso en todas las películas —repliqué riendo.

—Porque todas tienen su mejor parte, aunque sea al principio.

Me miró de reojo con esa sonrisa que le salía natural, esa que me desarmaba sin que yo pudiera evitarlo. Había algo en su manera de disfrutar las cosas sencillas que me hacía imposible fingir indiferencia. Se inclinó hacia mí, cogió una chocolatina y la acercó a mis labios.

—Prueba esta —dijo—. Te va a gustar.

Abrí la boca entre risas y la dejé caer dentro, fingiendo hacerme la difícil.

—Tú solo quieres que engorde —bromeé.

—Sí, claro, para que nadie más te mire.

Le di un leve golpe en el brazo y él se rio conmigo. Después hizo lo mismo: cogió otra chocolatina y me la ofreció como si estuviéramos en una escena de película exageradísima. Yo se la metí directamente en la boca y terminamos riéndonos aún más.

El salón estaba en penumbra, iluminado solo por el resplandor rojizo del televisor. Fuera hacía un frío que pelaba, pero dentro reinaba un calor acogedor, mezcla de calefacción y complicidad.

—Deberíamos hacernos un selfi —dijo de pronto Martín, sacando el móvil.

—¿Ahora? —pregunté, subiéndome la manta hasta la barbilla.

—Mira qué ambiente. Esto merece ser recordado.

Antes de que pudiera protestar, pasó su brazo por mis hombros y pegó su mejilla a la mía. El flash iluminó el salón un segundo.

—A ver —dijo mirando la foto—. Salimos bien, aunque tú te estás riendo demasiado.

—¿Y qué querías? Si has puesto cara de niño de anuncio.

—Esa es mi cara normal.

—Pues deberías avisarme antes para prepararme.

Empezó a hacer más fotos, cada una más absurda que la anterior: muecas, poses exageradas, una donde fingía dormirse sobre mí y yo hacía como que lo empujaba. En otra, le lancé una palomita justo cuando dio al botón, y salió perfecta, congelada en el aire.

—Esta es la mejor —dijo Martín—. La voy a poner de fondo de pantalla.

—Ni se te ocurra.

—Ya está hecho.

Intenté quitárselo, pero levantó el móvil por encima de su cabeza. En ese forcejeo improvisado acabé prácticamente tumbada sobre él, riéndome sin poder parar. Sentí su respiración junto a mi oído y me aparté un poco, fingiendo recomponerme.

Entonces sonó su móvil con una notificación. Martín la miró y soltó una risa.

—Mira esto.

Era una foto de su madre con mi padre, los dos posando felices. Y justo entonces sonó mi móvil con la misma imagen, enviada por mi padre.

—¿En serio nos han mandado la misma foto? Parecen dos adolescentes —sonreí.

—Están enamorados, sin duda.

—Y no se imaginan que estamos aquí tirados, viendo una peli y comiendo como si no hubiera un mañana.

—Algo sospecharán. Lo raro es que no nos hayan puesto un chip de vigilancia.

Nos echamos a reír. Era tan fácil reírme con él, tan natural, que me olvidaba de todo.

—Entonces, ¿dónde vas a llevarme después de cenar el treinta y uno? —pregunté.

—¿Después de la cena? —repitió—. Igual te llevo a un retiro espiritual sin cobertura, sin calefacción, solo un saco que tendremos que compartir.

—Qué romántico.

—O a acampar a la montaña, ducharnos con agua helada…

—Si me llevas ahí, me vuelvo andando.

—Vale, vale. —Rio—. Era broma. Aunque te imagino muy mona con gorro de lana y linterna.

Nos miramos un segundo más de la cuenta.

—Entonces nada de montaña. Prometo un sitio con manta, calefacción y chocolate caliente.

—Eso suena mejor.

—Pero tú preparas el chocolate.

—Trato hecho.

La película terminó con el típico beso bajo la nieve falsa. Martín bostezó exageradamente y se dejó caer sobre mi hombro.

—Necesito algo más emocionante que esto.

—¿Qué propones?

—Cenar. Y no pienso mover un dedo.

—Me parece justo. ¿Qué te apetece?

—¿Mexicano? Hace siglos que no como unos tacos de verdad.

—Perfecto.

Hizo el pedido mientras yo me acomodaba más en el sofá. Cuando colgó, anunció:

—En media hora está aquí.

—¿Qué hacemos mientras?

—Tengo una idea.

Se levantó y fue hacia la cocina. Oí vasos, botellas y el tintineo del hielo.

—¿Qué estás tramando? —pregunté.

—Una obra maestra. Pero necesito tu colaboración.

Me levanté y lo vi concentrado frente a la encimera: coctelera, limas, tequila y licor de naranja.

—No me digas más: margaritas.

—Exacto. ¿Sabes hacerlos?

—Por supuesto.

Me acerqué, partí una lima y el perfume cítrico lo invadió todo. Yo exprimía el jugo mientras él medía el tequila con precisión teatral.

—Esto tiene una ciencia —dijo—. El equilibrio perfecto entre ácido, dulce y desastre.

—Lo del desastre seguro que lo controlas.

Vertí el zumo en la coctelera, añadí licor y hielo. Martín la agitó con energía y la destapó con aire triunfal.

—*Voilà*. Dos margaritas dignas de un bar de playa.

Servimos, brindamos y probamos el primero al mismo tiempo. Delicioso.

—Por nosotros —dijo.

—Por sobrevivir a las pelis navideñas.

—Y por la comida mexicana.

—Y por las margaritas —añadí.

Brindamos otra vez.

El timbre sonó poco después. Martín abrió y yo preparé la mesa improvisada en el salón. Tacos, enchiladas y un guacamole tan bueno que casi me hizo llorar.

Comimos entre risas y comentarios sobre la película que habíamos puesto. A cada brindis, Martín encontraba una excusa nueva:

—Por la salsa picante.
—Por tu habilidad para no mancharte.
—Por el sofá, que está sobreviviendo a todo.

Después del cuarto brindis, empecé a notar el efecto del tequila en mis mejillas.

—Creo que se me están subiendo las margaritas —dije, llevándome una mano al rostro.

Martín me miró con esa sonrisa pícara que ya conocía demasiado bien.

—¿Seguro que es el tequila?

—¿Es que estás intentando emborracharme, Martín? —Arqueé la ceja.

—¿Quién ha dicho nada de emborracharte? —protestó con voz suave.

—Más vale que no lo estés haciendo para llevarme a la cama. Porque si crees que con unas cuantas margaritas me vas a tener rendida a tus encantos… lo llevas claro —le advertí, señalándole con el dedo.

Él soltó una carcajada y apoyó los codos en la mesa, acercándose un poco.

—Créeme, no necesito la ayuda del alcohol para eso.

—Ah, ¿no? —pregunté, arqueando la ceja.

—Con mirarte, con besarte en el punto exacto y tocarte solo un poco… bastaría para que te derritieras entre mis manos.

Le sostuve la mirada. Me retaba con los ojos y con esa voz baja y segura.

—Muy seguro te veo.

—Haz la prueba, si quieres —susurró.

El silencio que siguió se cargó de electricidad. Fuera, la lluvia empezaba a repiquetear contra los cristales. Dentro, el aire parecía más denso, más intenso, cargado de algo que iba más allá del simple juego.

No sabría decir quién se movió primero. Solo que, cuando quise darme cuenta, Martín ya estaba a mi lado, su mano rozando la mía sobre la mesa. Ese simple contacto me encendió un cosquilleo que subió por mi brazo como una corriente.

Me miró sin prisas, con esa intensidad que hacía que me olvidara de respirar. Sentí su pulgar acariciar el dorso de mi mano, despacio, como si quisiera grabar el momento en mi piel.

—¿Ves? —susurró—. Ni siquiera necesito tocarte más.

Y tenía razón.

Me levanté despacio, sin apartar la vista de la suya. Él hizo lo mismo, y durante unos segundos nos quedamos en silencio, escuchando solo el murmullo lejano de la televisión.

Cuando me acerqué, pude oler el tequila y la lima en su aliento. No fue un beso apresurado, sino una caricia contenida, una de esas que empiezan con apenas un roce y terminan por desarmarte.

Su mano rodeó mi cintura con cuidado, guiándome hacia él. Todo lo demás —la mesa, la comida, las copas— desapareció en un segundo y simplemente me dejé llevar.

No sabría decir cuánto tiempo permanecimos así, suspendidos en ese instante. Cada respiración se volvió más lenta y consciente. Sentía el latido de su corazón contra mi pecho, firme, acompasado al mío. Había algo casi hipnótico en esa calma previa, en esa forma suya de esperar, de no precipitar nada, como si quisiera que el deseo tuviera espacio para crecer.

Su mano subió lentamente por mi espalda, trazando un recorrido que me erizó la piel. Me apoyé en su hombro, notando el calor que desprendía incluso a través de la camisa. Era una mezcla de ternura y fuego contenido que me envolvía por completo.

—Martín… —susurré, sin saber muy bien qué quería decir.

Él no respondió con palabras. Su boca buscó la mía con una suavidad que me desarmó, atrapándome en un beso lento, profundo, lleno de esa complicidad que solo aparece cuando dos personas ya se conocen más allá de lo físico. Me sentí temblar, y él me sostuvo con firmeza, como si supiera exactamente cuánta fuerza usar y cuánta ternura ofrecer.

El beso se volvió más intenso, y en algún momento dejamos atrás la mesa y el salón. No sabría decir quién tomó la iniciativa, ni si tropezamos con el sofá o con la manta; solo recuerdo el eco de nuestras risas ahogadas entre besos y respiraciones entrecortadas. Cada roce, cada mirada, era una promesa silenciosa que ninguno necesitaba romper con palabras.

Martín me llevó en brazos hasta la habitación. La luz del pasillo se filtraba apenas por la puerta entreabierta, proyectando sombras suaves sobre las paredes. Todo parecía envuelto en una calma suspendida, como si el mundo entero se hubiera detenido para dejarnos solos.

Allí, entre sus brazos, el tiempo perdió sentido. No hubo prisa ni urgencia, solo un ir y venir de caricias y miradas que decían más que cualquier frase. Lo que siguió fue una danza callada, un entendimiento tácito entre dos cuerpos que se reconocían y buscaban con una delicadeza que rozaba lo sagrado.

No podría describir cada gesto sin traicionar la intimidad de aquel momento. Lo que sí recuerdo con claridad es la sensación de pertenencia, de confianza absoluta. Martín me miraba como si fuera algo que debía cuidar, no poseer. Y en su forma de tocarme y guiarme había una ternura tan profunda que me hizo olvidar el resto del mundo.

Sus labios dejaron suaves besos en cada centímetro de piel; sus manos me acariciaban con un cuidado deliberado, como si quisiera memorizar cada curva con la yema de los dedos.

Sentí su lengua lamiendo entre mis labios vaginales, deslizándose lentamente de arriba abajo y lamiendo mi clítoris hasta que me estremecí por completo. Cerré los ojos y me aferré con fuerza a la sábana cuando sus dedos se unieron para darme aún más placer. Martín me penetró con ellos y no se detuvo hasta que me corrí entre gemidos y gritos de puro placer.

Apenas unos segundos después lo tenía entre mis piernas, rodeándome con un brazo por la cintura y penetrándome mientras me besaba con un hambre nada contenida, entrelazando su mano libre con la mía.

Me dejé llevar por lo que sentía, por lo que mi cuerpo pedía, y entre besos, caricias, jadeos y gritos alcanzamos el clímax al unísono.

Cuando por fin nos quedamos quietos, el silencio que nos envolvió trajo esa calma que sigue a una tormenta. Nuestras respiraciones seguían entrelazadas y el calor del momento flotaba aún en el aire, mezclado con el aroma de la lima y la piel.

Él me abrazó sin decir nada, y yo apoyé la cabeza sobre su pecho. Sentí su mano jugando con mi pelo, despacio, casi distraída. No era un gesto calculado, sino instintivo, como si necesitara asegurarse de que yo seguía allí.

—¿Estás bien? —murmuró al cabo de un rato.

Sonreí contra su piel.

—Más que bien.

Él soltó una pequeña risa, de esas que apenas se escuchan.

—Te lo dije… no necesitaba el tequila.

—Calla —susurré, dándole un suave golpe con la mano—. No seas engreído.

—No puedo evitarlo. Me das motivos.

Me giré para mirarle. En la penumbra, sus ojos brillaban con un tono cálido, casi dorado. Había en su expresión algo nuevo, más sereno, más

profundo. No era solo deseo; era una especie de certeza silenciosa, como si ese instante hubiera sellado algo que los dos entendíamos sin necesidad de decirlo.

—Eres un desastre —le dije, sonriendo.

—Y tú —respondió, acariciándome la mejilla—, mi desastre favorito.

Nos quedamos así, mirándonos en silencio. Fuera, el viento azotaba suavemente las persianas y, dentro, todo parecía en paz. Me acurruqué un poco más entre sus brazos, buscando su calor. Él me cubrió con la sábana y, antes de que pudiera decir nada más, sentí cómo el sueño empezaba a arrastrarme.

Justo antes de dormirme, tuve la certeza de que no quería estar en ningún otro lugar.

Capítulo 14

Desperté envuelta en una tibieza que no pertenecía solo al edredón. Durante unos segundos no supe si aún soñaba, hasta que noté el roce suave de un brazo alrededor de mi cintura.

Martín dormía a mi lado, con el rostro medio oculto entre las sábanas, respirando tranquilo. El sol de la mañana se filtraba entre las rendijas de la persiana, dibujando líneas doradas sobre su piel.

No quise moverme. Me quedé observándole en silencio, saboreando la tranquilidad de ese momento. Había algo casi hipnótico en su forma de dormir, en cómo su pecho subía y bajaba despacio, en el leve desorden de su pelo. Me pareció extraño pensar que hacía solo unos días no me imaginaba despertando así, compartiendo un amanecer con él.

Me giré un poco, lo justo para verle mejor. Entonces Martín abrió un ojo, somnoliento, y sonrió con esa mezcla de picardía y ternura tan suya.

—Buenos días, dormilona —murmuró, con la voz ronca por el sueño.

—Buenos días —respondí, intentando disimular la sonrisa.

Su mano se movió despacio, subiendo por mi cintura hasta apoyarse en mi costado.

—¿Sabes que roncas un poco? —bromeó.

—Mentira.

—Verdad absoluta. Lo he grabado.

—No te atreverías.

—Ah, ¿no? —respondió, incorporándose un poco.

—Martín… —le advertí entre risas.

Se inclinó hacia mí, tan cerca que pude sentir su respiración.

—Vale, puede que no ronques —dijo al fin—. Pero hablas dormida.

—Eso sí puede ser —admití—. ¿Y qué digo?

—Mi nombre.

Me quedé en silencio un segundo, sin saber si creérmelo.

—Eres un mentiroso —dije, aunque noté cómo me ardían las mejillas.

—Tal vez. Pero me gusta pensar que es verdad.

Nos quedamos mirándonos, y aquella sonrisa suya cambió de tono: se volvió más lenta, más cargada de intención. Me rozó la mejilla con los dedos, trazando un camino que descendió hasta mi cuello. Sentí cómo mi respiración se alteraba sin poder evitarlo.

—Tienes las manos frías —susurré.

—Eso tiene fácil solución.

Su risa fue apenas un murmullo antes de que me atrajera hacia él. El beso fue suave, pero lleno de esa familiar electricidad que parecía encenderlo todo. Durante unos instantes, el mundo se redujo al roce de su boca, al calor que se colaba entre nosotros, al peso confortable de las sábanas.

Martín se separó un segundo, con una sonrisa traviesa.

—Ven. —Se levantó y me tendió la mano—. Vamos a la ducha.

—¿Ahora? —pregunté, medio riendo.

—Sí. Prometo que no tardaremos.

Lo seguí, medio a regañadientes, hasta el baño. El aire frío me hizo estremecerme, pero el vapor que comenzó a llenar el cuarto pronto borró cualquier resto de sueño. El sonido del agua cayendo contra la cerámica tenía algo hipnótico, como si el día entero se estuviera despertando junto a nosotros.

Martín me miró desde la puerta de la ducha, con esa mezcla de provocación y ternura que me resultaba imposible resistir.

—¿Vienes o vas a dejar que se desperdicie toda el agua caliente?

No hizo falta que lo dijera dos veces.

El resto se volvió un torbellino de sensaciones: el calor del agua, la cercanía, las risas entrecortadas, las manos que se buscaban y se encontraban con una precisión casi instintiva. No fue solo deseo, fue algo más profundo; una manera de reconocernos sin palabras, de recordar que el cuerpo también podía decir «te deseo» sin pronunciarlo.

Cuando el agua empezó a enfriarse, Martín bajó el ritmo, dejó un beso en mi frente y apoyó su frente en la mía. Permanecimos así un momento, respirando al mismo compás, hasta que el silencio se volvió cómodo.

—Vas a acabar haciendo que lleguemos tarde a todo —dije, sonriendo.

—Si es contigo, no me importa llegar tarde a nada.

Nos secamos entre risas, enredándonos con las toallas, y salimos del baño envueltos aún en esa calidez perezosa que dejaba el agua caliente. Mientras él buscaba su ropa, yo abrí la ventana del dormitorio: el aire de diciembre entró con un golpe fresco que me despejó al instante.

Me vestí con unos vaqueros, un jersey grueso color crema y cogí el abrigo. Martín llevaba un suéter oscuro y una bufanda de lana gris que le quedaba ridículamente bien. En la cocina, el olor del café recién hecho llenaba el aire.

Preparé las tostadas mientras él exprimía unas naranjas. Era una escena sencilla, pero tenía algo de perfecta cotidianidad.

—¿Cuánto azúcar le pones? —preguntó él.

—Una cucharadita. Dos si el día pinta complicado.

—Entonces hoy tocan tres.

—¿Por qué?

—Porque vamos de compras —contestó, y me reí.

—Tú lo propusiste.

—Sí, pero todavía puedo arrepentirme.

Desayunamos tranquilos, entre bromas y silencios cómodos. A través de la ventana, las calles se veían cubiertas por una luz blanca de invierno, y la gente pasaba envuelta en abrigos y bufandas. El ambiente olía a pan tostado y café, y por un momento sentí que no necesitaba nada más.

Cuando terminamos, cogimos las llaves y salimos al frío. El aliento se convertía en vaho delante de nosotros, y el coche de Martín nos esperaba cubierto de una fina capa de escarcha.

—¿Tienes ya una idea de lo que buscas? —me preguntó mientras encendía el motor.

—Algo bonito, elegante… pero cómodo. No quiero pasarme la noche tiritando.

—Seguro que lo encuentras.

—Eso espero. Aunque si me ves indecisa, me ayudas, ¿vale?

—Por supuesto. Pero solo si prometes no enfadarte cuando diga la verdad.

—¿Y si la verdad no me gusta?

—Entonces te mentiré con estilo.

El trayecto hasta el centro fue tranquilo. La ciudad estaba decorada con luces y guirnaldas; en los escaparates brillaban los adornos navideños y las melodías típicas sonaban a cada paso. Aparcamos cerca de la calle principal y comenzamos nuestro recorrido.

Entramos en varias tiendas, probando vestidos que iban desde lo discreto hasta lo imposible. Martín se mostraba sorprendentemente paciente: opinaba con humor, me hacía reír con sus comentarios y, cuando yo salía del probador, me observaba con esa mezcla de curiosidad y admiración que lograba ponerme nerviosa.

En la cuarta tienda, cuando ya empezaba a pensar que no encontraría nada, algo en el escaparate me detuvo. Un vestido corto, dorado, de tejido brillante pero elegante, con un cinturón negro ancho y manga corta. Lo acompañaba una chaqueta del mismo negro profundo, sencilla pero con porte.

—Ese —dije sin pensarlo.

Martín siguió mi mirada.

—Ese —repitió—. Pruébatelo.

Dentro, la dependienta me sonrió con complicidad al ver mi entusiasmo. Me llevó el vestido y la chaqueta al probador. Cuando me lo puse y me miré en el espejo, tuve que reconocer que era justo lo que buscaba. El dorado resaltaba el tono de mi piel, y el cinturón marcaba la cintura sin exagerar. Me sentía distinta, segura.

—¿Qué tal? —preguntó Martín desde fuera.

—Un segundo.

Corrí la cortina y salí.

Él me miró en silencio unos instantes, con una expresión que decía mucho más que cualquier cumplido.

—Estás preciosa —dijo al fin, en un tono bajo y ronco.

Me reí, un poco avergonzada.

—No exageres.

—No lo hago. —Su mirada se mantuvo fija en mí—. Ese es el vestido.

No supe qué responder, así que solo asentí. Compré el conjunto y, antes de salir, encontré unos botines negros con hebillas doradas que parecían hechos para acompañarlo. También un bolso de mano, discreto y elegante, del mismo tono.

Cuando por fin salimos de la tienda, con las bolsas en la mano y las mejillas encendidas por el frío, Martín me miró de reojo.

—Sabía que acabaríamos encontrándolo.

—Tú y tu paciencia —dije, riéndome.

—Por una vez ha servido de algo.

El sol invernal caía sobre los escaparates, y mientras caminábamos hacia el coche sentí esa mezcla de ilusión y calma que solo daban las cosas simples cuando se compartían con alguien que te importaba.

Salimos de la zona comercial a la una. El cielo seguía gris, con el sol medio escondido; ese brillo pálido de los días de diciembre que parecía mantener el mundo en pausa. Las manos se me habían quedado frías, así que Martín me las cogió un instante mientras caminábamos hacia el coche. Era un gesto pequeño, casi distraído, pero bastó para calentarme más que los guantes.

—¿Dónde comemos? —pregunté cuando arrancó el motor.

—Tengo un sitio en mente —respondió—. No está lejos y hacen un arroz con marisco de escándalo.

—Con que tenga calefacción, me vale.

—Tiene. Y manteles blancos, de los que intimidan un poco.

—Perfecto —reí—, así fingiremos ser gente seria.

El restaurante estaba cerca de su casa, con grandes ventanales que dejaban ver a la gente pasar con bolsas de compras navideñas. El camarero nos llevó hasta una mesa junto a la ventana. Sobre ella había una vela encendida, y el murmullo suave de otras conversaciones formaba un fondo amable.

—¿Vino blanco o tinto? —preguntó Martín, mirando la carta.

—Blanco, que combine con el marisco.

—Sabía que dirías eso.

Pidió una botella de albariño y, cuando llegó, brindamos sin demasiada solemnidad.

—Por el vestido dorado —dijo él.

—Y por tu infinita paciencia —contesté.

—Por lo visto, solo infinita en compras.

—Deberías sentirte orgulloso. Has sobrevivido.

Reímos, y el camarero trajo una bandeja con ostras, gambas a la plancha y algo de pulpo. El aroma era irresistible.

Comimos despacio, hablando de todo y de nada: de los planes de fin de año, de lo rápido que había pasado diciembre, de cómo la ciudad parecía más pequeña cuando se compartía.

—Tu padre nos invitó a mi madre y a mí a cenar de nuevo con vosotros —dijo, y sonreí.

—Lo imaginaba.

—Estaré encantado de compartir mesa de nuevo. Aunque lo que más me apetece es verte con ese vestido.

Noté que se me escapaba una sonrisa.

—Ya te vale.

—¿Qué? No he dicho nada malo.

—No, pero cómo lo dices…

El camarero trajo el arroz con marisco, y el vino ayudó a que la conversación se hiciera aún más ligera. Entre plato y plato, Martín me miraba de esa manera que lograba desarmarme sin esfuerzo.

Cuando llegó el café, la tarde ya caía. Fuera empezaban a encenderse las luces, y se notaba que el frío sería más intenso que durante el día.

—No sé tú, pero yo no puedo moverme —dije, dejando la taza sobre el plato.

—Menos mal que vamos en coche. Si no, tendría que llevarte cargada a la espalda.

—Sí, porque rodando cual croqueta no iba a ir —dije, y reímos.

En el coche, el silencio fue cómodo. La música sonaba baja, apenas un murmullo. Miré por la ventana los escaparates iluminados y la gente cargando bolsas. Todo tenía ese aire melancólico y dulce de las tardes invernales.

Martín aparcó frente a su casa.

—¿Entras un momento? —preguntó.

—Solo un café —respondí, intentando sonar convincente.

—Solo un café —repitió, con esa sonrisa que no prometía nada de calma.

En la cocina, el aroma del café recién hecho volvió a llenarlo todo. Me senté en la encimera mientras él preparaba las tazas. Era una costumbre suya moverse entre los armarios con una naturalidad que me hacía sonreír.

—Deberías poner un bar de desayunos —le dije.

—Solo si vienes cada mañana.

—Eso sería trampa.

Cuando me tendió la taza, nuestras manos se rozaron, y bastó ese contacto para que el ambiente cambiara de tono: el aire parecía más denso, la distancia entre nosotros, más pequeña.

Él se apoyó frente a mí, sin dejar de mirarme.

—¿Sabes? —murmuró—. Creo que el café se va a enfriar.

Intenté mantener el tipo, pero el temblor en mi voz me delató.

—Siempre dices lo mismo cuando…

—Cuando pasa esto. —Terminó por mí, acercándose un poco más.

No fue un beso lento ni calculado. Fue uno de esos que nacían de la pura necesidad de sentir al otro. La taza tembló en mis manos y tuve que dejarla sobre la encimera.

No hubo palabras, solo el sonido del reloj de la pared y nuestras respiraciones mezcladas. Sus dedos rozaron mi mejilla y descendieron por mi cuello, y el tiempo pareció disolverse. No necesitábamos más que eso: el instante suspendido, el calor, la certeza de estar exactamente donde queríamos.

Cuando nos separamos, todavía sonreíamos. Él me retiró un mechón del rostro.

—Vas a hacer que odie el café —bromeó.

—No seas dramático.

El reloj marcaba casi las seis. Era hora de irme. Me puse el abrigo despacio, sin dejar de mirarle.

—Nos vemos en la cena —dije.

—Sí. Ten cuidado al conducir —respondió, acompañándome hasta el coche.

El aire nocturno olía a madera húmeda y a invierno. Me incliné para darle un último beso rápido antes de subir.

—Buenas noches, Martín.

—Buenas noches, preciosa.

El trayecto de vuelta fue tranquilo. La radio sonaba bajito, con una canción que hablaba de promesas y de inviernos compartidos. No podía dejar de pensar en él: en su risa, en la manera en que me miraba, en cómo todo con él parecía fácil.

Martín no era como los hombres que había conocido antes. No intentaba impresionarme ni disfrazar lo que sentía. Tenía una forma directa, honesta, de estar. Y yo, sin querer, me estaba acostumbrando a esa verdad suya.

Cuando llegué a casa, el reloj marcaba las siete y el cielo estaba completamente oscuro. Encendí la luz del dormitorio y dejé las bolsas de la tienda sobre la cama. Coloqué el vestido dorado en una percha, con la chaqueta encima. Los botines y el bolso quedaron junto a la cómoda, perfectamente alineados.

Me quedé mirándolo todo un instante. Era más que ropa: era una promesa de algo bonito, de un final de año distinto, de una historia que seguía creciendo.

Sonreí. Cerré el armario y apagué la luz. Fuera, la noche de diciembre seguía viva, y por primera vez en mucho tiempo, sentí que yo también lo estaba.

Capítulo 15

El olor del café recién hecho llenaba el ático. Aquel aroma tenía algo de ritual: el sonido de la cafetera, el vapor subiendo despacio, el contraste con el aire frío que entraba por la ventana entreabierta. Fuera, el cielo estaba cubierto de nubes grises y el mundo parecía todavía medio dormido.

Puse dos tazas sobre la mesa, aunque solo esperaba una visita posible. Y no tardó en llegar.

El timbre sonó y, al abrir, vi a Abigail sonriendo, con el pijama puesto y el pelo desordenado por el sueño. Su cara irradiaba una felicidad contenida, de esas que se intentaban disimular y no se conseguía.

—¡Buenos días! —saludó, entrando con energía—. ¡Qué bien huele aquí!

—Café recién hecho —respondí, cerrando la puerta tras ella—. Pasa, y siéntate.

—Hace un frío que corta —dijo, frotándose las manos—. Y yo que pensaba que hoy saldría el sol.

Nos sentamos junto a la ventana, con las tazas humeantes entre las manos. Era una costumbre nuestra: hablar siempre con café de por medio. Desde pequeñas, nuestras conversaciones importantes habían tenido ese mismo escenario, aunque antes el café fuera cacao y las tazas, de dibujos.

—A ver —empecé—. Cuéntame. Te veo una cara que no engaña.

Había algo distinto en su expresión, un brillo tembloroso que mezclaba esperanza y miedo a partes iguales. Como si hubiera pasado la noche entera intentando ordenar emociones que no cabían en una sola palabra.

Abigail sonrió, bajando un poco la mirada.

—Es por Carlos —dijo.

Solo pronunciar su nombre ya le cambió el gesto. Sus ojos brillaban con una mezcla de emoción y melancolía.

—¿Y qué tal fue? —pregunté, apoyando el codo en la mesa.

Abigail suspiró, como si necesitara ordenar lo que sentía antes de hablar.

—Fue… raro y bonito a la vez. No sé cómo explicarlo. Cuando lo vi, me quedé sin palabras. Tenía esa misma sonrisa, la de siempre, pero sus ojos no me recordaban y eso… Eso es lo más duro.

La escuché en silencio. Sabía que, para ella, cada encuentro con Carlos iba a ser una montaña rusa emocional. Desde que él perdió la memoria en aquel accidente, todo lo que habían vivido juntos se había borrado para él.

—¿Y hablasteis mucho? —le pregunté.

—Sí —respondió, con una sonrisa suave—. Me preguntó mil cosas. Quería saber todo de mí, y al recordarle que cuando le di el teléfono estaba contigo, que eres mi melliza, se rio y dijo: «Así que hay dos como tú en el mundo, pobre humanidad».

Solté una carcajada.

—Parece que el sentido del humor no lo ha perdido.

—No —dijo ella, riendo también—. Y me dijo que había algo en mi voz que le daba paz. —Abigail hizo una pausa, removiendo el café distraídamente —. Y en ese momento… me costó no llorar.

Su voz se volvió un susurro, la noté ligeramente entrecortada, como si estuviera a punto de llorar, y le cogí la mano.

—Debe de ser durísimo —susurré.

Ella asintió, tragando saliva.

—Lo es. Quería abrazarle, decirle que me conocía de mucho antes, que una vez nos enamoramos y me quiso con locura, pero no puedo obligarle a recordar. Y tampoco quiero que me mire con pena. Así que solo sonreí, le seguí la corriente y hablamos de cosas normales. De su vida, de sus planes para Nochevieja.

—¿Y qué planes tiene?

—Se va con su familia al pueblo, hasta el día uno. Por eso quedamos en vernos otra vez el dos, cuando yo salga de la consulta. Me lo propuso él.

Sus ojos se iluminaron un poco al decirlo.

—Eso es buena señal.

—Sí. Fue muy cariñoso todo el rato. Me miraba con atención, con interés, pero… también con ese respeto que se tiene con alguien nuevo. Y eso duele, ¿sabes? Porque para mí no es nuevo. Para mí es mi vida, mi historia, mis recuerdos. Pero para él soy alguien que acaba de conocer.

No supe qué decir durante un segundo, y la admiré en silencio, por la entereza que mostraba.

—No pasó nada más —continuó—. Ni besos, ni nada. Fue solo una conversación, pero… sentí algo que hacía tiempo no sentía. Como si, de alguna manera, el vínculo siguiera ahí, escondido.

—Quizá lo está —dije—. El amor no desaparece solo porque la memoria se nuble. A veces se queda dormido, esperando que alguien lo despierte.

Abigail me miró y sonrió con ternura.

—Tú siempre sabes qué decir.

—Solo te digo lo que pienso. Y pienso que, si alguien puede volver a enamorarle, eres tú.

Se rio bajito, con esa risa que siempre me había recordado a la mía.

En momentos así, siempre me sorprendía lo parecido que era nuestro latido emocional; cuando ella sufría, algo en mí también se tensaba, y cuando sonreía de verdad, esa luz se me contagiaba sin remedio.

—Voy a intentarlo. No puedo hacer otra cosa. Le sigo queriendo, Anais. A pesar de todo.

Le apreté la mano, sintiendo un nudo en la garganta.

—Y él lo sentirá, de una forma u otra. Las cosas verdaderas siempre encuentran el camino.

Nos quedamos un momento en silencio, mirando cómo el vapor del café subía entre nosotras. Fuera, empezaba a llover, las primeras gotas de la mañana.

Abigail respiró hondo, como si quisiera soltar todo lo acumulado.

—Me siento más tranquila después de hablarlo contigo.

—Para eso estoy —sonreí—. Y, además, me encanta verte así, con esa mezcla de ilusión y miedo. Eso solo lo provoca el amor.

Ella soltó una carcajada.

—O el café, que está buenísimo.

—No cambies de tema.

Nos reímos juntas, y el ambiente se relajó. Supe que, pese al dolor, había esperanza en ella. Lo vi en su forma de hablar, en cómo brillaban sus ojos cuando mencionaba a Carlos.

Me levanté para rellenar las tazas.

Mientras Abigail seguía revolviendo la cucharilla en su taza de café, yo me acomodé frente a ella, apoyando los codos sobre la mesa. Había llegado el momento de contarle lo mío, lo de Martín, y estaba segura de que sus comentarios serían un cóctel entre bromas, preocupación y curiosidad.

—Pues… —empecé, tratando de sonar casual—, estos últimos días con Martín han sido… intensos, por decir algo.

Abigail arqueó una ceja, ya con esa sonrisa traviesa que siempre la delataba.

—Intensos… ¿Eso significa que no lo odias?

—Ni por asomo —contesté, sonriendo—. Es… diferente. No es como los demás.

Ella frunció ligeramente el ceño, como si no le cayera del todo bien que yo hablara así.

—No me termina de convencer —dijo, con sinceridad—. Más le vale que no te haga daño, Anais.

Me reí, porque siempre seríamos igual de protectoras la una con la otra.

—Si papá le dio el visto bueno como hombre, no puede ser malo. Además… creo que no lo haría.

—Ja —rio Abigail, negando con la cabeza—. Siempre tan confiada. Pero me alegra verte feliz, aunque todavía no me termine de fiar de ese hombre.

Le expliqué entonces cómo habían sido nuestras últimas tardes: las compras, los cafés, el vestido de fin de año y nuestras pequeñas bromas. Abigail escuchaba con atención, dejando escapar alguna carcajada de vez en cuando.

—Por cierto, justo cuando me mandaste el mensaje para decirme lo de la rosa de Carlos, estaba con Martín. Le comenté que eras tú, que estabas con un

amigo y que te había llevado una rosa roja, y dijo que parecía un chico enamorado. —Sonreí.

Abigail soltó una risita y negó la cabeza.

—Puedes decirle la verdad, Anais. No me importa. Además, no tengo ninguna intención de meterme en medio de tus cosas.

—¿Y papá? ¿Lo sabe ya?

—Aún no, prefiero esperar.

—Cuando estés lista. Lo que sigue sin entrarme en la cabeza es lo que hicieron sus padres; dejarte al margen de aquello fue cruel.

—Eso es lo que me duele, y que no sé cómo reaccionará Carlos si alguna vez me recuerda y se entera de eso.

—Tú sabes que, si tenemos que hacer algo con la madre, solo tienes que mandarme un mensaje con emojis.

—¿Qué emojis? —Frunció el ceño.

—Una pala y un bosque. —Hice un guiño y soltó una carcajada.

Me reí con ganas al verla y la dejé un momento sola para ir a mi habitación a por las compras que había hecho.

—Mira lo que me compré para fin de año —dije, enseñándole el vestido dorado, la chaqueta negra, los botines y el bolso de mano a juego.

Sus ojos brillaron.

—¡Madre mía, Anais! ¡Vas a deslumbrar! —exclamó—. Ese dorado… y los botines… me encanta. Te va a quedar perfecto.

—Eso espero —respondí, acariciando la tela del vestido—. Es corto, justo a la altura de las rodillas, y con el cinturón negro que me hace sentir… poderosa, o algo así.

—«Poderosa», ¿eh? —repitió, riéndose—. Me encanta. Vas a arrasar.

—Necesito tu opinión para escoger un vestido para mí por Internet —dijo —. Quiero que me llegue en un par de días.

—Perfecto. Vamos a buscar algo bonito, elegante y… que te haga sentir como una estrella de película.

Nos sentamos juntas, moviendo el ratón, comparando estilos, colores y estampados. Cada vez que yo señalaba uno que me gustaba, ella hacía una mueca de aprobación o desaprobación con exageración teatral, lo que nos hacía reír a ambas sin control.

—Este es demasiado aburrido —comenté, apartando un vestido azul oscuro que había elegido—. No, cariño, tú no eres «aburrida».

—Vale, vale, me lo apunto en la lista de no —dijo después de unas cuantas carcajadas.

Luego ella eligió uno con encaje rojo intenso.

—Este me gusta —dijo con los ojos brillantes—. Mira cómo combina el escote con la espalda.

—¡Uy! Sí, es elegante —admití—. Pero tan largo… no sé. No vas a poder moverte con facilidad si sales.

Nos pasamos un buen rato buscando en internet, riéndonos cada vez que aparecía un vestido con brillos excesivos o estampados imposibles. Al final, tras mucho debate y bromas, llegamos a un par de opciones que nos encantaban.

—Perfecto —dijo Abigail, con una sonrisa satisfecha—. Uno de estos será mío en un par de días.

Me recosté un instante en la silla, mirando a mi hermana.

—Sabes… me alegra que estés tan bien —dije—. Me hace sentir que todo lo que nos pasa, bueno o malo, tiene sentido cuando lo compartimos.

Ella me cogió la mano y le dio un apretón suave.

—Siempre juntas, Anais. Siempre. Y aunque te rías de mis miedos y yo de los tuyos, no cambiaría estas charlas por nada del mundo.

Nos quedamos así, riendo y comentando cada pequeño detalle de los vestidos, del café y de la vida, mientras el invierno seguía su curso fuera. Entre bromas y confidencias, sentí esa paz familiar que solo existe cuando estás con alguien que te conoce desde siempre, que te ve incluso en los silencios. Entre nosotras, todo encontraba su lugar.

Capítulo 16

Al llegar a la casa de nuestro padre para la cena de Nochevieja, el aire estaba impregnado de esa mezcla perfecta: la brisa fría, el aroma de algunas velas encendidas en el salón y ese olor a hogar que siempre me reconfortaba. Abigail y yo bajamos del coche riendo por algún comentario absurdo que habíamos compartido durante el camino; su risa era contagiosa y yo no podía evitar soltar carcajadas junto a ella.

Al acercarnos a la puerta, vi a Melisa y Martín esperándonos. La visión de sus sonrisas cálidas me hizo sentir una mezcla de emoción y nervios que me recorrió el pecho como un cosquilleo.

—Chicas, ¡qué guapísimas estáis! —exclamó Melisa, abriéndonos los brazos con esa calidez que siempre tenía.

Nos abrazó con fuerza, y yo no pude evitar sonreír ante la alegría que transmitía. Martín se acercó también, con esa media sonrisa que siempre conseguía que me sonrojara, y nos saludó con un leve guiño que me desarmó por dentro.

Nuestro padre apareció tras ellos, sonriendo ampliamente, y nos abrazó a las dos. Sentí sus besos en mis mejillas y la familiar sensación de hogar me envolvió por completo.

—Me alegro tanto de despedir otro año más los tres juntos —dijo—. Y esta vez seremos dos más en la mesa.

Todos sonreímos, y yo desvié la mirada hacia Martín justo a tiempo de ver cómo me miraba con esa mezcla de picardía y cariño que me hacía arder las mejillas. Abigail se dio cuenta y soltó una risita burlona.

—¡Venga ya, Anais! —me susurró en el oído—. Pareces un tomate.

Intenté reír sin parecer demasiado evidente mientras entrábamos al salón. La mesa estaba preparada con la elegancia habitual: manteles blancos, copas brillantes y velas que reflejaban su luz sobre la vajilla.

Aquella noche, como cada Nochevieja, el menú era una delicia: marisco fresco que incluía gambas y langostinos, un buen surtido de jamón ibérico y quesos curados, y un asado de cordero que desprendía un aroma imposible de ignorar. De postre, frutas de temporada y turrones variados esperaban sobre la mesa, junto con un par de botellas de buen vino y champán.

—¡Brindemos! —exclamó nuestro padre, levantando la copa—. Por otro año juntos, por todo lo vivido y lo que viene.

Chocamos las copas y sonreímos. Martín se acercó un poco más, y esa cercanía me hizo reír nerviosa mientras chocaba suavemente mi copa contra la suya.

Abigail, como siempre, no dejó pasar la oportunidad:

—Uf, ¡qué empalague! —comentó en voz baja mientras se llevaba la mano a la boca, divertida.

—Abigail —le susurré, riendo—. ¿Te callas ya?

—Ni hablar, hermanita. Que alguien tiene que comentar lo obvio —dijo, haciendo un gesto dramático.

La cena comenzó con un ambiente alegre y bullicioso. Abigail no perdió ni un segundo en hacer bromas, especialmente con Martín, y yo me animé un poquito también.

—Un brindis —dijo mi hermana—. Por las risas.

—Y porque Martín aprenda a aguantar las bromas de Abigail —añadí con una sonrisa traviesa.

—¡Oye! —protestó él, fingiendo indignación mientras todos reíamos—. Esta mujer es dura de pelar, ¿eh?

Abigail no perdió la oportunidad de lanzar otro ataque:

—Vamos, que el pobre está condenado —dijo entre risas—. Anais debería prepararle un manual de supervivencia.

—¡Cállate! —respondí entre risas mientras apretaba la mano de Martín bajo la mesa.

La complicidad iba creciendo entre comentarios y bocados. Las gambas, el jamón, los quesos, el asado… todo estaba delicioso, pero lo que más me distraía era él. Martín buscaba mi mirada a cada rato, y en esos segundos sentía que se me aflojaban las piernas, incluso estando sentada.

—Bueno, Martín, cuéntanos, ¿cómo llevas lo de caer en la tentación? —preguntó Abigail, con sonrisa maliciosa.

—Abigail, ¡por Dios! —protesté riendo—. ¡Deja al hombre tranquilo!

—Solo diré que hay tentaciones por las que vale la pena caer —contestó él con un guiño directo a mí.

Mi corazón dio un salto. Apoyé mi mano sobre la suya, y él respondió entrelazando los dedos con los míos bajo el mantel. Abigail soltó una carcajada al verme.

—¡Madre mía! —exclamé, tapándome la cara con las manos—. Sois un peligro.

—Y tú tampoco te quedas atrás —replicó Martín, apretándome los dedos con suavidad.

Abigail seguía como un torbellino:

—¿Veis lo que os decía? ¡Hay química! —exclamó, moviendo las manos exageradamente—. Anais y Martín, el dúo del año.

—¡Abigail! —Reí, lanzándole un trocito de pan.

—No, no —dijo Melisa, sonriente—. ¡Que siga así! La familia necesita un poco de emoción.

Martín se inclinó discretamente hacia mí.

—Me encanta verte sonreír así —murmuró.

Me quedé sin aire un segundo.

—Y a mí estar contigo —susurré de vuelta.

La cena continuó entre risas, brindis y comentarios sin filtro. Mi hermana estaba en su salsa.

—¡Otro brindis! —propuso Melisa—. Por la familia, por los amigos y porque la vida nos siga dando motivos para sonreír.

Chocamos las copas de nuevo. Yo sentía que el pecho se me calentaba, no por el vino, sino por esa sensación de estar en el lugar exacto donde quería estar.

Cuando la cena terminó, todos empezaron a levantarse. Martín se fue hacia la cocina con unos platos y lo seguí.

—¿Te ayudo? —pregunté.

—Claro —respondió, aunque no hacía falta.

En cuanto se cerró la puerta, me rodeó la cintura y me atrajo hacia él.

—No podía esperar más —susurró—. Delante de nuestros padres he tenido que controlarme, pero ya no puedo más.

El beso fue breve, intenso, cargado de esa electricidad que me recorría de arriba abajo. Me reí entre nervios.

—Qué peligro tienes… —susurré.

—Contigo no me puedo contener —respondió, acercándome aún más mientras me rozaba la nariz.

Justo entonces apareció Abigail, apoyada en la puerta, con la ceja arqueada.

—Para hacer cochinadas, iros a un hotel, gracias —dijo con descaro.

Estallamos en carcajadas.

Después nos pusimos con las uvas, cinco platos sobre la mesa. Abigail no paraba ni un segundo.

—Cuidado con la última uva, que siempre nos atragantamos —dijo—. Y tú, Martín, deja de mirar a Anais, que te conozco.

—¡Pero si no la estoy mirando! —protestó él riendo.

—Sí, lo que tú digas —respondió mi hermana.

Cuando empezaron las campanadas, nos atragantamos entre risas. Melissa tosió, papá casi se tragó dos a la vez, y Abigail gritó:

—¡Feliz año nuevo!

Las copas chocaron, nos abrazamos todos, y el ambiente se llenó de risas y champán. Martín me tomó de la mano, y esa simple caricia me hizo temblar un poco.

Después de las felicitaciones, Abigail anunció que se iba a tomar unas copas con amigos.

—No la líes —le dije.

—Tú disfruta con tu chico —contestó, guiñando.

Nuestros padres se quedaron en casa, y Martín me acompañó fuera.

—¿Lista? —me preguntó.

—Sí, pero… ¿dónde me llevas? Dame pistas.

—No hay pistas. Solo confía —dijo, besándome suavemente antes de que subiera al coche.

—Este año nuevo promete —susurré.

—Mucho —respondió él, entrelazando los dedos con los míos mientras arrancaba.

Salimos al frío de diciembre, con el corazón caliente y la sensación de que lo que venía después sería aún mejor.

Capítulo 17

Cuando llegamos al lugar que Martín había reservado para nuestra primera noche del año juntos, sentí que algo en mi pecho se apretaba de emoción.

El hotel Boutique estaba situado en lo alto de una montaña y, desde la terraza, se podía ver la ciudad bajo la luna y las luces. El vestíbulo olía a madera cálida y a jazmín, y las guirnaldas doradas iluminaban suavemente el camino hacia el salón principal.

—¿Has visto esto? —le susurré a Martín mientras me cogía de la mano—. Esto es… increíble.

Él sonrió, con esa sonrisa que siempre me hacía sentir que era la única persona en el mundo.

—Quería que fuera especial. Para ti. Para nosotros.

Me sentí un poco sonrojada ante sus palabras y me apresuré a reír para disimular. Él rozó mi mano con el pulgar, y ese simple gesto hizo que una corriente cálida recorriera mi brazo.

Al entrar en el salón, la escena me dejó sin aliento: parejas elegantes bailando, mesas adornadas con velas y centros de cristal, copas de champán brillando bajo la luz cálida y confeti dorado esparcido sobre el suelo. Todo era sofisticado, romántico y, al mismo tiempo, festivo. Sin embargo, aunque había más gente, me sentí como si el mundo entero desapareciera y solo quedáramos Martín y yo.

—Prométeme que esta noche no me vas a dejar —bromeé, apoyando mi mano sobre su brazo mientras lo miraba con un guiño.

—Nunca lo haría —contestó, levantando una ceja con complicidad—. Aunque… quizá tenga que compartirte un poco con otras parejas bailando.

—¡Qué descarado! —protesté, riéndome, pero no pude evitar que una sonrisa traviesa se dibujara en mi rostro.

Nos acercamos a una mesa donde nos sirvieron champán y levantamos las copas para brindar.

—Por el Año Nuevo —dije, mirándolo a los ojos mientras nuestras manos se rozaban sobre la mesa—. Por todo lo que está por venir y por las sorpresas que nos esperan.

—Y por nosotros —añadió Martín, entrelazando suavemente sus dedos con los míos.

El contacto me hizo estremecer y sentí un calor que se extendía desde la punta de los dedos hasta el pecho. Cada mirada que nos cruzábamos estaba cargada de complicidad y algo más, una promesa silenciosa de lo que esa noche podría traer.

—Oye… —dijo Martín, inclinándose un poco hacia mí mientras bajaba la voz, como si compartiera un secreto—. ¿Abigail sale esta noche con ese amigo que le regaló la rosa?

Sonreí ante la curiosidad que había en sus ojos y le conté la historia, intentando mantener la compostura, dada la dureza de lo que estaba viviendo mi hermana.

—No exactamente. Carlos… bueno, él fue el novio de Abigail. Hace dos años le llegó un mensaje diciendo que la dejaba, pero en realidad no fue él; debió ser su madre, porque Carlos tuvo un accidente, estuvo en coma y no recuerda nada. Ahora ella quiere volver a conquistarlo porque sigue enamorada de él.

—Vaya… —dijo Martín, con seriedad en el tono, pero dejando escapar una sonrisa suave—. Debe ser duro para ella.

—Lo es —contesté, apoyando la frente contra su hombro por un instante —. Pero Abigail está decidida. No se va a rendir con el hombre al que ama.

Él me rodeó un poco más con su brazo y me atrajo hacia sí, rozando sus labios contra mi cabello.

—Eso es admirable.

—Sí que lo es, pero a la pobre le está costando. Para él, ella es una desconocida, y para ella es el hombre que tanto la quiso.

Nos quedamos en silencio unos instantes, hasta que Martín acercó su copa a la mía para un nuevo brindis.

—Por una noche inolvidable —dijo, y sonreí.

—Estoy segura de ello.

—Me alegro de que estés aquí conmigo. Y te ves… increíble esta noche —dijo con suavidad, mientras sus ojos me recorrían con esa mezcla de ternura y deseo que siempre me dejaba sin palabras.

Me reí nerviosa y traté de apartarme un poco, pero él no me soltó.

—¿Increíble? —pregunté, arqueando una ceja y jugando con un mechón de mi pelo—. Vamos, podrías usar palabras más… cursis.

—¿Cursis? —contestó con una sonrisa pícara—. Bueno… entonces diré que eres absolutamente deslumbrante, Anais. Cada vez que te miro me dan ganas de… —Se interrumpió y me guiñó un ojo, haciendo que una risa escapara de mis labios.

Cuando comenzó a sonar una bachata, Martín me cogió de la mano mientras se levantaba, haciendo que yo le siguiera.

—Vamos a bailar. Quiero tenerte cerca —me susurró, mientras me atraía hacia él y me llevaba hasta el centro de la pista.

Me dejé llevar mientras él me acercaba a su cuerpo. Cada movimiento, cada giro, era un juego de miradas y sonrisas cómplices. Sentí cómo su mano sobre mi cintura era firme pero suave y cómo nuestros cuerpos se adaptaban perfectamente al ritmo de la música. La bachata se convirtió en nuestra conversación silenciosa: cada giro, cada roce, cada mirada decía lo que las palabras no podían expresar.

—Eres increíble bailando —me dijo al oído entre un giro y otro, y sentí su aliento cálido rozando mi mejilla—. Y te ves preciosa con cada paso.

—Tú… también te ves muy guapo —le susurré, sintiendo cómo mi corazón se aceleraba mientras apoyaba la frente contra la suya por un momento.

Cuando acabó la canción, nos quedamos abrazados, todavía muy pegados el uno al otro. Sus ojos me miraban con una intensidad que me hizo estremecer y un hilo de risa traviesa se escapó de sus labios.

Regresamos a la mesa y un camarero nos dejó un par de copas de champán con las que volvimos a brindar: por la noche, por nosotros, por lo que estuviera por venir. Y entonces Martín hizo algo que no me esperaba para nada.

—Tengo algo para ti —dijo, sacando un pequeño estuche de su chaqueta —. Quería que tuvieras un recuerdo de esta noche.

Abrí el estuche y dentro brillaba un reloj de Swarovski de acero con cristalitos sobre la esfera en color melocotón.

—Es… precioso —susurré, incapaz de apartar la vista de los cristales que reflejaban la luz de las velas—. Gracias, Martín.

—Es solo un pequeño símbolo de lo mucho que me importas —dijo, cogiendo mi mano y besándola suavemente antes de acercarse para rozar sus labios con los míos en un beso cargado de ternura y complicidad.

Me apoyé en su pecho mientras me abrazaba, sintiendo que el mundo entero se desvanecía a nuestro alrededor. Cada burbuja de champán, cada mirada, cada sonrisa compartida parecía un recordatorio de que estábamos en el momento perfecto. Y, aunque había otras parejas, otras risas, otros bailes, yo solo podía ver a Martín, y él solo me veía a mí.

Nos reímos juntos, jugueteando con miradas cómplices y pequeñas caricias en la mesa mientras los demás bailaban. Él rozaba mis dedos con los suyos y yo lo miraba con esa mezcla de diversión y deseo que siempre se encendía cuando estábamos juntos. Entre risas, conversaciones sobre Abigail y los planes de Año Nuevo y la emoción del cotillón, supe que aquella noche sería inolvidable.

El tiempo parecía detenerse mientras nos abrazábamos, reíamos y bailábamos. Martín me susurraba cosas al oído que me hacían sonreír y sonrojarme al mismo tiempo, y yo me encontraba jugando con su chaqueta, rozando sus dedos, mirándolo a los ojos con intensidad. Cada gesto, cada roce, cada baile era un recordatorio de nuestra conexión, de la complicidad que habíamos creado y de todo lo que nos esperaba juntos.

Hasta que dimos por finalizada la noche de fiesta y celebración y nos retiramos para ir a descansar, o eso quería pensar yo.

Cuando Martín abrió la puerta de la habitación, un suspiro escapó de mis labios. Todo estaba pensado al detalle: velas encendidas esparcidas por el suelo y sobre las mesitas, pétalos de rosa formando un camino desde la entrada hasta la cama y una luz cálida que iluminaba suavemente el espacio, resaltando la suavidad de las sábanas y el brillo de los cristales del reloj que aún llevaba puesto en la muñeca. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda mientras él cerraba la puerta tras nosotros.

—¿Te gusta? —preguntó, abrazándome por detrás y apoyando su mentón sobre mi hombro—. Quería que empezaras el año de la mejor manera.

—Es… perfecto —susurré, apoyando mis manos sobre las suyas—. Martín… has pensado en todo.

Él dejó caer sus manos suavemente sobre mi cintura y giró mi cuerpo para mirarme, y de inmediato sentí cómo sus ojos recorrían mi rostro con

intensidad, con esa mezcla de deseo y ternura que siempre conseguía desarmarme.

—Quiero que esta noche solo seamos tú y yo —dijo, acercando sus labios a los míos—. Que todo lo demás desaparezca.

Le respondí con un suspiro y lo abracé, rozando mi pecho contra el suyo. Sus manos se deslizaron por mi espalda, acariciando mi piel a través del vestido, y sentí cómo un calor húmedo comenzaba a extenderse por todo mi cuerpo.

—¿Sabes una cosa, Anais? —susurró con voz grave, apenas audible—. Cada vez que te veo, solo deseo perderme en ti.

—Martín… —susurré, mientras mis dedos se enredaban en su camisa—. Eres imposible.

Se rio suavemente, y su sonrisa, cargada de malicia, me hizo estremecer. Se inclinó y sus labios encontraron los míos con un beso lento, profundo y explorador. Sentí cómo su lengua rozaba la mía, jugando con suavidad, pero con una intensidad que me dejaba sin aliento. Cada movimiento suyo era un desafío, un recordatorio de la pasión que nos consumía, y no pude evitar gemir suavemente mientras me dejaba llevar.

—Mmm… tan dulce y provocativa al mismo tiempo —murmuró entre besos, y sentí su aliento caliente sobre mi cuello—. Me vuelves loco.

Le mordí el labio inferior con suavidad y lo miré a los ojos, desafiándolo:

—¿De verdad crees que puedes con esto? —pregunté, rozando mis labios contra los suyos mientras mis manos bajaban por su pecho.

Él arqueó una ceja, y su sonrisa fue todo un reto.

—Créeme… puedo y quiero. Y no pienso detenerme.

Su provocación me hizo sonreír y gemir al mismo tiempo, y sentí cómo sus manos se deslizaban por mi espalda hasta llegar al cierre de mi vestido. Con un suave tirón, empezó a desabrocharlo mientras mantenía sus labios cerca de

los míos, alternando besos y mordiscos delicados que me hacían perder el control.

—Eres increíble —susurré, dejando caer mi vestido al suelo—. Cada vez que estoy contigo… es como si el mundo desapareciera.

Él me cogió por la cintura y me acercó a la cama, dejándome caer suavemente sobre las sábanas. Me miró, y esa mirada cargada de deseo y ternura me hizo temblar. Se inclinó sobre mí, apoyando una mano a cada lado de mi cabeza, y volvió a besarme con lentitud, como si cada instante fuera un regalo que no quería desperdiciar.

—Quiero que esta noche recuerdes cada segundo —murmuró, rozando sus labios con los míos y bajando con un beso lento por mi cuello hasta llegar al escote—. Que sientas cada caricia, cada suspiro, cada roce mío.

—Martín… —gemí, arqueando la espalda ligeramente mientras sus manos comenzaban a explorar cada centímetro de mi piel—. Me vuelves loca…

Él sonrió contra mi piel y sus dedos empezaron a recorrer mis curvas, suaves pero con firmeza, provocando que un calor intenso se apoderara de mí. Su lengua volvía a mis labios y sentí cómo su respiración se aceleraba mientras me provocaba con cada roce, con cada caricia calculada que me dejaba temblando de deseo.

—Me encanta ver cómo reaccionas a mis caricias —susurró entre besos, bajando lentamente hasta mi cuello y los hombros—. Y me encanta saber que lo sientes todo, que no puedes resistirte…

—No quiero resistirme —contesté, apoyando mis manos sobre su pecho mientras nuestras miradas se cruzaban con intensidad—. Te quiero… ahora.

Él sonrió de manera pícara y bajó más sus labios, explorando mi torso, mientras sus manos se movían con seguridad y deseo. Lamía y mordisqueaba mis pezones, haciéndome gemir y gritar de placer. Cada roce, cada gemido mío, cada suspiro se convirtió en un juego de provocación y entrega, un intercambio de placer que nos consumía a ambos.

—Anais… —murmuró, subiendo sus ojos a los míos entre un suspiro—. Cada vez que te toco, siento que podríamos perdernos juntos para siempre.

—Entonces… perdámonos —susurré, abrazándolo mientras él me besaba con intensidad—. Hazme tuya.

Y lo hizo. Sus manos y labios exploraban con cuidado y pasión, mientras mi cuerpo se entregaba por completo a cada roce, a cada movimiento.

La habitación estaba llena de susurros, gemidos y risas entrecortadas; cada gesto era una declaración de deseo y amor. Él me provocaba, me miraba con intensidad, me retaba a corresponderle con la misma pasión, y yo me dejaba llevar, sintiendo que cada caricia nos acercaba más, que cada beso nos consumía en un fuego compartido.

En un momento, nos detuvimos, respirando entrecortadamente, y nos miramos a los ojos. La tensión era palpable, y, a pesar del cansancio, no queríamos separarnos. Martín sonrió y rozó mis labios suavemente.

—Eres irresistible —dijo con voz baja y ronca—. Con solo mirarte, podría…

—Hacerme perder la cabeza —completé yo, susurrando y rozando su pecho con mis manos—. Lo sé. Y me gusta.

El juego de provocación continuó entre nosotros, con besos, caricias, susurros y risas, explorando cada límite, cada respuesta del otro. Su tacto era firme pero delicado, sus labios, suaves pero intensos, y cada instante que pasaba sobre mí o conmigo parecía eterno, como si el tiempo hubiera dejado de existir.

Nos dejamos llevar por el placer y la complicidad, cada movimiento más intenso que el anterior, cada suspiro más profundo y compartido, hasta que finalmente nos unimos en un momento íntimo y apasionado, intenso y completo.

Sus manos se entrelazaban con las mías, nuestros cuerpos se movían al mismo ritmo, y sentí cómo cada roce suyo me consumía, cómo cada beso,

cada suspiro, nos unía más, no solo en el placer físico, sino en la emoción de nuestra conexión.

Después, nos quedamos abrazados sobre las sábanas, respirando entrecortadamente, con la piel pegada, los cabellos revueltos y los cuerpos todavía vibrando por lo que habíamos vivido. Martín me rodeó con fuerza, apoyando su frente contra la mía, y susurró:

—Tal vez… tal vez este sea solo el principio del año más especial que jamás hayamos tenido.

—Lo será —susurré, apoyando mi cabeza contra su pecho, escuchando los latidos de su corazón—. Porque tú… eres diferente.

Y así nos dormimos, abrazados, mientras la luz cálida de las velas se apagaba lentamente, dejando que solo quedara el calor de nuestros cuerpos, la complicidad de nuestras miradas y la certeza de que, tal vez, aquel año comenzaba con el hombre de mi vida a mi lado.

Capítulo 18

Desperté con la sensación cálida de su brazo rodeándome y la respiración pausada de Martín pegada a mi espalda.

Abrí los ojos lentamente y lo vi dormido, con el rostro relajado y esa expresión que me hacía sonreír sin pensarlo. La luz de la mañana entraba por la ventana, iluminando la habitación con un tono dorado y suave que se filtraba entre las cortinas.

Me quedé mirándolo unos segundos, disfrutando de la tranquilidad del momento, del calor de su cuerpo junto al mío y de esa sensación de seguridad que solo él conseguía transmitirme.

No pude resistirlo y, despacio, me giré hacia él. Sonreí al encontrar su mirada medio adormilada, y mis labios buscaron los suyos en un beso suave, lento, lleno de ternura y complicidad. Martín reaccionó de inmediato, rodeándome con sus brazos y apretándome contra él, mientras yo me reía entre besos y suspiros.

—Buenos días… —susurró con la voz ronca por el sueño, sonriendo y rozando mi nariz con la suya.

—Buenos días… —respondí, con la voz aún rasgada—. ¿Has dormido bien?

—Como un niño —dijo, soltando una risita—. Pero mejor aún ahora… contigo aquí.

Reí suavemente, y entonces, entre besos y risas, nació la primera conversación seria de la mañana.

—Estaba pensando en anoche —dije, apoyando la frente contra la suya mientras jugaba con sus manos—. Todo… todo fue increíble. No esperaba que… —me detuve, dudando si decirlo— que me sintiera así.

—No mentí cuando te hablé del flechazo —me interrumpió, mirándome fijamente—. Cuando tu padre me enseñó la foto, supe que quería conocerte. Y… si tú me lo permites, quiero estar en tu vida. No solo como el hijo de la pareja de tu padre. Quiero estar como yo… contigo.

Sentí un calor intenso recorrerme el cuerpo y sonreí con suavidad, casi incapaz de contener la emoción. Mis dedos se enredaron en su cabello y lo besé de nuevo, esta vez más lento, más profundo, dejando que mis labios dijeran lo que las palabras no podían.

—Entonces… estarás en mi vida —susurré entre besos, arqueando la espalda para acercarme aún más a él—. Y me alegra… mucho.

Él rio suavemente y acarició mi mejilla, apoyando su frente contra la mía. La complicidad entre nosotros era innegable, como si cada mirada y cada gesto formaran un lenguaje secreto que solo nosotros entendíamos.

—Voy a ducharme —dije al fin, apartándome con un gesto coqueto—. Aunque no sé si me apetece separarme de ti…

—Si quieres, podemos ducharnos juntos —propuso con una sonrisa traviesa—. Ya sabes… aprovechar un poco más y ahorrar agua.

—Martín… —Reí nerviosa, sintiendo cómo me subía el color a las mejillas—. Qué malo eres.

—Tú me provocas —contestó con un guiño, cogiéndome de la mano mientras me arrastraba hacia el baño.

La ducha fue un juego de caricias y risas. Nos mojábamos y provocábamos, disfrutando de la sensación del agua caliente sobre nuestra

piel, de nuestros cuerpos juntos, de los pequeños roces que nos hacían estremecer.

Él me abrazaba por detrás, mientras sus manos recorrían mi torso, y yo me apoyaba contra él, sintiendo cómo su respiración se aceleraba con cada suspiro mío. Entre bromas y murmullos cómplices, nos provocábamos mutuamente, dejando que la sensualidad se mezclara con la ternura y la intimidad.

—Mmm… eres imposible —susurré entre risas mientras lo empujaba suavemente bajo el agua—. Cada vez que estás cerca… me vuelves loca.

—Y tú me vuelves loco a mí —murmuró, bajando con sus labios por mi cuello, dejando un camino de besos—. Cada vez más… —susurró con la voz cargada de deseo.

La pasión era tan palpable como esa complicidad que compartíamos. Nos besamos y, con cada roce de sus manos en mi cuerpo y las mías sintiendo su piel, nos excitábamos un poco más.

Martín cogió una de mis piernas por la rodilla, la flexionó y la rodeó con ella en su cadera mientras se acercaba un poco más a mí. Llevó la mano entre nuestros cuerpos y gemí al notar sus dedos deslizándose entre mis labios vaginales. Cuando comenzó a pellizcarme el clítoris y después a tocarlo con esos movimientos en círculo, rápidos y fuertes, creí que me volvía loca.

No tardó en llevarme al clímax y me corrí con un fuerte grito mientras arqueaba la espalda y dejaba caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en la pared.

No perdió tiempo y, tras bajar mi pierna, me giró hasta que quedé mirando a la pared, elevó mis caderas y me penetró con fuerza desde atrás. Sus jadeos se mezclaban con mis gemidos y, en unos pocos minutos, nos dejamos llevar por el momento y acabamos alcanzando juntos el clímax.

Terminamos duchándonos, envueltos en risas y sonrisas, y nos secamos con cuidado, disfrutando de cada momento de complicidad.

Nos vestimos con la ropa que habíamos dejado preparada en la bolsa: algo cómodo pero elegante, suficiente para ir a casa de mi padre y compartir la comida de Año Nuevo. Mientras me ayudaba a ponerme la chaqueta, sentí de nuevo la cercanía de su cuerpo y no pude evitar sonreír.

—¿Lista para enfrentarte a la familia? —preguntó, guiñándome un ojo.

—Más o menos —respondí con una risa suave—. Pero contigo a mi lado todo será mejor.

—Siempre a tu lado —dijo, entrelazando sus dedos con los míos—. Hoy y todos los días que quieras.

Salimos de la habitación del hotel y nos dirigimos a casa de mi padre. Durante el camino, no dejamos de mirarnos ni de reír por tonterías; nuestras manos se rozaban constantemente, igual que nuestros hombros, como si la cercanía fuese inevitable. Y aunque fuera Año Nuevo, no necesitábamos fuegos artificiales: con estar juntos bastaba.

Al llegar, el calor del hogar nos envolvió. Abigail estaba allí, sonriendo, y nuestro padre nos abrazó con fuerza. Melisa nos dio la bienvenida con ese cariño tan suyo. Martín apretó mi mano discretamente, y sentí cómo todo mi cuerpo respondía a su gesto, cómo una ola de ternura y deseo me recorría al ver la forma en que me miraba.

A veces me sorprendía lo rápido que se había vuelto una presencia imprescindible, como si mi cuerpo lo reconociera antes que mi cabeza. Me daba vértigo y calma al mismo tiempo.

—¡Feliz Año Nuevo! —dijo mi padre, abrazándonos uno a uno—. Qué alegría empezar otro año juntos… y ahora con vosotros dos también —añadió mirando a Melisa, con los ojos brillantes.

Papá me dedicó esa mirada suya, la de «sé más de lo que dices», y yo tuve que apartar la vista porque siempre descubría demasiado. Melisa, en cambio, nos observó con una ternura casi divertida, como si llevara meses esperando ese momento.

Martín me miró de reojo y yo le devolví la sonrisa, divertida y cómplice. Supe entonces que ese año que comenzaba iba a ser distinto, intenso y lleno de momentos que nos unirían más que nunca.

La mesa estaba llena de delicias: marisco, jamón, quesos, un asado perfecto y, por supuesto, vino y champán. Nos sentamos, y mientras comíamos, reíamos y compartíamos anécdotas de la noche anterior. Martín se inclinaba hacia mí a menudo para susurrarme algo, y yo respondía con risas y miradas que mantenían viva la complicidad entre nosotros.

—¿Y la fiesta de anoche? —preguntó mi padre—. ¿Cómo lo pasasteis?

—Muy bien —contestamos casi a la vez. Yo añadí: —Fue… especial.

Martín me guiñó un ojo, y un escalofrío me recorrió la espalda. Entonces Melisa intervino con su humor habitual:

—Con esta pareja, al final vamos a tener dos bodas en vez de una.

—Pues que alguien vaya pidiendo cita en el juzgado —saltó Abigail—, que como esperemos mucho se nos caduca la ilusión de Anais.

—Abigail, te juro que te meto debajo de la mesa —le susurré, y ella se rio en mi cara.

Todos reímos, y Abigail añadió con su tono travieso:

—Veo que alguien está muy contenta con su Año Nuevo…

—¡Abigail! —Reí, dándole un codazo suave.

—A ver si este año empieza con calma… —dijo Melisa—. Aunque con vosotros dos, lo dudo mucho.

—Eso seguro —murmuró Martín, rozando mi mano bajo la mesa.

La comida transcurrió entre risas, bromas entre hermanas y conversaciones sobre los recuerdos del año anterior. Martín y yo nos buscábamos constantemente: un roce de manos, una mirada sostenida, sonrisas que

hablaban más que cualquier frase. El asado estaba delicioso, pero era su mirada la que conseguía que el corazón me latiera más rápido.

Brindamos una y otra vez: por la familia, por los amigos, por lo que llegaría. Martín me sirvió champán y me pasó la copa.

Había algo en su manera de mirarme, una mezcla de calma y deseo, que me desarmaba. Yo nunca había tenido un «nosotros» tan claro ni tan fácil. Y eso, en el fondo, me daba un miedo absurdo.

—Por nosotros. Por este año… y por todos los que vengan —susurró.

—Por nosotros —repetí, sintiendo cómo la sonrisa me iluminaba por dentro.

Después del postre, la tarde se volvió lenta y agradable. Mi padre y Melisa nos contaron detalles del viaje que habían hecho unos días antes. Ver a mi padre con ese brillo en los ojos —la misma forma en que Melisa lo miraba— me confirmaba que el amor siempre podía encontrar una segunda oportunidad.

Abigail me hacía gestos para que lo observara mejor. Hasta ella, que al principio había sido más fría, se había rendido al encanto de Melisa. Y yo entendía por qué: aquella mujer era cálida, educada y se había ganado su lugar sin forzar nada.

Si mi padre era feliz, nosotras también. Se lo merecía. Después de una vida cuidándonos, acompañándonos y dándonos lo que nuestra madre nunca supo dar, ya era hora de que él viviera un amor tranquilo.

Papá nos miró a las dos en ese momento, como si hubiera escuchado mis pensamientos, y me lanzó una sonrisa que llevaba dentro años de esfuerzo y de amor silencioso. Sentí un pequeño nudo en la garganta.

La tarde cayó y llegó el momento de despedirse.

—Que vaya bien mañana en el trabajo, hijas —nos dijo mi padre, abrazándonos.

—Voy a necesitar mucho café, que aún me dura la resaca —dijo Abigail, provocando risas generales.

Salimos a la calle y Martín me cogió de la mano. Caminamos juntos bajo la luz tenue de la tarde, disfrutando de esa calma después de la comida, de ese silencio compartido que no pesaba, sino que llenaba.

Al llegar a la puerta del coche, me abrazó con suavidad y me dio un beso rápido, delicado y lleno de esa pasión contenida que siempre dejaba huella.

Mi cuerpo reaccionó como si le hubieran dado al interruptor. Era ridículo lo mucho que me podía afectar un beso tan simple.

—Controla —me dije mentalmente—, que está tu hermana mirando por el retrovisor.

Y sí… cuando levanté la vista, Abigail tenía esa sonrisa de «luego te lo pienso comentar».

—Adiós, preciosa —susurró, con esa sonrisa que me derretía.

—Adiós —respondí, sintiendo que mi pecho se encogía de ternura.

Subí al coche de Abigail mientras repasaba mentalmente cada gesto, cada mirada y cada risa compartida con Martín. Algo dentro de mí vibraba, algo que no había sentido nunca; una mezcla de ternura, pasión y la certeza de que ese hombre removía todo en mí.

—Estoy deseando ver mañana a Carlos —dijo Abigail de pronto.

—Y comértelo a besos, que lo sé yo —respondí con una sonrisa.

—Bueno… sí —admitió—. Pero con que me dé uno de sus abrazos fuertes me conformo. Los echo de menos.

—Te los dará otra vez —aseguré, dándole un apretón en la rodilla.

—Ojalá. Ahora que sé que no fue él quien me dejó… estoy dispuesta a luchar por lo que teníamos. Por lo que podemos volver a tener.

—Así se habla, hermanita.

Sonrió, pero en sus ojos vi ese miedo inevitable. Era lógico: no podía explicarle de golpe quién había sido ella para él sin arriesgarse a hacerle daño.

Había días que se sentían como un puente: entre lo que éramos y lo que estábamos empezando a ser. Y por primera vez en mucho tiempo, ese paso al otro lado no me daba miedo.

Mientras avanzábamos por la carretera, mi mente volvía una y otra vez a lo vivido aquel día: los brindis, las miradas, la calidez familiar… y Martín. No podía evitar sentir una emoción nueva, luminosa, la sensación de que comenzaba un año lleno de posibilidades junto a alguien que me hacía sentir viva, querida y deseada.

Capítulo 19

Comenzaba mi primer día laboral del año, dos de enero. Cambios en mi vida, en mis sentimientos y ese remolino de emociones que me tenían flotando. Tenía esa mezcla entre ilusión y nervios que siempre me invadía cuando algo importante estaba a punto de cambiar.

Mi hermana se había venido al centro en su coche porque entraba una hora antes que yo, además de que había quedado con Carlos para comer a la salida del trabajo.

En la hora del desayuno no coincidimos, dado que su horario hoy era diferente y ella ya lo había hecho. Me senté en la cafetería y me pedí mi café con una tostada con mantequilla y mermelada. Estaba hambrienta.

Tenía esa sensación rara de bienestar que me había acompañado desde Año Nuevo, como si todavía quedara en mí un resto de aquel brillo, de aquel cariño… de Martín. Y me hacía ilusión empezar el año así, tranquila, como si mi vida, por fin, estuviera empezando a ordenarse.

—Perdona. —Una voz femenina captó mi atención.

—¿Sí? —pregunté, sonriendo a una chica monísima que tenía rostro de estar en apuros.

—Hola, Anais. —Me sorprendió oír mi nombre y pensé que podía ser una paciente que no recordaba—. ¿Podrías darme cinco minutos para comentarte algo que no tiene nada que ver con tu trabajo?

—No entiendo.

—Es sobre Martín… —Cuando mencionó su nombre me quedé impactada.

Fue como si alguien me hubiese tirado un cubo de agua helada por la espalda. No esperaba escuchar su nombre de labios desconocidos, y menos con aquella expresión entre pena y urgencia que ella llevaba en los ojos. Algo en mi pecho se tensó sin saber por qué.

—Siéntate —le ofrecí—. ¿Quieres desayunar?

—Solo un café —dijo, mirando al camarero antes de pedirlo—. Por cierto, me llamo Carola.

—¿De qué conoces a Martín?

—Verás… espero que no te lo tomes a mal y me escuches. Lo último que quisiera es un enfrentamiento por un hombre, ni mucho menos, pero… era mi prometido hasta después de Navidad. Nos íbamos a casar en junio.

La palabra *casar* me golpeó como un ladrillo directo al estómago. No una relación, no un rollo, no un «lo estábamos intentando»: una boda. Fecha, planes, compromiso. Una vida pensada. Una vida que yo no tenía ni idea de que existía.

—¿Cómo que tu prometido hasta después de Navidad? —pregunté, sin entender absolutamente nada.

Ella sacó el móvil y comenzó a enseñarme fotos de ellos dos juntos.

—Pero… no entiendo —murmuré con un nudo en la garganta.

—Estas navidades se suponía que las pasaríamos juntos, pero como su madre comenzó una relación con tu padre, cambiaron los planes para pasarlas con él. Para Melisa, su madre, nunca fui la nuera perfecta porque no tengo una carrera.

»Nos hizo la vida imposible, pero a pesar de todo, Martín siempre luchó por mantenerla al margen para que siguiéramos con nuestros planes.

—Nadie me comentó nada…

—Nunca quisieron presentarme a tu padre y me fueron dejando al margen. Pero Martín siempre estuvo muy enamorado de mí y decía que daba igual, que seguiríamos con la boda. Todo cambió después de Navidad, cuando quedamos el veintiséis por la mañana… en la que ahora sé que tú estabas trabajando.

Cada palabra suya iba desmontando pieza a pieza el rompecabezas perfecto que yo había construido alrededor de Martín. Sentía como si retrocediera mentalmente a cada gesto suyo, a cada mirada, como si intentara descifrar si en algún momento pude ver una sombra de todo esto.

La miré sorprendida. Lo sabía todo.

—Desayunamos juntos. Me dijo que no podíamos seguir, que iba a tener una guerra con su madre toda la vida y que eso no le compensaba. Le pregunté si había otra y me lo negó. —Las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas.

—No llores. —Le agarré la mano, acariciándosela.

—Lo seguí los días siguientes y… lo vi contigo. —La voz se le rompió del todo—. No vengo a romper nada, Anais, no voy a pelear por nadie por mucho que lo ame. Tú no tienes culpa. Fue él quien me falló.

»Solo necesitaba contarte esto. Amo a Martín con todo mi corazón, he perdonado cosas que me denigraban como mujer, pero ya… esto es una historia que voy a dar por cerrada. Lee esto.

Me pasó el móvil. Una conversación de junio.

La leí. Él le pedía perdón por lo que le había hecho el día anterior. Ella respondía que no se merecía esa paliza.

Sentí que la sangre me abandonaba el rostro. Se me nubló la vista. No podía creer lo que estaba leyendo. Era violento, retorcido, cargado de culpa y manipulación. No era solo un error, era un patrón. Era oscuridad. Me llevé una mano a la boca en un gesto automático, como si necesitara tapar el horror de sus palabras para que no escapara.

—Terminé en urgencias diciendo que me había caído de la moto. Puedes comprobarlo en la base de datos: verás que coincide. No me cuidé, no lo hice. Pero tú sí estás a tiempo.

—¿Qué clase de monstruo es Martín? —pregunté, todavía con la conversación abierta, donde se notaba la manipulación, el chantaje emocional y cero arrepentimiento. Incluso intentaba victimizarse.

—Te tengo que dar las gracias, Anais —dijo con un suspiro desgarrado—. Si no hubieras aparecido, yo seguiría hacia delante con la boda. Ahora sé que debo desaparecer de su vida y olvidarlo. Tú acabas de empezar a conocerlo. Cuídate.

—Carola, no llores. —Le acaricié el brazo.

—Me separó de mi familia… me destrozó la vida… —Su voz temblaba—. ¿Con qué cara vuelvo ahora? ¿Cómo les digo que tenían razón?

—Con la misma cara tan bonita que tienes. Ve a buscarlos. Pide perdón si hace falta, pero vuelve. Ellos siempre estarán ahí para ti.

Ella asintió entre lágrimas.

—Sé que Martín hará algo cuando se entere de que te lo he contado, pero me da igual. Ya estaba en peligro a su lado igualmente.

—¿Tú crees que le diré algo? —negué con firmeza—. Puedes estar tranquila. No pienso darle ni un motivo. Y ahora ya sé qué clase de narcisista tengo delante. Después de ver esto… está claro. Ese hombre es un monstruo disfrazado de príncipe.

—¿Sabes? Me regaló un reloj de Swarovski con la esfera color melocotón. Me lo dio el día 24. Se lo mandé a su casa el día después de dejarme. Pero mira tú… qué casualidad.

Sentí el estómago caerme al suelo. Era el mismo que me había regalado a mí. El mismo. Qué asco. Qué falta de escrúpulos.

—Créeme si te digo que hoy nos has salvado a las dos —murmuré—. Tus lágrimas se convertirán en felicidad. Y mi tristeza, que la tengo, porque le cogí cariño… también me servirá de lección para no confiar tan deprisa.

—Gracias por escucharme. No he tenido el valor de contárselo a nadie.

—Ve a tu familia. Ellos son tu refugio. —Le acaricié la mejilla.

Nos abrazamos. Sentí su temblor. Y regresé a mi consulta con el corazón hecho un puño.

Lo peor era saber que yo me había enamorado de él. Y aunque no quise decírselo, a mí también me había roto. En mil pedazos.

Estaba claro que su madre era tan hija de puta como él: una por no contar que su hijo tenía una relación seria, y él por ser lo que era. La chica me había parecido preciosa, educada y con un corazón enorme. Ellos jamás sabrían lo que era eso.

De pronto recordé cada sonrisa falsa de Melisa, ese tono demasiado dulce, demasiado calculado… y me pregunté cuántas máscaras habría debajo. Me invadió un escalofrío. Me sentí usada, engañada, como si hubiera entrado sin saberlo en una familia de espejos deformados.

¡Vaya ojo el de mi padre!

Salí del trabajo sin buscar a mi hermana. No quería enturbiarle el día, menos aún teniendo una cita con el amor de su vida.

El camino hasta casa se me hizo eterno. Miraba los pasos de la gente, el ruido de los coches, las luces, todo… como si el mundo siguiera avanzando mientras yo me había quedado clavada en el suelo. Era una sensación extraña, como si me hubiera roto algo por dentro, algo que aún no sabía nombrar.

Cuando llegué a casa, me preparé un caldo, me puse el pijama y me dejé caer en el sofá. Cogí el móvil para distraerme, para intentar no pensar, pero todo me recordaba a él: las fotos, los mensajes, incluso mis propias notas, que ahora parecían casi ingenuas. Y aun así… dolía. Dolía como si me hubieran arrancado algo que llevaba poco tiempo, pero demasiado dentro.

Y justo en ese momento entró un mensaje suyo:

Martín: *¿Cómo está la mujer más bonita del mundo?*

Estuve tentada de preguntarle «¿cuál de ellas?», pero no iba a darle el gusto.

Anais: *Tomándome un caldo y deseando echar una siesta. ¿Y tú?*

Martín: *Trabajando en un proyecto. ¿Te apetece que te haga una visita?*

Anais: *He quedado con una compañera para comprar un regalo.*

Mentira. Era incapaz de verlo. Ni hoy, ni mañana, ni nunca.

Martín: *¿Una comida en mi casa mañana?*

Anais: *He quedado con mi hermana.*

Martín: *Pues pasado mañana…*

Anais: *Mañana lo hablamos.*

Martín: *Perfecto, mi chica favorita.*

Al día siguiente le pondría otra excusa. No pensaba volver a quedar con él. Y aun así… me ardían los ojos. No sé si por rabia, por tristeza o por decepción. La verdad, creo que era por todo.

Qué irónico: había empezado el año creyendo que por fin había encontrado algo bonito. Y ahora descubría que lo que había encontrado era una herida con forma de hombre.

Desde esa mañana, Martín estaba muerto y fuera de mi vida.

Y dolía. Claro que dolía.
Porque lo necesitaba, sí… pero no a este.
Sino al que yo creí que era.
Al que me sacaba sonrisas.

Al que, en realidad… nunca existió.

Capítulo 20

Hoy era nuestro segundo y último día de trabajo de este nuevo año. Ya no teníamos consulta hasta después de Reyes, cosa que nos daba un alivio tremendo: tres días y medio libres por delante.

Le había propuesto a mi hermana comer juntas, tal y como le dije a Martín; más que nada, para no descubrir la mentira con cualquier comentario tonto.

Salimos del trabajo y nos fuimos en su coche hacia el restaurante del centro comercial, aprovechando para hacer unas últimas compras de Reyes.

Cuando pedimos la comida y nos trajeron los refrescos, la vi relajarse. Y entonces comenzó a contarme.

—Fue brutal el día de ayer, hermana. —Soltó el aire como si llevara horas conteniéndolo.

—¿Qué pasó? —Estaba impaciente por saber cómo le había ido.

—Quería contártelo así, relajadas —suspiró con una sonrisa preciosa, de esas que realzan aún más su belleza.

—Pues adelante, estoy deseando. —Aplaudí, casi infantilmente emocionada.

Aunque sonreía por fuera, sentí un pequeño latigazo de envidia sana atravesarme el pecho. Ella estaba a punto de recuperar a su gran amor… y yo,

mientras tanto, estaba intentando recomponerme sin que se me notara en la cara. Pero me esforcé por escucharla con toda la ilusión que merecía.

—Ayer, cuando fuimos a comer, no dejaba de acariciarme la mano por encima de la mesa. Me dijo que conmigo sentía una conexión desde que despertó del coma… una conexión fuerte que no podía explicar. Y claro, a mí se me cayeron las lágrimas. Me preguntó por qué lloraba…

—Tranquila —dije mientras veía cómo se le formaba el mismo nudo en la garganta que a mí.

—Le dije que ya lo amaba mucho antes del accidente. Arqueó la ceja sin entender nada, así que saqué una foto nuestra. Se quedó mirándola varios segundos antes de pedirme que le enseñara más. Y cuando vio las fotos… nuestras risas, nuestros viajes, los amaneceres… se puso a llorar. Sus lágrimas, Anais. Las suyas.

—Y…

—Y me dijo que él sabía que en su vida había habido alguien importante. Que llevaba días con la sensación de echar de menos a alguien… pero sin saber a quién. Que esa sensación volvió cuando tomamos café contigo y quedamos para comer. —Ambas empezamos a llorar otra vez.

—¿Y…? —quería saberlo TODO. Sentía que también era parte de mi historia.

—Me preguntó si podía besarme. —Nos reímos—. Fue como el primer beso, de esos que te revuelven las mariposas. Y luego no podía parar. Me pidió que le contara por qué desaparecí. No dudé en explicarle que no me dieron opción. ¿Y sabes qué hizo?

—No…

—Sonreír. Sonreír, terminar de comer… y después me dijo que fuéramos al coche, que tenía que llevarme a un sitio. Me guio por un camino que conocía perfectamente. Llegamos a la casa de sus padres. Me temblaban hasta las pestañas, pero me convenció de entrar. Me agarró la mano y caminó

conmigo hasta la puerta. Abrió su madre. Anais… la cara que se le quedó no fue normal.

—No me lo puedo creer.

—Se quedó en silencio, con la boca abierta… y luego dijo mi nombre con una mezcla de ternura y tristeza que me descolocó. Y se echó a llorar, me abrazó. Y su padre lo mismo.

—Me quedo muerta… pero ¿por qué te hicieron eso?

—El primer pronóstico era malísimo. Pensaron que lo mejor era evitarme un dolor extremo. Luego, cuando vieron que quizá habían metido la pata, ya era tarde. Pero te juro que lo vi: la forma en que me recibieron, cómo me trataron, lo que me transmitieron… era una bienvenida a la familia. Nos dijeron que ojalá pudiéramos retomar lo que se quedó a medias. Les creí, de verdad.

—Pero ¿tanto trabajo les costaba decirte que su hijo había tenido un accidente? No lo entiendo… aunque me alegro de que se hayan sincerado.

—Sabes que soy la más desconfiada del mundo. Por eso tengo a tu «novio» entre ceja y ceja, porque no me parece trigo limpio. Pero te prometo que vi bondad en los padres de Carlos. Mucha.

—No es mi novio…

—Hermana, hace siglos que no te veía así con nadie. Es más, nunca te vi tanto. Llámalo como quieras, pero ese hombre se hizo un hueco en tu vida para quedarse.

—Ya lo veremos —sonreí con ironía—. Pero lo de Carlos ha sido precioso.

—Sé que no es exactamente el mismo, pero me hace reír igual. Me remueve por dentro. Lo conquistaría todas las veces que hiciera falta. Y él… está con ilusión, ¿sabes? Le encanta que le cuente anécdotas nuestras —dijo con sonrisa de oreja a oreja.

—Qué bonito, cariño. —Le froté el hombro.

Verla así, tan luminosa, me devolvió un poquito de fe en que las historias rotas también podían encontrar un camino nuevo. Me emocionaba verla renacer de algo que casi la destruye… y me pregunté si yo sería capaz de hacer lo mismo algún día.

Después de comer, fuimos de compras. Le ayudé a elegir unas deportivas para Carlos; ambas conocíamos su estilo, ese que no había perdido. Encontramos unas preciosas, novedad, y ella estaba encantada.

—Creo que me acabo de enamorar de esta *blazer* —dije al ver una en un perchero.

—Es muy bonita.

—Y el precio no está mal —dije mirándome al espejo.

—Pues date el capricho.

—Sí, además van perfectas con mis botas nuevas.

—Me están entrando ganas de comprármela yo también, pero prefiero robártela cuando se dé la ocasión.

—Por supuesto, cariño. Nuestros armarios nunca han tenido nombre —sonreí.

Cogimos regalos para Melisa, para mi padre y para… él. Yo disimulaba la rabia como podía: no iba a estropear el día a nadie.

En Primor compramos maquillaje. Mi hermana se estaba llevando media tienda.

—Anais, estoy enamorada… ahora todo lo quiero. —Se puso bizca y me reí.

—Normal, el amor vuelve tonta hasta a la más lista.

—Por cierto… esta noche duermo en su casa.

—Ah, qué bien —respondí riendo—. Pues mañana, cuando aparezcas de su mano, ya verás la cara de papá.

—Se le pasará cuando me abrace. Lo sé.

Regresé a casa. Coloqué las compras porque odiaba tener cosas por medio. Me duché, me sequé el pelo… y justo entonces me llegó un mensaje del hombre al que tenía que seguir dándole largas.

Cerré los ojos un segundo, intentando respirar hondo. No sabía si era cansancio, rabia o simplemente la resaca emocional de un día intenso, pero sentía un peso en el pecho que no me dejaba tranquila. Y entonces… como si el universo quisiera ponerme a prueba otra vez…

Martín: *Mañana iré al mercado y compraré marisco y pescado fresco para hacer una cazuela.*

Pues se la iba a comer él solo.

Anais: *Te hablo mañana. No sé si podré ir. He vuelto con síntomas de enfriamiento y me encuentro fatal.*

Martín: *Si mañana sigues mal, igualmente lo compro y lo preparo en tu casa. Es hora de mimarte un poco.*

No le contesté. Se me envenenaba la sangre. Mañana inventaría otra excusa. No me apetecía verlo, ni escucharlo, ni que me tocara. Y más claro tenía aún la razón que llevaba mi hermana al decir que a este le había faltado una buena hostia de pequeño.

Me tumbé en el sofá con la impotencia clavada en el pecho. Sentía que se habían reído de mí en toda mi cara. Y luego él tenía la desfachatez de decir que se interesó por mí desde que vio mi foto.

¿En serio?

¿Qué clase de hombre es ese… cuando tenía novia en ese mismo momento?

Capítulo 21

Me había despertado a las siete de la mañana con muy mal cuerpo, y no, no era que estuviera enferma como le dije a Martín, es que tenía la sensación de que algo feo iba a pasar. Intenté quedarme un rato más en la cama.

Preparaba mi primer café cuando escuché dos toques de nudillos en la puerta. Me extrañó por la hora que era, ya que apenas eran las ocho menos cuarto.

Coloqué el ojo en la mirilla y vi que era Martín. ¿Quién le había abierto la puerta de la calle? Sabía que la única opción era abrir.

—Hola, ¿qué haces aquí tan temprano?

—Buenos días, traer churros a mi chica favorita. —Me dio un beso en los labios.

—Voy a preparar un par de cafés. —Me dirigí a la cocina pensando la forma de quitármelo de encima.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó apoyándose sobre la encimera, mirándome de frente.

—Pues no estoy bien, es la verdad. Me pasó algo y creo que es hora de hablarlo.

—Dime… —murmuró, pareciendo preocupado.

—No te conté nada, pero todo empezó contigo con mucha ilusión. Sin embargo, había alguien en mi vida que no estaba presente, aunque sí en mi corazón. Es una pareja del pasado que no consigo olvidar.

—No entiendo.

—He estado muy bien contigo, pero mis sentimientos y mi mente siguen en él.

—¿Y no quieres seguir intentándolo olvidar conmigo? Pensé que te hacía feliz.

—Eso no está bien.

—Eso lo tendría que decidir yo. No puedo hacer nada por cambiar tu pasado, pero sí por mejorar tu presente y tu futuro.

—Ahora mismo me siento mal. —Le puse el café en sus manos y nos sentamos en la mesa de la cocina—. Siento que estoy dividida y eso me está ocasionando una tensión que empieza a pasarme factura. Estando contigo se me olvida por momentos, pero cuando estoy a solas, solo pienso en él.

—Me dejas a cuadros. No sé qué decir. La verdad es que yo estaba viviendo esto como algo único y muy bonito, pero entiendo que no te puedo obligar a estar con alguien con el que no te sientes plena.

—Agradezco que lo entiendas.

—Solo te pido que esto no te impida tener una amistad bonita por la unión de nuestras familias. Creo que se merecen nuestro apoyo y empatía.

—Tranquilo, Martín. Solo es que necesito estar sola, pero tú no tienes la culpa y no tengo por qué tener mal rollo contigo.

—Vale. Entonces… —le dio un trago al café y se levantó— solo me queda darte un abrazo y no agobiarte más de lo que veo que ya estás.

—Gracias, de verdad. —Nos abrazamos.

—Para lo que necesites. —Hizo el gesto de levantar el teléfono.

—Claro.

Me acarició la mejilla y se marchó. Parecía hundido y destrozado, pero claro… que pensara en la que había dejado más hecha polvo, como Carola, esa misma a la que tuvo la osadía de pegarle. Era un zorro disfrazado de cordero. Y encima se iba a casar con ella.

No me daba lástima la pena con la que se había marchado, porque sabía que era tan fingida como su vida. Pena me daba yo, por haber permitido que me usara mientras estaba con otra.

Mi hermana me puso un mensaje diciendo que ya iban camino de casa de mi padre y que había pasado una de las noches más bonitas de su vida. Disfrutaba viéndola tan feliz porque se lo merecía por encima de todo.

Después de mucho dudarlo, me vestí y decidí vivir el día por mi cuenta, entre compras y calle. No quería quedarme encerrada dándole vueltas a la cabeza. No quería seguir alimentando eso tan feo que tenía dentro. Amar a alguien que no era quien decía ser era, sencillamente, lo más frustrante que había sentido en mi vida.

Me monté en el coche y me dirigí hacia las afueras de la ciudad. Había decidido irme a otra que también era muy animada y tenía una avenida llena de mis tiendas favoritas. Eso de quemar tarjeta siempre decían que animaba hasta al más muerto. Además, estaba a pocos minutos, así que en nada estaría allí.

Estacioné en el centro, en un aparcamiento que solía estar siempre a tope, pero tuve la gran suerte de que aún quedaban algunas plazas libres.

Me encaminé hacia el mercado navideño de la plaza principal, que estaba precioso con todas las casetas de madera. Parecía un mercado del norte de Europa, con cada rincón lleno de detalles.

Observaba detenidamente unos foulards de cachemir en tonos de lo más otoñales, esos que tanto me gustaban para usar también en invierno. Me hice con dos, en un ocre tirando a naranja. Tenían un tacto increíble y se notaba

que eran buenos. Me los llevé para mi hermana y para mí; a ella se lo daría como otro de sus regalos de Reyes.

Me paré ante un puesto en el que estaban haciendo unos buñuelos. Recordé los churros de Martín, que habían acabado en la basura. No me apetecía comerlos cuando se marchó. Así que tenía el estómago listo para uno de esos cartuchitos de buñuelos con azúcar glas.

Mientras los comía, me impregnaba de esos días de fiesta en los que todo se veía de forma distinta hasta el día de Reyes, que concluía toda una época de lo más comercial, pero que cada año invitaba a vivirla con las mismas ganas… y cayendo en los mismos errores de derroche. Pero para eso estaba: para vivirla.

Me senté en un banco a comer los últimos buñuelos. Sentía que mi vida se había frenado en seco y, a pesar de ser consciente de que no me merecía alguien así, lo amaba con todo mi corazón y echaba de menos esa complicidad y tensión que habíamos ido acumulando. La única diferencia era que lo suyo no llegaba a ser cierto, porque escondía una historia detrás de lo más lamentable.

No podía ser buena persona alguien que engañaba a una mujer y, encima, le ponía una mano encima para luego justificarse desde el victimismo. Me daba horror solo de pensarlo.

—Anais…

—Hola. —Levanté la cabeza—. ¡Matías! —Salté de un brinco para abrazarlo.

—Madre mía, hoy estaba pensando en llamarte y mira por dónde te encuentro aquí.

Matías era un amigo con el que Abigail y yo estudiamos la carrera, pero cuando se fue con una ONG a Uganda, el contacto se fue enfriando sin darnos cuenta.

—¿Cuándo has regresado?

—El día de Navidad. —Se reía—. ¿Estás esperando a alguien? Te he notado un poco triste.

—Estoy con la cabeza volatizada, Matías. No estoy atravesando un buen momento.

—¿Una cervecita y arreglamos el mundo?

—Y un barril. No has podido aparecer en mejor momento.

—Me he tirado a la calle a ciegas, cogí el coche y terminé en esta ciudad; bueno, es la que tenemos más a mano. Tenía ganas de pasear. Es como si una fuerza me hubiera empujado hasta aquí. —Me echó la mano por el hombro y besó mi mejilla—. No te imaginas lo que me acordé de tu hermana y de ti en todo este tiempo. ¿Qué tal os va por el centro?

—Muy bien, ya tenemos asignadas nuestras propias consultas.

—Eso está genial. —Volvió a abrazarme de lado.

Nos sentamos en una de las terrazas de la plaza, justo bajo el techo del pasillo, donde se estaba más resguardado.

—Y cuéntame, ¿qué tal vosotras? Lo último que supe es que el novio de tu hermana la dejó. ¿Lo superó?

—Ay, Matías, que esto te va a dejar flipando… —le conté toda la historia.

—Qué fuerte me parece. Estoy sin palabras. Lo más asombroso es el interés que volvió a tener por ella.

—Eso es lo más impresionante. Ella está viviéndolo ahora con mucha fuerza.

—Qué bonito, de verdad que sí. ¿Y tú? ¿Alguna novedad en tu vida?

—¿Preparado para ser mi confidente?

—¿Acaso no lo fui en el pasado?

—Pues agárrate, que lo mío también es para un documental… —le comencé a contar todo desde el principio: la nueva relación de mi padre y lo de Martín, hasta esa mañana.

—Estoy helado. Si no llega a ser porque su ex apareciese, a saber hasta dónde te habría llevado ese hombre.

—Eso es lo que pienso. Que fue bonito mientras duró, pero que si hubiese llegado a más… a saber cómo terminaría la cosa.

—¿No se lo piensas contar a tu padre y a tu hermana?

—Mi padre está demasiado enganchado a esa mujer y me da miedo que se pueda liar una muy grande. Creo que su madre no tiene escrúpulos y es capaz de engañar o manipular a mi padre para ponerlo en mi contra. Y a mi hermana… he pensado en hacerlo cuando pasen estos días tan señalados. Tendrá que ayudarme a llevar esto.

—Sabes que puedes contar conmigo y que ya estoy de regreso.

—¿Te quedas definitivamente?

—Sí, me han dado plaza en el centro privado de Santa Charlotte.

—Ah, sí, es muy buen centro. Has tenido suerte.

—Sí, me incorporo después de Reyes.

—Pues nada, a exprimir los pocos días que te quedan. Yo tampoco trabajo hasta el siete.

—Tendremos que coger alguna borrachera para celebrarlo.

—Y para olvidarme hasta de mi nombre. No sabes lo mal que lo estoy pasando.

—Me lo puedo imaginar. Es una faena muy grande lo que te ha pasado.

—Y no quiero ni pensar en el hecho de tenerlo para siempre en la familia. Eso me produce una repulsa muy grande.

—Pues está dentro de las posibilidades, pero recuerda: tú tienes tu casa y él la suya. Serán momentos puntuales en los que lo tengas que ver. Piensa en frío; no puedes permitir que esta situación pueda contigo.

—Imagina que me da un día por casarme. ¿Cómo voy a decir que su hijo no venga? —resoplé, y a él le entró una risilla.

—Mujer, deja que todo fluya. Al final, las cosas terminan poniéndose en su sitio.

—Pues a ver si los mandan a donde empezaron antes de conocer a mi padre y dejan a mi familia en paz. No me fío ni un pelo de su madre.

—Ni tu hermana de él. —Recordó.

—Bebamos. ¿Era hoy lo de la borrachera?

—Y mañana, si lo necesitas. —Chocó su cerveza con la mía.

No podía haber aparecido en mejor momento, ya que él era una de esas personas que siempre nos entendían y estaba ahí para nosotras.

Comimos juntos y pasamos la tarde paseando por la ciudad mientras hacíamos compras. Lo de la borrachera lo dejamos para otro día, porque aquel día estábamos más por aprovechar para ultimar detalles y, además, habíamos venido en nuestros coches.

Yo misma me estaba creando mis propios regalos. Tenía la costumbre de recibir ese día los de mi padre y los de mi hermana, pero también amanecer en mi casa con mi propio museo de regalos elegidos por y para mí, de esos que yo misma me costeaba. Lo hacía desde muchos años atrás; cuando vivía con mi padre, me los ponía en mi cuarto. Mi hermana terminó apuntándose a esa tradición tan mía. A mi padre le daba rabia porque nos preparaba todo con mucho cariño y lo primero que hacíamos era abrir los nuestros propios… y luego íbamos a recibir los de él.

Me acompañó hasta el coche y él también cogió el suyo. Quedamos en estar en contacto e incluso al día siguiente animarnos a hacer algo, ya que todo se pondría muy vivo con eso de las carrozas de Reyes.

Capítulo 22

Amanecía en una víspera de Reyes un tanto extraña. Eso sí, mi hermana me había dejado un audio contándome lo del día anterior con mi padre, y la verdad es que, aparte de quedarse perplejo, se lo había tomado todo con muchísimo cariño e ilusión. Al igual que Melisa, que al conocer la historia dice que lloró muy emocionada. Me alegré mucho por ellos.

También tenía un mensaje de mi padre, recordando —como cada año— que desde primera hora de la mañana nos esperaba en su casa para el día de Reyes. Creo que tanto su madre como mi padre y mi hermana pensaban que yo estaba con Martín, a no ser que él hubiera aparecido por allí o les hubiera dicho lo contrario, pero ante la falta de preguntas, me daba por pensar que nadie sabía nada.

Terminaba de responder cuando me entró un mensaje de Matías.

Matías: *Buenos días, amiga. ¿Qué tal esos ánimos?*

Anais: *Buenos días, guapo. Aquí, enfrentando una víspera que ya me pesa. Con ganas de que pase el día de mañana.*

Matías: *¿Y si nos tiramos todo el día a la calle y le ganamos al estado de ánimo? Siempre quedan compras de última hora por hacer.*

Anais: *Si te digo lo que me dan ganas de comprar…*

Matías: *No me digas que una pistola.*

Anais: *Aparte de eso, ja, ja, ja. Tengo ganas de comprar un montón de chuches y chocolatinas para poner en mi propio rincón de Reyes.*

Matías: *Eso es fácil. ¿A qué hora te recojo?*

Anais: *Te paso ubicación, es el ático B.*

Matías: *Perfecto, dame una hora.*

Me venía genial, porque me había levantado con los ánimos de lo más cruzados. Tomaba el café pensando lo idiota que había sido y en el marrón en el que estaba metida ahora. Me sentía culpable de algún modo, pero también con esa impotencia de no ser capaz, por ahora, de poner a cada uno en su sitio.

Había momentos en los que sentía que mi cuerpo iba por un lado y mi cabeza por otro, como si todavía no hubiese terminado de encajar lo que había vivido. Era una mezcla rara de rabia, vergüenza y un corazón que aún no sabía dónde colocar.

Dejé la taza fregada y me metí en la ducha. Elegí un *outfit* de pantalón marrón de punto con una caída que era una pasada. Lo complementé con una camiseta del mismo color y un jersey de pico en tono crema. Usaría uno de mis abrigos nuevos.

Preparé otro cafelito, porque con el primero no tenía ni para empezar. Necesitaba una dosis fuerte de cafeína para volver a un mundo del que no sabía si era mejor escapar, pero como tenía planes, tocaba venirse arriba.

Estaba cogiendo la taza de la cafetera cuando me llamó mi padre, con el que había hablado un rato antes por mensaje.

—Hola, papá.

—Hola, cariño. ¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué debería estar mal?

—No sé… acaba de hablar Melisa con su hijo y le comentó que no había estado contigo estos días. La notó muy triste.

—Papá, yo tengo mi vida.

—No sé, pensé que…

—No. Fue algo divertido que tuvimos unos días, pero mi corazón no late en esa dirección.

—Tengo la sensación de que me escondes algo.

—Tranquilo, papá, que todo está bien. Por cierto, Matías está de regreso y me lo encontré ayer.

—¿Ya vino de Uganda?

—Sí, y ahora hemos quedado para pasar el día juntos.

—Qué bueno, cariño. Entonces puedo quedarme tranquilo, ¿verdad?

—Totalmente.

Le mentí porque no quería chafar el día de Reyes ni tampoco tenía ganas de enfrentarme a algo que ahora mismo no sabía por dónde podía salir.

Un poquito después de colgar apareció Matías por mi casa. Nunca había estado en ella porque se marchó antes, así que le hice un *house tour* —como se decía ahora— y quedó maravillado con el ático.

Me miró con esa sonrisa suya tan de siempre y me entró una paz que llevaba días sin sentir. Hay personas que vuelven a tu vida justo cuando más las necesitas, y él era una de esas casualidades que parecían tener un propósito.

Nos fuimos a la calle; por cierto, el día amanecía soleado, pero con un frío considerable. Me agarré a su brazo como cuando salíamos de marcha, y así cogí un poco de calor corporal. Con Matías tenía muchísima confianza y era como ese hermano que nunca tuve.

Las calles empezaban a llenarse de personas que ultimaban las compras y que también aprovechaban para pasar el día fuera hasta ver las esperadas carrozas de Reyes.

—Entonces, mi niña pequeña quiere muchas chuches y chocolatinas.

—Eso necesito en estos momentos de mi vida. —Me reí.

—Sale más barato que nos pongamos a coger del suelo los que tiren de las carrozas esta tarde.

—No, esos no quiero. Son muy duros y del gusto del ayuntamiento, no del mío.

—Ah, bueno, entonces esos no sirven —dijo mirándome de lado.

—Esos no son capaces de levantar mi estado de ánimo ni quitar mi ansiedad —sonreí.

—Entendido. Buscaremos de los buenos. —Acarició mi mano, que seguía entrelazada a su brazo.

Hicimos una parada para tomarnos un chocolate calentito con churros. No había desayunado, con lo cual me sentaron de maravilla. Cerré los ojos un instante mientras sorbía el chocolate, como si ese calor espeso me pegara un remiendo por dentro. No era felicidad, pero sí un pequeño paréntesis para respirar.

—¡Matías! —el grito de mi hermana nos hizo girarnos.

Se tiró a comérselo a besos mientras yo saludaba a Carlos con un abrazo y le daba la bienvenida de nuevo a nuestras vidas. Luego le presentamos a Matías, que ya lo conocía, pero claro, él no lo recordaba.

—Sentaros. —Les ofrecimos.

—Sí, porque yo un chocolate sí que me tomaría —dijo Abigail sonriendo —. Por cierto, acabo de encontrarme a Martín y era como un muerto viviente. Serio, tristón…

—Le dije que ya no quería seguir con la relación —confesé delante de Matías, porque ambos sabíamos que ante él se podía hablar de cualquier tema.

—Pero ¿qué te pasó para cambiar tan de repente?

—Nada, tranquila… solo que fue todo muy eufórico al principio y luego…

—Me estás mintiendo y lo sabes. —Se me hizo un nudo en la garganta.

—No quiero aguarte los Reyes ni tu momento.

—Habla ahora mismo. Sabes que puedes confiar en Carlos también.

—Lo sé —sonreí mirándolo, tan precioso como siempre—. Sí, pasa algo, y Matías lo sabe desde ayer, que me lo encontré y pude desahogarme.

—Siempre me entero de todo la última —protestó mi hermana, volteando los ojos.

—No quería joderte estos días ni a papá tampoco… Además, no sé cómo se lo tomará.

—Habla… —Ya estaba perdiendo la paciencia.

Le conté lo que pasó con la aparición de Carola durante el desayuno y lo que me dijo, además de las pruebas que me enseñó, que no dejaban margen a la duda.

Al decirlo de nuevo en voz alta, sentí como si algo dentro de mí se recolocara. No era alivio exactamente, pero sí una especie de claridad amarga. Ya no estaba sola cargando con esa verdad.

—El muy hijo de puta me caía fatal por algo —dijo Abigail con rabia—. Sabía que no era trigo limpio. Pero ya le vale a Melisa, y eso que empezaba a caerme bien. ¡Ya le vale! Y esto, en cuanto pasen los Reyes, quedamos con papá una mañana en que ella esté trabajando y lo ponemos al tanto.

—Lo había pensado, pero me da miedo que se ponga de parte de ellos.

—¡No tendría huevos! Te lo digo yo. Vamos, entonces ardería Troya. Aquí vamos los tres a una. Una cosa es que decida seguir con ella, y otra que desconozca cómo su hijo ha jugado contigo y lo que le hizo a su ex. Valiente hijo de perra. —Bufó.

—Y su madre le dijo a papá que lo notó tristón. —Volteé los ojos—. Al final irá de víctima, ya verás.

—Víctima mis ovarios. Que no, hermana, que ese chulito de playa no va a poder con nuestra familia. Antes tiene que pasar por encima de mi cadáver.

—Eso no —intervino Carlos rápidamente, haciéndonos reír.

Me sentó muy bien desahogarme con mi hermana; sabía que al día siguiente, en casa de mi padre, tendría su complicidad, ya que se me iba a hacer el día muy cuesta arriba.

El ambiente en la calle era tan ligero que me pareció imposible que mi corazón fuera arrastrando tanto peso. Aun así, agradecí esa sensación de normalidad que me ofrecía la gente, las luces, los puestos… como si el mundo siguiera, aunque yo estuviera hecha un lío.

Nos fuimos a pasear los cuatro juntos y aprovechamos para entrar en la tienda de chuches. Carlos y Matías se quedaron charlando mientras nosotras preparábamos dos bolsas iguales con todo lo que se nos antojaba. Yo había pensado en ella desde el principio; aunque no me la hubiese encontrado, habría comprado en igualdad para las dos.

Cuando nos vieron llevando una bolsa enorme cada una, negaron riendo. Se nos había ido la olla, y entre bombones, chocolatinas y chuches nos habíamos gastado la friolera de doscientos euros. Eso sí, llevábamos para quitarnos las penas durante cinco meses por lo menos.

Abigail propuso dejarlas un momento en casa, ya que estábamos cerca, y no era plato de buen gusto cargar todo el día con esas bolsas. No tardamos nada. Subimos, dejamos cada una la suya y regresamos, donde ellos nos esperaban.

—Yo no sé para qué habéis dejado nada en casa si en media hora vais a tener las manos llenas otra vez —sentenció Matías, que nos conocía demasiado bien.

—Pues para que llevéis menos peso, chaval —le soltó mi hermana.

—Nos cuida y todo —bromeó Carlos, con ese sentido del humor que nunca había perdido.

—Yo voy a comprarle algo a Martín. Creo que un consolador anal no le vendría nada mal.

—Qué bruta eres, hermana —dije riendo.

Las calles eran una fiesta y las tiendas estaban abarrotadas de gente buscando regalos de última hora.

Nosotras nos hicimos con un par de pijamas iguales y luego con dos bolsos de Mango que nos encantaron. Yo escogí el granate y ella el negro. La gracia fue que Matías pagó los pijamas y Carlos los bolsos. Eso que nos llevamos de regalito.

Era cierto que estaba muy animada con ellos, pero también lo era que disimulaba esos momentos de tristeza que me entraban al recordar lo que viví —desde la ingenuidad— al lado de Martín.

Terminamos comiendo en un restaurante de tapas que se servían en bandejas como degustación. Pedimos la de tortillas, los montaditos de solomillo y una de patatas chips con calamares en su tinta, que se había puesto de moda como los mejillones en escabeche. Todo estaba delicioso, y yo tenía un hambre fuera de lo normal.

Después seguimos de compras y cogí varias cositas para los regalos del día siguiente. No iba a dejar fuera a Martín, pero tampoco pensaba derrochar más de lo que ya llevaba encima… y de lo que él se merecía.

Luego vimos las carrozas, pero quedándonos atrás, riéndonos al ver a la gente lanzarse al suelo para coger caramelos. Aquello era una locura en la que no pensábamos participar.

Carlos se quedaba a dormir en casa de mi hermana, donde amanecerían, y por la mañana irían juntos a casa de mi padre y luego a la de los suyos.

Nos despedimos de Matías antes de meternos en el edificio.

Al subir por las escaleras, sentí cómo el silencio del portal me envolvía de golpe, como si todo el bullicio del día se hubiese quedado fuera. Y ahí, solo por un instante, me dio tiempo a respirar hondo y notar ese pequeño vacío que llevaba días arrastrando. Nada dramático, solo ese eco discreto que aparece cuando la cabeza por fin se queda quieta.

El día había sido divertido, y me había venido muy bien soltarlo todo con mi hermana. Sabía que podía contar con su apoyo, aunque me daba miedo que la liase el día de Reyes, pero me había prometido que lo dejaría pasar.

Coloqué mis regalos debajo del árbol. Las chuches, bombones y chocolatinas las repartí creando un rincón precioso. Me encantaba cómo había quedado. Le hice fotos y se las mandé a mi hermana. Ella también me mandó las suyas, donde se veía que había regalos para Carlos y de Carlos para ella. Me encantaba esta nueva oportunidad que la vida les había dado.

Me eché una sopita de un caldo de puchero y me la tomé en el sofá mientras repasaba en mi cabeza todo lo que había pasado en tan poco tiempo. Muy difícil de digerir, por mucho que intentara poner mi mejor cara… pero estaba siendo muy duro.

Pero aun así, tenía la sensación de que algo dentro de mí empezaba, muy lentamente, a despertar. Quizá no era fuerza todavía, pero sí la intención de volver a ponerme en pie.

Capítulo 23

Amanecía un día que siempre había sido de lo más especial para mí, pero en esa ocasión, pese a intentar tener toda la actitud del mundo, me sentía fatal. El vacío que sentía en mi corazón era enorme y el maldito nudo de la garganta no se me quitaba. Notaba una ligera ansiedad de esas que tenía cuando estaba estudiando la carrera y pensaba que no iba a llegar.

Había amanecido, pero yo seguía sintiendo como si dentro aún fuese de noche. Todo me pesaba más de la cuenta, como si cada pensamiento tuviera que arrastrarse para poder salir.

Me preparé un café antes de sentarme en el sofá a abrir mis propios regalos e ir colocándolos a un lado del sofá. Siempre hacía lo mismo.

Era mi pequeño ritual, casi infantil, pero también lo único que siempre me había dado un instante de calma, incluso en los años más duros. Hoy, ni eso lograba sostenerme del todo.

Se me saltaron las lágrimas mientras abría una de las bolsas de compra de Mango. Echaba tanto de menos a ese hombre que creí en su momento, que me desgarraba por completo. Había ratos en los que pensé que no iba a tener fuerzas para verlo en casa de mi padre, pero tenía que sacarlas.

Fui colocando todas mis cositas en el sofá con los ojos nublados y llena de una tristeza que me embargaba más de la cuenta. Nunca había tenido suerte en el amor, pero esta vez me había dolido muchísimo perder a un hombre que me había hecho sentir tan viva para luego matarme en vida.

Y, sin embargo, esta vez había caído de lleno, sin frenos y sin paracaídas, creyendo que por fin me tocaba algo bueno. Qué cruel era descubrir que solo había sido una mentira bien envuelta.

Dejé los regalitos de Abigail y Carlos, que llegarían en nada. Ellos eran, en esos momentos, lo único que me causaba felicidad, porque su historia era tan bonita que con ellos sí contemplaba la posibilidad de creer en el amor de verdad, de esos que hoy son muy difíciles de encontrar.

Mi hermana llamó a la puerta y vino cargada de regalos, tanto de ella como de Carlos, que me habían comprado a mí. Yo también les señalé los suyos para que los fuesen abriendo.

Por un momento intenté contagiarme de su ilusión, agarrarme a ese trocito de normalidad, aunque por dentro estuviese hecha un colador.

—Anima esa cara, cariño.

—Hoy tengo un mal día, hermana.

—Lo sé, y lo que más me jode es que, con lo que siempre te gustaron unos Reyes, hoy estés de esta manera.

—Me he hecho la fuerte, pero la realidad es que todo esto me dejó sin energías. Estoy al borde del precipicio con el día de hoy.

—Quiero que aparezcas con la mejor de tus sonrisas. Tú no has sido mala con nadie y no te mereces que te vean así.

—Bueno, lo intentaré —sonreí sin perder la tristeza.

—¿Un abracito a tu cuñado?

—Claro…

Tomamos un café y se fueron a vestir, ya que estaban en pijama como yo.

Nos fuimos en su coche para casa de mi padre. Al llegar vi aparcado el de Martín y me entró una cosa por el estómago de lo más malita. No dije nada

porque no quería ponerle el cuerpo peor a mi hermana.

Sacamos todos los regalos para entregar y mi padre nos recibió junto a Melisa dándonos a los tres un abrazo.

Entramos en el salón y Martín se acercó a darme un beso. Me abrazó y yo disimulé devolviéndoselo.

—¿Cómo estás?

—Bueno, con ilusión por este día. —Disimulé.

—Espero que te gusten mis regalos.

—Seguro que sí. Yo también he traído para ti.

—Gracias, preciosa —me acarició la mejilla.

Me di cuenta de que su madre nos observaba como con añoranza. Debía de ser que, como yo sí tenía carrera, me prefería para su hijo. Menuda hipócrita. La tenía entre ceja y ceja como mi hermana a Martín.

Había algo en su mirada que me revolvía el estómago, como si me evaluara, como si estuviera decidiendo en qué casilla quería colocarme. Y a mí ya no me daba la gana encajar en ninguna.

Comenzamos a entregarnos regalos y la verdad es que salimos mi hermana y yo muy beneficiadas. Había para todos, porque a Carlos también le pusieron como a uno más.

A Martín le gustaron mucho mis regalos y los de mi hermana. Nos lo agradeció con un beso a cada una.

Todos salimos contentos y Melisa no dejaba de dar las gracias y regalarnos abrazos, pero yo ya no sabía si lo hacía de corazón o si se estaba riendo de todos nosotros. Me estaba entrando una paranoia de lo más grande.

Para la comida, entre mi padre y Melisa habían preparado una gran variedad de *sushi*. Nos quedamos impresionados con lo bien que les había

salido.

Martín estaba cabizbajo, hablaba con Carlos y mi padre un poco, pero se le notaba que no estaba bien. No sabía si era por mí, por la impotencia, porque todo le había salido como el culo o por lo que sabe Dios que le pasaba, pero no lo creía; a un ser como él no había opción de creerlo.

Intentaba no mirarlo demasiado. Cada gesto suyo me recordaba que había vivido una versión inventada de él, una copia perfecta del hombre que había querido ver. Ahora solo veía grietas.

Después de comer, mi hermana se despidió y yo me quedé un rato más porque sabía que si me iba del tirón iba a despertar sospechas.

Me estaba tomando un café en el jardín y se me acercó Martín.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquilo. ¿Y tú?

—Intentando sobrevivir a echarte de menos cada minuto de mi vida.

—Siento mucho…

—Yo también, pero como decías, no puedes luchar contra tus sentimientos.

—Así es.

—Solo quiero que sepas que si en algún momento cambias de opinión, yo te estaré esperando.

—Tampoco hace falta, tienes que hacer tu vida, Martín.

—Mi vida se quedó truncada por ahora —sonrió con tristeza.

Se unieron mi padre y Melisa. Nos sentamos los cuatro en el porche y el ambiente estaba tenso.

Fue sobre las seis cuando dije de irme e iba a llamar un taxi, pero Martín se ofreció a llevarme. No quise oponerme para que no notasen mi malestar.

No tenía fuerzas para otra explicación, ni para otra mentira. Solo quería llegar a casa, cerrar la puerta y dejar que todo se desmoronara sin testigos.

Durante el camino fue un silencio sobrecogedor el que nos envolvió. Al llegar a la puerta de mi casa y ayudarme a meter todo en el ascensor, fue cuando se me quedó mirando y…

—Haría todo lo que me pidieses para hacerte feliz.

—Martín, me tengo que ir —murmuré, adentrándome en el ascensor y dejándolo con la puerta abierta.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron, sentí como si por fin pudiera respirar. Una bocanada corta, temblorosa, pero mía.

Solté todo el aire. El día ya estaba superado y por ahora no habría ocasión obligada para volver a verlo. No me hacía nada de bien.

¿Cómo se podía desolar así una vida aun sabiendo que esa persona no se merecía ni uno de mis pensamientos? No lo sabía. Lo único claro era que estos Reyes los iba a recordar como los más tristes de mi vida. Qué ironía: unas Navidades maravillosas que, al final, no habían sido más que el disfraz perfecto de una gran mentira. Me estaba volviendo loca y sentía que iba a colapsar.

Comencé a ordenar todo en el vestidor y no lo hacía ni con la más mínima ilusión. Mucha ropa nueva para estrenar, pero el corazón más vacío que un bote de cristal sin nada. Era para darse dos chocazos y olvidarse del mundo.

Pero ni siquiera eso servía. El corazón iba por libre, empeñado en recordar justo lo que quería olvidar.

Llamaron a la puerta y me quedé un tanto con la mosca detrás de la oreja. Miré por la mirilla y sonreí al ver a Matías con un regalo en sus manos.

—¿Qué haces aquí?

—Traer a mi amiga la tristona su regalo de Reyes.

—Te has acordado de mí. ¡Qué bonito!

—Claro, pero esto me lo tienes que compensar invitándome a cenar unas *pizzas*.

—Ni lo dudes. Luego la pedimos.

Me había regalado unos preciosos zapatos de bailarina de piel en color negro que para conjuntar, era todo un fondo de armario. Le di un montón de besos por toda su cara mientras él se reía diciendo que al día siguiente me traería la zapatería entera.

Se quitó la chaqueta y nos fuimos a la cocina a preparar algo de tomar. Los dos nos decantamos por un zumo de piña, ya que al día siguiente teníamos que trabajar y no era plan de tomar un café que nos quitase luego el sueño. Para él era su primer día de trabajo en ese centro privado y en España. En nuestra ciudad.

Le estuve comentando cómo había ido en casa de mi padre y la sensación que tenía de que tanto él como su madre lo tapaban todo e intentaban dar la vuelta a la tortilla. Era como si Martín quisiera dar pena delante de mi padre.

—No te comas más la cabeza. Hoy tienes muy mala cara.

—No me encuentro bien. Estoy desganada, triste y sin energías.

—A ver si la vuelta al trabajo te hace mejorar. Te conviene tener la mente distraída.

—Sí. Necesito olvidar y cambiar mi estado de ánimo. No puedo estar así y no me hace nada bien.

Estuvimos un rato charlando hasta que mi hermana llamó a la puerta. Venía con Carlos, obviamente, porque esos dos el tema de separarse como que no lo contemplaban.

Me traían un regalo precioso de los padres de Carlos. Se habían acordado de mí y me habían regalado una pulsera de eslabones de oro. Les puse un mensaje de voz para agradecérselo.

Al final, se quedaron con nosotros a cenar pizzas y pedimos tres familiares de diferentes sabores. Sobró un montón, pero yo las guardé en bolsitas de congelación para ir sacándolas después y calentarlas en el horno; quedaban perfectas. Además, eran un auténtico salvavidas, como siempre decía.

Se marcharon los tres a la vez a las once de la noche. Mi hermana y yo quedamos en irnos en su coche, ya que teníamos el mismo turno. Saldríamos un rato antes para dejar a Carlos en su casa.

Capítulo 24

Habían pasado tres semanas desde el día de Reyes en que vi por última vez a Martín y apenas tenía noticias de él. Mi padre dejó de nombrarlo porque notó cierto rechazo por mi parte. Aún no habíamos visto el momento de contárselo y, como le dije a mi hermana, tampoco me apetecía, porque esa era mi historia y no tenía por qué influir en la de él, y más cuando se les veía felices.

No sabíamos si Melisa fingía, pero estaba ahí siempre pendiente de mi padre y tenían una complicidad que era difícil de fingir. Después de sopesarlo mucho, decidimos no decir nada por el momento, pero la tendríamos en cuarentena.

Carlos se había instalado en el ático de mi hermana porque ella prefería vivir en su casa, ya que estaba muy ilusionada con su hogar. Él, que no trabajaba, no dudó en complacerla, aunque algún fin de semana lo pasarían en la casa de él.

Era viernes y nuestro último día de la semana laboral. Íbamos para el trabajo en su coche cuando la hice parar. Abrí la puerta y comencé a vomitar como si no hubiera un mañana. Me encontraba de lo más floja.

Llegamos al centro y mi hermana pidió que me hicieran unas pruebas. Un médico de urgencias tomó mi consulta para cubrir a mis pacientes.

—Anais, estás embarazada —dijo mi hermana entrando a la sala donde yo estaba sentada, encontrándome fatal. No se había andado con rodeos.

—No puede ser… —La miré de manera que sentí que por poco se me salían las bolas de los ojos.

—Lo es, las pruebas hablan claramente. Estás embarazada, hermana. —Se sentó a mi lado y me cogió la mano—. Y lo peor de todo es que yo lo intuía desde hace días y se lo comenté a Carlos. No me había equivocado.

—Qué problemón, Dios mío… —Me llevé las manos a la frente.

—Es un problemón porque es con alguien que no quieres que tenga que ver con algo tan delicado como lo que vas a tener en tu vida, pero también será tu mayor satisfacción. Estás embarazada y tienes que comenzar a pensar en positivo.

—¿Positivo estando embarazada de un hombre que es un narcisista y un maltratador? Lo que me faltaba ya es que el bebé trajese eso en los genes.

—No empieces a pensar gilipolleces.

—No, no quiero que sea el padre. Por nada del mundo. —La miraba negando, de lo más preocupada.

—No puedes hacer nada al respecto, y por muy mala persona que sea, es el padre. Hasta que no demuestre lo contrario con el bebé, tiene derecho legal y moral a disfrutar de su hijo. Eso sí, que con él sea un amor… o seré yo quien le haga una cirugía que no va a poder levantarse en su vida.

—Esto es demasiada información para mí. ¿Y ahora qué va a pasar con mi vida?

—Hermana, no me seas burra. Tienes un ático pagado, no tienes deudas y tienes un sueldo fijo. ¿Cómo te preguntas qué va a pasar con tu vida? Te estás buscando la colleja. Tú lo único que tienes que pensar es que un bebé precioso está creciendo en tu vientre y que vendrá para demostrarte de dónde viene la verdadera felicidad. Míralo por el lado bueno.

—No lo hay —dije, y acto seguido cogí la bolsa y vomité en ella.

—Vas a necesitar unos días de baja. El doctor González te la va a dar hasta el viernes que viene.

—¿Tanto me va a durar esto?

—¿Tú has estudiado medicina o esteticien?

—Joder… estaré embarazada de un mes; como tenga que estar así tres meses, me da algo.

El doctor vino a verme y me recomendó descanso por unos días, como ya me había informado mi hermana. Me pasó con el ginecólogo y me hizo una eco vaginal donde se veía la bolsa, pero poco más. Aún era muy poco el tiempo que llevaba embarazada.

Pedí un taxi cuando comencé a sentirme mejor y me llevó a casa. Le había pedido a mi hermana que no comentase nada hasta que yo digiriera la noticia. Además, tenía que hablar con Martín y ahora mismo no estaba preparada. Ni siquiera sabía si quería decírselo. Hasta se me había pasado por la cabeza decir que era un embarazo por inseminación de donante, pero claro: bastaría que dijese eso para que naciese con toda la cara del padre. De todas maneras, sabía que si lo ocultaba, no iba a poder vivir con el peso de conciencia.

Me puse el pijama y me tumbé en el sofá. Mi hermana me mandó un audio preguntando cómo me encontraba y que si necesitaba cualquier cosa avisara a Carlos, que lo tenía al lado, en su casa.

A veces sentía que el aire se me hacía corto, como si el propio cuerpo quisiera avisarme de que no estaba lista para sostener tanto. No era solo miedo: era el peso de una vida cambiando sin avisar, sin pedir permiso, sin preguntarme si me veía capaz.

Como siempre, recibí un mensaje de mi padre y le comenté que estaba en casa porque me sentía un poco indispuesta. No dejó que diera un no por respuesta y se coló enseguida en mi ático con una ollita de puchero para que la almorzara al mediodía.

Menos mal que venía solo, porque lo que menos me apetecía era mirar a nadie, y menos a esa mujer, que capaz era de detectar lo que me pasaba.

Estaba de lo más susceptible.

Cuando se marchó, recibí un mensaje de Matías y le propuse que viniese a casa a comer puchero, ya que mi padre había traído un montón. También había dejado otra ollita a Carlos para ellos dos.

Matías: *No me puedo negar a un puchero y más con el día de frío que hace. Ahora me contarás qué síntomas tienes. Nos vemos en un rato.*

Le había dicho lo mismo que a mi padre, pero a él le iba a contar la verdad, ya que sabía que su hombro era uno de los más fiables para llorar.

Cuando llegó, ya tenía todo calentito y el arroz hecho. Serví los platos y nos sentamos en la cocina, momento en el que le conté la noticia.

—¡No me jodas!

—Para joder estoy yo. —Rebufé con tristeza.

—Mira, sé que ahora lo vas a ver todo negro, sin ilusión y con muchos contras, pero te garantizo que, conforme pasen los días, todo eso se convertirá en algo bonito y muy deseado. Obviamente, a pesar de todo, su padre tiene derecho a saberlo, pero eso debes decirlo cuando tú te sientas preparada.

—Yo también lo veo así en algunos momentos, pero ahora me cuesta mucho digerir la noticia. Me va a cambiar la vida.

—Para mejor, a pesar de que tengas que pasar malas noches, preocupaciones y tener mucha paciencia. Pero no te quepa la menor duda de que será lo más bonito que pueda pasarte en la vida.

Mi hermana vino a verme después de comer con Carlos, que no dudó en darme un abrazo y todo su apoyo. Se tomaron un café con nosotros; en mi caso, un descafeinado que ya se había encargado de traerme mi hermana para que cambiase el hábito.

Se marcharon los tres a la vez y me quedé de nuevo sola, pensativa y con una sensación de desolación que me estaba matando.

Dicen que todo en la vida pasa por algo, pero yo me preguntaba: ¿por qué esto ahora? Me tocaba la barriga intentando encontrar algo de conexión, pero lo único que sentía era un vacío aún más grande.

Me llevaba la mano al vientre con una mezcla rara de ternura y vértigo, como si aquel pequeñísimo ser tuviera que cargar ya con mis dudas, mis miedos y el desastre emocional que había dejado su padre. No era justo… pero tampoco podía evitarlo.

Amaba a un hombre que me había mentido y había hecho mucho daño a otra persona. Y ahora se convertía en el padre de mi hijo. ¿Cómo iba a poder olvidarlo si, de un modo u otro, formaría parte de nuestras vidas? No solo por la relación que tenían nuestros padres, sino por algo mucho más íntimo: este bebé.

También estaba la posibilidad de que lo rechazase; cualquiera sabía por dónde podía salir con esa bipolaridad de cabeza que tenía.

Todo era muy inquietante y esto no me venía nada bien, mucho menos al bebé, porque debía intentar llevar este proceso de la manera más tranquila posible. Pero eso era imposible cuando el escenario era de lo más vacío y frío.

Me abracé al cojín, tumbándome en el sofá con la manta por encima. Lloraba de tristeza, de rabia, de impotencia y maldecía la forma en que la vida me había tratado en estas últimas semanas.

Desde luego que esta Navidad pasada no se me iba a olvidar en la vida, ya que no solo dejó tocado mi corazón, sino que puso mi vida patas arriba.

¿Cómo curar una herida que ahora crecía con vida propia? No lo sabía. Pero se venía un nuevo panorama que debía enfrentar.

Sentía un agotamiento que no era físico, sino del alma. Ese cansancio que aparece cuando has sostenido demasiado durante demasiado tiempo y ya no te queda un rincón dentro donde esconder el dolor para que no duela tanto.

Mi vida iba a dar paso a otra vida; solo tenía que buscar la forma de transmitirlo a los demás.

Capítulo 25

Si tuviera que decir en qué punto estaba mi vida, diría que estancado…

Habían pasado dos meses desde que descubrí que estaba embarazada y ahora estaba a punto de entrar a la eco de los tres meses.

Conseguí esconder el embarazo bien con la ropa de invierno y con la suerte de que aún no tenía mucha barriguita. El caso es que había tomado la decisión de hablar hoy con Martín y ya luego hacerlo con mi padre.

Martín me había mandado algún que otro mensaje durante este tiempo, preguntándome cómo estaba y recordándome que, si necesitaba algo, contara con él. Según mi padre, estaba atravesando un mal momento y parecía un muerto en vida. Aquello me generaba un sentimiento extraño, una mezcla de pena y desasosiego que prefería no analizar demasiado.

Llegué a pensar que quizá se enamoró de verdad, pero eso no borraba los errores imperdonables que creía que había cometido.

Mi hermana entró conmigo a la eco, ya que hizo un hueco a posta para ese momento. Lloramos mucho al escuchar por primera vez los latidos de su corazón y al saber que era una niña lo que venía en camino. Todo estaba bien. Apreté la mano de mi hermana con una emoción tan profunda que me dejó sin palabras; era como si, por fin, algo en mi vida se colocara en su sitio.

Este tiempo ya me había hecho al cuerpo de que iba a ser mamá, aunque me costó varias semanas. Ahora podía decir que no había cosa en el mundo

que deseara más que ver su carita. Aquella sensación me sorprendía cada día un poco más, como si dentro de mí creciera una fuerza que no sabía que tenía.

Regresé a mi consulta para atender a los tres pacientes que faltaban para concluir esa mañana de jueves. Lo bueno era que al día siguiente era fiesta local y no tendría que regresar hasta el lunes.

Antes de salir de la consulta le mandé un mensaje a Martín preguntándole si le apetecía comer conmigo, ya que necesitaba hablar con él. Aceptó sin pensarlo. Quedamos en un restaurante que había en la misma calle de mi ático, así que dejé el coche en el parquin y fui andando.

Al entrar en el restaurante, me lo encontré sentado esperándome. Se levantó para recibirme y me dio un abrazo.

—¿Qué tal estás? —me preguntó.

—Bueno, ahí voy —sonreí con tristeza.

El camarero se acercó en ese momento y pedimos la bebida; en mi caso, agua. Para comer, nos decantamos por un surtido de hojaldres salados y una ensaladilla de pulpo.

—¿Te está pasando algo, Anais?

—Sí, estoy embarazada.

Se quedó unos inquietantes segundos callado. No sabía cómo interpretar sus gestos.

—¿De ese hombre que me dijiste?

—No hay nadie, Martín. Solo estuve contigo, y es de ti de quien estoy embarazada, de tres meses.

—¿Voy a ser padre?

—Sí, Martín —murmuré con un nudo en la garganta.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace dos meses, pero no estaba preparada para hablar contigo.

—¿De verdad esa conexión que sentí entre nosotros no fue real? —preguntó a punto de romper a llorar.

—Martín, no estoy para reproches.

—Solo quiero entender qué pasó. Dos personas que sintieron tanto en tan poco tiempo y que de repente pareciese que no me querías ni ver…

En este momento estaba dispuesta a sincerarme con él, porque no podía vivir con esa espina.

—Te amé más que a mi propia vida desde el primer momento. Te amé de una manera que me hubiera llevado a hacer la mayor locura de mi vida junto a ti.

»Te amé sin saber que no habías sido sincero conmigo y que tenías un pasado que precisamente no fue muy bonito y que fui la moneda de cambio de otra persona. Se me partió el alma. Yo sí te amaba de verdad y creía en que eras buena persona.

—¿De qué me estás hablando, Anais?

—Carola, tu ex. Lo sé todo…

—¿Qué sabes, Anais? —preguntó con cierto reproche—. ¿Qué sabes para que esa sea la razón de que te hayas separado de mí? ¿Qué cojones está pasando aquí? ¿Por qué dices que creías que era buena persona?

—La dejaste después de acostarte conmigo —dije apretando los dientes.

—Mira —soltó una carcajada—, no tienes ni puta idea de lo que estás hablando. ¿Cómo que la dejé después de acostarme contigo si hace que no la veo tres años y medio?

—He visto vuestras fotos y los mensajes que le enviaste después de darle una paliza. Y son de este verano.

—Anais —me señaló con el dedo—, no me hagas que me levante y me vaya porque de esta sí que te va a costar recuperar mi confianza. ¿Qué mensajes has visto si te repito que no hablo con ella desde hace tres años y medio, que me jodió la vida?

—Ponía tu nombre y salía tu foto.

—Claro, como si pongo en otro móvil tu foto de perfil y te añado con tu nombre. ¿En serio has creído a una loca? ¿En serio?

—Tenía fotos de vosotros.

—Tengo canas desde hace dos años. ¿Se veían canas en esas fotos, Abigail?

—No lo recuerdo —respondí, alucinando.

—A esa mujer la dejé porque la encontré en la cama con mi mejor amigo. Estuvo unos meses llorándome, siguiéndome, acosándome, y tuve que denunciarla.

»Es la última vez que la vi: en ese juicio donde fue condenada a una orden de alejamiento de quinientos metros y una multa de dos mil quinientos euros, además de seis meses de prisión que no cumplió porque no tenía antecedentes —buscó algo en su móvil.

»En tu WhatsApp tienes la sentencia. Puedes comprobar que no estoy diciendo ninguna mentira. Ya te vale, Anais, ya te vale. Te hacía más inteligente.

—Martín… esto no puede ser cierto —dije leyendo la sentencia.

—¿Y lo que ella te contó, sí? Qué buenos deseos me tienes —me habló con ironía—. Ahí tienes la sentencia. Puedes corroborar su veracidad. —Se levantó—. No tengo ganas de comer. Y tranquila, seré el mejor padre del mundo, porque lo primero es que soy buena persona.

Se marchó y me quedé pálida, en *shock* y sin saber cómo reaccionar. Pagué la cuenta y pedí disculpas. No me quisieron cobrar la comida, ya que aún no la habían servido.

Me fui hacia mi casa mientras llamaba a mi hermana para que se fuese a la mía. Ya estaba en la puerta cuando salí del ascensor. Me derrumbé a llorar abrazada a ella.

Le conté todo y le enseñé la sentencia. Se quedó como yo: a cuadros. Ella, que estaba más avispada, se dio cuenta de que la abogada de la otra parte era una amiga nuestra de la infancia. La llamamos y recordó el caso; nos confirmó que lo llevó ella y que Carola era una persona muy inestable.

La había cagado bien. ¿Cómo se me ocurrió creer a una extraña dando por bueno todo? Ahora hasta el episodio del reloj cobraba sentido.

Había visto mucha rabia en los ojos de Martín, y en ese momento comprendí que todo ese dolor que había sentido era real. Por mi culpa había estado hecho polvo. No me lo iba a perdonar nunca.

Mi hermana se quedó conmigo toda la tarde. Intentó consolarme mil veces, pero era imposible.

Cuando se fue, me metí en la cama. Al día siguiente quería ir a casa de mi padre y hablar con ellos. Imaginaba que Martín no diría nada hasta que yo lo hiciera.

Ahora tenía una sensación de lo más fea: había pasado de creer que era una de sus víctimas a descubrir que yo me había convertido en la causante de todos los males.

Lloré abrazada a la almohada, sintiendo que lo había perdido todo. La manera en que se fue demostraba que esto no me lo iba a perdonar. Me lo tenía merecido. Había sido la mujer más imbécil sobre la tierra.

¿Y ahora qué iba a ser de mí? ¿Con qué cara le explicaba a Melisa que había metido la pata hasta el fondo con su hijo? ¿Cómo me enfrentaba a eso?

La vida seguía cambiando de un momento a otro, sin darme un respiro.

Desesperanza después de perder todas las esperanzas.

Caprichos de la vida.

Capítulo 26

La noche había sido una pesadilla en vivo. No conseguí dormir más de una hora seguida. Me desvelaba constantemente y pensaba cosas tan horribles que me desgarraban por dentro. Me sentía la peor persona del mundo.

Hablé con mi padre por mensaje para decirle que iría en un rato a hablar con ellos. Sé que se quedó preocupado, pero no pensaba desvelar nada sin hacerlo cara a cara.

Cuando llegué, se pusieron a preparar los cafés, en mi caso descafeinado, que ya sabían que era lo único que tomaba desde hacía semanas. Había puesto como excusa que la cafeína me ponía muy nerviosa.

Lo primero que hice fue contarles todo desde el principio: lo de Carola. Melisa no dejaba de repetir que esa niña siempre había sido un ogro. Se lamentaba de que por su culpa su hijo estuviera así y de que yo hubiese pasado por semejante sufrimiento.

Imaginad sus caras cuando les desvelé que estaba embarazada y que ya había hablado con Martín. Pedí perdón por todo el desastre que había causado al no haberle dado a él la presunción de inocencia ni la oportunidad de defenderse a tiempo.

Ambos fueron extremadamente cariñosos conmigo. Me pidieron que no era momento de fustigarme, que debía centrarme en la bebé que venía en camino. Por ese lado estaban emocionados: ambos iban a ser abuelos en

igualdad. Pero aun así, no se podía obviar el dolor de la situación en la que Martín y yo nos encontrábamos.

Me dieron su apoyo absoluto. Melisa me abrazó y me dijo que le diera tiempo a su hijo, que él terminaría poniendo todo en su sitio.

—Y quédate tranquila, que la bebé va a tener al padre más bueno e implicado del mundo. —Me acarició la mejilla.

—Lo sé —murmuré con tristeza.

—Pues habrá que ir pensando en nombres.

—Yo lo tengo claro.

Los dos me miraron arqueando una ceja. Sonreí emocionada, con un nudo en la garganta.

—Dinos —dijo mi padre, impaciente.

—Martina. Se llamará la versión femenina de su padre.

—Qué bonito, por Dios —murmuró Melisa llevándose las manos al pecho.

—Sí, hija —añadió mi padre—, un nombre muy elegante y bonito. Todo un detalle por tu parte hacia él.

En ese momento llamaron a la puerta. Mi padre salió a abrir. Era Martín… con una borrachera impresionante. Se notaba que había pasado toda la noche en la calle. Su aspecto era lamentable, y la cara de su madre era un poema.

—Hijo, ¿de dónde vienes?

—De vivir la noche y celebrar que voy a ser padre —decía tambaleándose, levantando un dedo—. Aunque su madre sea la persona más desleal del mundo. —Me señaló.

—Hijo, no la ataques —le reprendió Melisa con tono serio.

—¿Quieres un café? —preguntó mi padre intentando apaciguar el ambiente mientras íbamos hacia la cocina.

—Sí, doble, por favor —respondió él, intentando hacerse el interesante.

—Siéntate aquí. —Le acercó la silla su madre.

—Así me gusta, que me traten con cariño. No como un delincuente. —Me miró con un odio que se me clavó en el corazón.

—Hijo, relájate. No es el momento.

—Pues eso habérselo dicho al taxista que me trajo.

—Sería la dirección que le diste —respondió Melisa, volteando los ojos.

—Por cierto, esa niña se llamará Martina. Como yo. —Se señaló el pecho.

Mi padre y Melisa me miraron impactados porque los dos habíamos pensado exactamente el mismo nombre.

—Muy bonito, hijo. Seguro que ella accede. —Intentó calmarlo su madre.

—Y si no accede, me importa un pito, un bledo y una mierda.

—Baja el tono, hijo.

—Mírala a ella —me señaló—; las calladitas son las peores.

—No señales a mi hija, Martín. Tenme un respeto —dijo mi padre firme, demostrando una vez más que siempre estaría de mi lado. Se me hizo un nudo en la garganta.

—Por ti lo haré. Pero ella hizo cosas muy feas y me trató como lo peor de esta tierra.

—Se equivocó, está arrepentida, pidió perdón y no puede hacer más —intervino Melisa.

—Es mala. Muy mala —masculló mientras bebía el café.

—Bueno —dijo mi padre—, te vas a dar una ducha y te acostarás un rato.

—Con ella no me volvería a acostar ni aunque me pague.

—Martín… —murmuró mi padre, agotado.

—Hijo —saltó Melisa—, al final va a ser verdad que te faltaba una hostia.

—Ya te han manipulado. —Se rio con ironía—. Es una zorra.

Melisa no se contuvo: le soltó una bofetada que resonó en toda la casa. Martín se tocó la mejilla y la miró con desprecio.

—Te has vuelto igual que ellas. —Se levantó tambaleándose—. Pido un taxi y me voy de aquí.

Lo seguí hasta el jardín y le ofrecí llevarlo yo misma a su casa. Me miró con odio.

—Llévame. Será la última vez que me veas en tu vida. Voy a luchar para recogerla en un punto donde no te tenga que ver. Mala. Más mala que todas las cosas.

—Vamos, Martín —dije con todo mi dolor. Quería asegurarme de que llegaba sano y salvo.

Se subió al coche y no atinaba a ponerse el cinturón. Se lo abroché yo.

—Estarás contenta de traer a tu hija al mundo con un padre como yo, ¿verdad? No has podido tener más suerte. Seguro que lo buscaste. Eres el mayor error de mi vida. Menos mal que me vas a dar a alguien a quien yo sí pueda enseñarle valores. Porque si fuera por ti…

—Vale ya, Martín.

—Ese «vale» será cuando yo diga, no cuando a ti te dé la gana. Que es a lo que estás acostumbrada, doctorcita de mierda.

No le respondí. Estaba tan fuera de sí que cualquier palabra solo empeoraría todo. Aun así, cada frase me atravesaba como un puñal.

Paré en la puerta de su casa. Me bajé del coche para asegurarme de que entraba bien. Me miró con desprecio.

—No te pienso dejar entrar. —Se rio justo antes de cerrar la puerta de un portazo.

Parecía un adolescente descontrolado con una rabia que no sabía gestionar. Y, por supuesto, estaba como una cuba.

Regresé a casa y me tiré en el sofá tapándome con una manta. Estaba triste, agotada, sin consuelo, con la sensación de haber estropeado todo: mi vida, la suya, la de nuestras familias.

Mi hermana vino un rato después. Se acurrucó conmigo, intentó darme palabras de aliento, pero mi estado era tan deplorable que nada podía levantarme el ánimo.

Para la comida me serví un plato de lentejas que me apetecía muchísimo. Aun así, no dejé de llorar mientras comía.

Me pasé la tarde tumbada en el sofá recordando una por una todas las barbaridades que me había dicho Martín. No sabía si me las merecía, pero dolían como mil puñales.

Al caer la noche llegó Matías, con unos envases de pasta del restaurante italiano de comida callejera que tanto me gustaba. Me había traído mis favoritas: carbonara.

Le conté lo sucedido. Se quedó a cuadros por el numerito de Martín. Entendía que necesitara evadirse, pero también que se le había ido todo de las manos.

—Cuando se acuerde de todo, se va a querer morir —murmuró acariciándome la mano.

—El problema es que cada vez estamos sumando más daño. Y me da mucha tristeza por lo que está por venir.

—Deja que todo fluya. Creo que al final vais a tener que poner de vuestra parte por el bien de Martina. —Me guiñó un ojo al llamarla ya por su nombre.

—Por mi parte no tendrá ningún problema. Nunca meteré a la bebé en medio. Y en cierto modo… lo entiendo. Ahora está sacando toda la rabia de saber que no confié en él.

—La vida es complicada —dijo—. A veces se tuerce, pero muchas otras se arregla de la manera más inesperada.

Se quedó hasta casi las doce. Yo estaba ya rendida. Al irse, nos dimos un abrazo de esos que te recuerdan que hay personas que siempre estarán para ti. Lo necesitaba más que nunca.

Tras marcharse Matías, me quedé un rato más en el sofá, abrazada a la manta y escuchando el silencio de la casa.

Ojalá el silencio también callara el torbellino de mi cabeza, pero no: seguían ahí cada palabra, cada gesto, cada herida recién abierta.

Me pasé una mano por el vientre, intentando aferrarme a algo que diera un poco de luz a aquel caos.

—Martina… —susurré, aunque aún no sabía si podía decirlo sin romperme por dentro.

La noche avanzaba y, aun agotada, me costaba conciliar el sueño. Estaba tan cansada que me ardían los ojos, pero en cuanto cerraba los párpados, la escena de Martín borracho, insultándome con esa rabia que no reconocía, volvía a repetirse como si fuese una película mala.

Intenté convencerme de que aquello había sido fruto del alcohol. Solo del alcohol.

Pero la decepción, el dolor y la culpa seguían ahí, enquistados.

Quizá lo que más daño hacía era saber que, por primera vez desde que todo empezó, ya no sabía cómo iba a mirarlo a los ojos.

Me quedé mirando el móvil en la mesilla, apagado, bocabajo, como si así evitara más desgracias. Pero aun así, me encontraba mirándolo cada pocos minutos, como si esperara… algo. Una señal. Un gesto. Un mínimo intento de reparar todo aquello.

No llegó nada.

Y, aun así, me repetí que al día siguiente sería otro día. No mejor, pero al menos distinto. Debía serlo.

Respiré hondo, me limpié las lágrimas con la manga del pijama y me obligué a acostarme. Sabía que me esperaban más horas en vela, pero también sabía que, de algún modo, tendría que seguir adelante por mí y por la bebé.

Cuando por fin me acurruqué en la cama, sentí algo parecido a una tregua: un par de minutos sin pensamientos, sin culpa, sin dolor. Solo silencio.

No sabía que, al despertar, lo primero que vería sería un mensaje suyo.

Un mensaje que no esperaba. Y mucho menos después de todo lo que había pasado.

Capítulo 27

Amanecí con la sensación de tener el corazón todavía revuelto de la noche anterior.

Encendí el móvil sin demasiadas ganas… y allí estaba: un mensaje de Martín.

Martín: *Siento mucho el numerito que di ayer y la manera en que me dirigí hacia ti. No hay excusa porque fue un acto deleznable por mi parte. Ahora iré a pedir perdón personalmente a tu padre y a mi madre.*

»Que me hayas decepcionado no me da derecho a hablar así a nadie y menos a la que será la madre de mi hija. Me avergüenzo por lo que hice. No te preocupes, nuestra hija no crecerá viendo a unos padres en guerra. Puedes contar conmigo para lo que necesites. Ya me irás informando. Feliz día.

Aquel mensaje me dejó una sensación extraña en el pecho, como si una mano invisible me apretara el corazón. Me quedé mirando el móvil unos segundos más de lo necesario, intentando encajar cada palabra, cada punto, cada silencio entre líneas. Era una mezcla agria de alivio y derrota; de saber que había hecho algo mal y comprender, al mismo tiempo, que ya nada volvería a ser lo que fue. Me sentía más sola que nunca, perdida en mis propios errores.

Aun así, me alegraba que se hubiese dado cuenta de que no actuó de la mejor manera ni que era bonito ponerse así delante de nadie, ni tampoco por detrás, y mucho menos insultarme de esa forma. Pero también podía interpretar que había un distanciamiento abismal por su parte. Estaba claro

que se responsabilizaba del embarazo, pero de mí no quería saber nada. Lo comprendía, por mucho que me doliese.

Anais: *Gracias, no te preocupes. Feliz día.*

Fui escueta en el mensaje porque no sabía ni qué decir ni cómo actuar. Me sentía vulnerable, pero sin quitarme el peso de la responsabilidad de lo que yo misma había ocasionado.

Me vestí para dar un paseo. Era un final de marzo de lo más soleado y las temperaturas habían subido considerablemente. A pesar de que no había querido mirar aún nada para la habitación de la niña, hoy estaba animada para adquirir mis primeras compras.

Mi hermana me había querido regalar cosas, pero siempre le pedí que esperase a los tres meses, esos que ya tenía encima.

Caminé hacia el centro de la ciudad mientras tomaba un vaso de zumo natural que acababa de comprar en una cafetería. Hoy tenía ganas de estar a solas conmigo misma y vivir un día diferente, enfocado en lo que venía en camino.

Necesitaba aire, caminar sin rumbo, dejar que la ciudad me envolviera con sus sonidos y su ritmo. Había mañanas en las que el simple hecho de poner un pie en la calle se convertía en un acto de valentía. Hoy era una de esas. Sentía el sol templado en la cara y, por primera vez en días, me permitió respirar un poco más hondo, como si algo dentro de mí quisiera empezar a acomodarse.

Me detuve ante una tienda de ropita de bebé y se me iluminó la cara con tan bello escaparate. Tiré el vaso en una papelera cercana y me adentré a comprarle algo a mi pequeña Martina.

La dependienta me recibió muy amable y comenzó a mostrarme ropita de primera: bodis, camisetas con braguitas de piqué monísimas, todo enfocado para septiembre, que era cuando nacería. ¡Menudo verano me esperaba!

Me decanté por tres bodis y tres conjuntitos de camiseta con bragas, todos de manga larga. También me hice con calcetines, un pijama de un mes y dos de tres meses, y un par de pantalones de algodón con sus sudaderas. La chica

quedó en enviármelo a casa a la mañana siguiente por tres euros, cosa que me venía genial para no ir cargando tan pronto. La mañana no había hecho más que empezar.

Guardé el tique con cuidado, como si fuera un pequeño tesoro. Aquellas primeras compras me removieron algo por dentro. Era la primera vez que sentía a Martina un poquito más real, más presente. Imaginé sus piernecitas dentro de aquellos bodis diminutos y me entró un calorcito en el pecho que no sentía desde hacía semanas.

—¡Anais! —Escuché mientras caminaba.

—¡Sonia, hola! —dije emocionada.

—Cuánto tiempo. —Me abrazó.

—Sí. ¿Qué es de tu vida? No sé nada de ti desde que terminamos la carrera.

—He estado trabajando en Oviedo en una clínica y ahora me han dado traslado a Sevilla. Me voy el jueves.

—Qué fuerte. No sabes lo que me alegra verte tan bien.

—¿Tienes prisa?

—No, estaba de paseo.

—¿Tomamos algo?

—Claro.

Nos sentamos en una terraza y le conté que estaba embarazada. Con ella siempre me llevé muy bien y teníamos buena relación, pero no la confianza suficiente como para contarle todo lo que había pasado en los últimos meses. Solo le dije que con el padre de la niña no estaba, pero que los dos íbamos a una con el tema.

No me pidió más explicaciones y solo se dedicó a animarme a disfrutar del momento tan bonito que estaba viviendo.

Sonia, por su parte, seguía soltera, viviendo su vida independiente y disfrutando de los viajes que hacía cuando le cuadraban varios días libres. Era la persona más viajera que había conocido en mi vida. Ya debía de haberse dado la vuelta al mundo por lo menos tres veces; su familia siempre había sido de viajar en vacaciones.

Echamos un ratito muy bueno hablando, y luego se marchó porque había quedado para comer con su prima Belinda. Me animó a ir con ellas, pero a mí me apetecía seguir paseando y hacer algunas compras más para mi niña.

Entré en una tienda de muebles de bebé y me fui enamorando de varias piezas por separado. Los conjuntos no terminaban de llenarme. Lo primero que me llamó la atención fue un moisés que, para mi habitación y sus primeros meses, venía genial. Lo anoté en el papel de códigos que debía entregar a la hora del pago, ya que todo te lo llevaban a casa.

Luego, para la habitación de la niña —que ya tenía un armario empotrado impresionante con las puertas en blanco—, aproveché para comprar una cómoda monísima y amplia, una cama que tenía una valla de madera para servir también como cuna, con dos buenos cajones en la parte inferior, y una estantería en forma de escaleras para poner junto a la cómoda. Con eso ya tenía más que suficiente.

Pagué y quedaron en llevármelo también al día siguiente por la mañana. Esperaba despertar con mejor humor. Lo bueno era que aquí los domingos había repartos; se había puesto de moda como las entregas de Amazon.

Pasé por delante de un Burger King y me animé a comer un menú de los que mi padre llamaba «basura», esos que a mi hermana y a mí tanto nos gustaban. Me pedí uno y me senté junto a la cristalera que daba a la calle para distraerme con el ir y venir de la gente.

Era tan extraña la sensación agridulce que tenía que pensaba que iba a acabar loca. Lo que daría en estos momentos por un abrazo de Martín, de esos que nos dábamos en esos preciosos días que pasé bien junto a él.

A veces, la memoria es cruel: te trae justo lo que más duele. Cerré los ojos un instante y pude recordar la forma en que me envolvía entre sus brazos, esa calma extraña que me transmitía, como si durante unos segundos el mundo dejara de temblar. Y ahora, en cambio, solo quedaba un eco roto, un hueco donde antes había algo cálido.

El ser humano tiene la manía de caer en el mismo error. Somos capaces de juzgar y condenar a una persona sin haber escuchado su versión y dando por bueno lo que nos cuenta solo una de las partes. Me sentía tan culpable como rabiosa por haber caído en esa miserable trampa.

Me castigaba mentalmente una y otra vez, como si recrear el error pudiera deshacerlo. Pero no. Las decisiones impulsivas siempre dejaban heridas profundas, y esta era una que iba a acompañarme toda la vida. Me dolía el orgullo, pero también el corazón, que no terminaba de encontrar un sitio donde colocarse.

Daría lo que fuera por dar marcha atrás, pero eso era algo que ni con dinero se podía conseguir, así que no me quedaba otra que sacudir el polvo de mi caída y seguir hacia adelante por la hija que venía en camino.

Me comí el menú con mucha ansia. Era algo que no podía controlar: o estaba desganada o hambrienta; no tenía término medio.

Caminé de regreso a mi casa y me detuve en la farmacia que había unos metros antes. Era gigante y tenía muchas cosas de bebé. Me hacía ilusión llevarme algunos artículos para colocar al día siguiente en su habitación. Elegí dos biberones de muy buena marca y preciosos, un par de chupetes, crema para el culo, colonia, un cepillo para el pelo y un kit de gel y champú. Esto sí me lo llevé para casa.

No quise coger mucho más porque sabía que mi familia iba a llenarme la habitación de todo lo habido y por haber, así que me controlé por eso.

Mientras caminaba de vuelta, acaricié la bolsita como si llevara dentro algo frágil. Era absurdo, lo sabía, pero necesitaba aferrarme a cualquier gesto que me acercara a mi hija. Era como si construir su pequeño mundo fuera la única forma que tenía de sostener el mío, que a ratos amenazaba con desmoronarse.

Me puse el pijama, nada más llegar a casa, y me senté en el sofá, reclinada, con el portátil sobre las piernas. Quería mirar el textil de su habitación, ya que necesitaría cortinas, colchas y sábanas para el moisés y la cama.

Encontré un conjunto monísimo blanco con puntitos rosas, tipo piqué. Había de ese modelo cortinas y colchas. No lo dudé ni un momento. Además cogí dos mantitas, un juego de sábanas para la cama y dos para el moisés, que sería lo que usaría al principio.

Luego me metí en una tienda de peluches y juguetes para bebés. Adquirí un sonajero y tres peluches.

Cerré el ordenador recordando que mi familia me agasajaría con todo, pero necesitaba ir creando ese mundo que comenzaría con su llegada. La necesitaba más cerca de lo que ya la tenía en mi interior. Me moría por abrazarla y decirle cuánto la quería.

A veces me preguntaba si algún día podría perdonarme del todo, si llegaría el momento en el que mirar atrás no me desgarrara. Tal vez la maternidad me enseñaría a mirar la vida desde otra luz, una menos cruel, una más compasiva conmigo misma. Quería creerlo. Lo necesitaba.

Había cometido el mayor error de mi vida y eso me iba a costar muchas tristezas superarlo, pero esperaba que un día mi hija me entendiera y me perdonase por haber separado a sus padres por una mala decisión mía.

Capítulo 28

Estaba tomando un tazón de cereales integrales para desayunar cuando llegaron los muebles y comenzaron a montarlos. Tardaron pocos minutos, ya que todo venía listo para instalar.

Quedó muy bonito, y enseguida comencé a colocar sobre la cómoda todos los productos que le compré en la farmacia a mi bebé. Un rato después coloqué la ropita en los cajones, ya que me la trajeron muy seguido.

Al verlo terminado sentí una punzadita en el pecho, una mezcla entre ternura y vértigo. Era como si cada mueble marcara un antes y un después en mi vida, como si esta habitación empezara a llenarse no solo de cosas, sino de sentido.

Eran las once de la mañana y ya tenía medio decente su habitación. Los peluches tardarían dos días en llegar, pero todo iba cobrando forma y, de algún modo, también me iba ordenando el corazón. Era como si cada cosa que colocaba fuese dándome un poco de aire y de calma, una sensación que llevaba semanas sin experimentar.

El moisés lo dejé en esa habitación porque en la mía iba a estar estorbando, y aún faltaban seis meses para su llegada.

Era un domingo diferente, en el que la casa ya se veía más iluminada y el sol entraba con más fuerza. Tenía la suerte de haber nacido en un lugar donde disfrutábamos más días de sol que la media de todo el país, y hoy me parecía que esa luz me hacía falta más que nunca.

Aquel rayo de luz que entraba por la ventana me dio una sensación de hogar que hacía semanas no experimentaba. Me apoyé un segundo en el marco de la puerta y respiré hondo, intentando quedarme con ese momento tan simple y necesario.

Llamaron a la puerta y pensé que era mi hermana, pero me equivoqué. Era un repartidor que no esperaba, con una canasta gigante y preciosa en tonos rosas llena de productos de primera. Firmé la entrega de lo más emocionada y me la llevé a la habitación, colocándola sobre la cómoda en la que ya tenía mis productos.

Dentro había tijeras de uñas, cepillos y peines de primera, toda clase de cremas, champús, geles, colonias, baberos, biberones, chupetes y lo inimaginable para que no faltase de nada en esos primeros días. Parecía una canasta de hospital versión *Deluxe*, tan completa que me sobrepasó la emoción.

No venía nota alguna, pero pronto pude saber de quién se trataba por un mensaje que me acababa de llegar.

Martín: *Espero haber acertado. Ya me dirás qué vas necesitando. Quiero contribuir en todos los gastos.*

Se me hizo un nudo en la garganta y no pude evitar llorar. Cogí el móvil y le tiré una foto a la habitación, y en ella se veía la canasta.

No esperaba que un detalle así me removiera tanto. Era como si aquella canasta me gritara que no estaba sola, aunque entre él y yo hubiera un océano de errores. Me tapé la boca con la mano, intentando contener un llanto que llevaba días bordeando.

Anais: *Hoy me han traído los muebles que compré ayer en el centro. Gracias por la canasta, es muy completa y bonita.*

Martín: *Quedó muy bonita la habitación. Elige el carro que quieras y me pasas el enlace. No me dejes atrás en las compras, por favor.*

Anais: *Tranquilo, no lo haré. Miraré lo del carrito. Gracias por estar.*

Había tenido un detalle muy bonito, y lo veía más tranquilo. Eso me calmaba de algún modo. Quería que sintiese esto sin el dolor por lo que le hice. Me dolía mucho pensar en lo mal que debió de pasarlo todo este tiempo sin entender nada. No podía dejar de reprochármelo a mí misma; la culpa me acompañaba como una sombra.

Lo peor era saber que él no buscó nada de lo que ocurrió. Que yo misma había puesto las piezas del dominó sin comprobar nada. Esa culpa me caía encima como una manta pesada que no conseguía sacudirme.

Mi hermana apareció con su pijama y un envase con albóndigas con tomate que había hecho Carlos. Tenían una pinta espectacular.

—Tu cuñado que se va a convertir en un Arguiñano con tanto tiempo libre. Ese sí que sabe, con una buena pensión y disfrutando de la vida.

—Pobrecito, que pagó un alto precio. —Me reí con lo bruta que era mi hermana diciendo las cosas, pero lo hacía desde el corazón y sin maldad.

—Ni pobrecito ni leches. A cocinar lo voy a tener toda la vida. Y para las dos. —Me dio un pellizco en la nalga—. Fríete unas patatas para acompañar a las albóndigas, para comerlas como Dios manda.

—Eso está hecho. Ven, que te voy a enseñar una cosa. —La llevé al cuarto.

—¡Qué bonito! —exclamó—. No sabes lo que me alegra que por fin te decidieras a dar este paso hacia adelante. Por cierto, le he comprado muchísimas prendas a mi sobrina que me llegarán en estos días, y me encanta que ya tenga su espacio para que coloques todo con más ganas. Hasta le he comprado unas botitas de piel para el invierno que son una cucada.

Su sonrisa, tan auténtica como siempre, me aflojó algo dentro del pecho. Con ella a mi lado todo parecía menos oscuro, menos gigante, menos imposible.

—Te recuerdo que el invierno lo pasará sin andar. —Me reí.

—¿Y? Tendrá que ir monísima de la muerte. Por cierto, qué bonita la canasta.

—La ha enviado Martín.

—¿Qué me estoy perdiendo?

Le conté todo, y se alegró infinito de que al menos la cosa estuviera un poco más floja de intensidad entre nosotros. Bueno, realmente por parte de él, ya que yo estaba de lo más débil, sintiéndome culpable por todo, y lo último que haría sería echarle en cara nada. No tenía esa poca vergüenza.

Se marchó y me quedé ordenando un poco mi vestidor, ya que quería hacer algunos cambios y poner más a mano la ropa suelta. Aún estaba usando gran parte de la mía, pero había prendas que, debido a su estrechez, ya no me apetecía ponerme.

Freí las patatas y me senté a comer en el salón viendo la tele. Las noticias me ponían peor de lo que estaba, ya que no pasaba nada bueno en este país ni a nivel internacional; todo eran desgracias.

Últimamente cualquier cosa me afectaba. Era como si tuviera la piel más fina, como si todo se colara sin filtro dentro de mí y me dejara aún más agotada.

Me animé a buscar una peli para ver tranquila cuando recogiese la mesa. Necesitaba pasar la tarde de relax y en casita.

La realidad es que me tumbé a verla y me quedé completamente dormida. No podía con mi cuerpo; llevaba un cansancio mental acumulado que me había dejado agotada. Además, el día anterior estuve muchas horas en la calle de compras, lo que terminó de rematarme.

Me desperté con el timbre del telefonillo. Eran mi padre y Melisa. Abrí la puerta y esperé a que salieran del ascensor. Venían con una bandeja de dulces en sus manos.

Ver a mi padre y a Melisa allí, cargados con dulces, me dio un pellizco dulce en el corazón. Era imposible no sentirme arropada por ellos, incluso en mis peores días.

Les di un abrazo a cada uno y pasaron a la cocina, donde les preparé un café.

Me contaron que Martín estuvo en su casa el día anterior para pedirles disculpas y que se le veía afectado por la conducta que había tenido. Como les dije, lo entendía; yo también me hubiera emborrachado hasta perder el norte.

Los dulces estaban de vicio y me comí un par de ellos, aunque intentaba cuidarme bastante, pero como decía mi padre, una vez al año no hacía daño. Y menos si venían de unas manos que lo traían con tanto amor como las de ellos. Melisa se merecía todo mi cariño y respeto.

Ella era esa mujer que le gustaba estar impoluta y que era toda una señora, pero la realidad tras esa fachada era su gran corazón, su empatía y el cariño con el que nos trataba a mi hermana y a mí. Hasta no dudó en darle esa hostia que tantas veces había dicho Abigail que le faltó a su hijo.

Estuvieron un rato conmigo y me comentaron que el sábado siguiente era el cumpleaños de Melisa y querían reunirnos a todos. Los animé a hacerlo. Estaba claro que debíamos tomar la vida con naturalidad y no esquivarnos. Se pusieron muy contentos de que accediera de esa manera.

En cierto modo, me hacía ilusión ir compartiendo momentos con Martín, ya que era el padre de mi hija, además de ese amor que quedó truncado de la manera más absurda y miserable. No pude haber sido más tonta.

Me daba miedo ilusionarme, pero también me daba miedo no hacerlo. La vida me había cambiado tan rápido de rumbo que ya no sabía si avanzar despacito o correr para no quedarme atrás.

Se marcharon para pasar un ratito también por casa de mi hermana, aprovechando que estaban aquí. Yo no quise ir; me apetecía quedarme relajada.

Llené la bañera porque me apetecía un baño, ya que siempre solía ducharme. Me tumbé bocarriba, echando agua por mi barriguita mientras me la acariciaba y le hablaba a mi niña. Tenía tantas ganas de verla y abrazarla que se me iba a hacer larguísimo el tiempo de espera.

Pasé los dedos por mi vientre, imaginando su mano diminuta aferrada a la mía. Ese pensamiento, tan sencillo, me sostuvo más que cualquier consejo. Quizá ahí estaba la verdadera fuerza que necesitaba encontrar.

Me preguntaba si alguna vez Martín me perdonaría plenamente y seríamos capaces de llevarnos tan bien que nuestra pequeña nunca notase esas desavenencias, y que pudiésemos vivir muchos momentos juntos. El caso es que al menos estaba menos cortante, y aunque seguía distante, ya se comportaba de otra manera.

Dejar que todo fluyese. En eso consistía mi vida ahora. Dejarme llevar y visualizar todo en positivo, para así construir un mundo mejor alrededor de nosotros. Lo deseaba con toda mi alma.

Tal vez la vida me estaba pidiendo una segunda oportunidad, no con él, sino conmigo misma. Quizá este era el inicio de algo más grande que cualquier error.

Estuve un buen rato en el baño antes de secarme y volver a ponerme un pijama limpio. Al día siguiente tocaba trabajar y quería dejar todo listo para no levantarme con prisas.

Después de los dulces que me había comido era incapaz de cenar nada, así que me pelé una naranja y me la comí antes de meterme en la cama.

Capítulo 29

La semana había pasado volando para alegría mía y, por fin, llegó el sábado en el que celebrábamos el cumpleaños de Melisa.

Durante esos días, cada mañana recibía un mensaje de Martín preguntándome cómo me encontraba. Se notaba más simpático, más abierto… pero sin dejar de marcar las distancias. Había una barrera invisible entre nosotros, una especie de frontera que él no parecía dispuesto a cruzar todavía, aunque su presencia constante —aunque fuese a través del móvil— me daba cierta tranquilidad.

Aun así, cada vez que veía su nombre en la pantalla del móvil, algo dentro de mí se aflojaba, como si mi cuerpo recordara lo que mi mente intentaba ignorar. Era extraño sentir alivio y punzada en un mismo latido, pero así estaba mi corazón desde hacía meses: dividido, expectante, frágil.

Me miré frente al espejo y vi la curva de mi barriguita más pronunciada que días anteriores. Vestida apenas se apreciaba, y más yo, que seguía sintiendo esa mezcla entre pudor y ternura que me empujaba siempre a ponerme algo ancho encima.

Me preparé un tazón de cereales, que se había convertido en mi desayuno favorito, y lo disfruté en la cocina mientras mi mente se imaginaba un futuro con la pequeña revoloteando a mi alrededor.

Nunca había sentido el llamado de la maternidad como algo propio, pero llegó sin buscarlo… y aunque me costó asumirlo, ahora deseaba ser madre

más que nunca.

Dejé la cocina recogida y me di una ducha. Había elegido unas mallas negras, una camisa vaquera por fuera y un jersey negro de pico. Lo complementé con unas botas tipo montar y una cazadora de piel a juego. Me veía guapa, apenas se notaba el embarazo con ese *outfit* tan suelto, aunque yo sí la sentía ahí: presente, creciendo, mía.

Y aunque me costara aún aceptar los cambios, empezaba a descubrir una belleza distinta en mí, una que no tenía que ver con lo que se veía en el espejo, sino con lo que estaba gestando por dentro. A veces me tocaba la barriga en silencio, como si quisiera memorizar cada milímetro de ese milagro que no dejaba de crecer.

Mi hermana apareció con Carlos para irnos en su coche.

—Cuñada, estás preciosa —dijo él en cuanto me vio.

—Así me gusta, que me mires con buenos ojos.

—¡Faltaría más! —respondió dejando paso para que entrara al ascensor.

Mi hermana y yo nos reímos. Ver a Carlos así, después de todo lo que había pasado, era un regalo del cielo.

—Espero que le guste a Melisa el regalo —murmuré acomodándolo en el asiento.

—Seguro, están comprados con mucho cariño —contestó Carlos desde el copiloto.

—Claro que le va a gustar. Tenemos muy buen gusto —dijo mi hermana, orgullosa.

Habíamos comprado tres regalos entre los tres: un bolso primaveral muy de su estilo, un camisón satinado de la colección primavera/verano y su perfume favorito.

Mi hermana aún no se había cruzado con Martín. Aunque ya se le había pasado la manía, decía que hasta que él no me tratara como una reina, lo tendría en cuarentena.

Llegamos a la casa y aparcamos junto al coche de mi padre y de Martín. Los tres estaban sentados en el porche disfrutando del sol de primeros de abril.

Martín se levantó con una sonrisa más relajada y saludó a mi hermana y a Carlos, mientras yo abrazaba a mi padre y a Melisa. Después nos tocó a nosotros. Abrió los brazos y nos fundimos en un abrazo que derribaba un poco más ese muro que él había levantado.

Por un instante, me quedé quieta, respirando ese olor tan suyo que tantas veces me había calmado. Me pregunté si él también sentía ese cosquilleo incómodo de los reencuentros, esa mezcla entre nostalgia, cariño y una especie de miedo que se te mete en el pecho sin pedir permiso.

—Estás muy guapa. Te está sentando bien el embarazo. Y gracias por enviarme la eco —me dijo con un gesto dulce.

—Nada, tienes derecho a tenerla.

—¿Te importaría si voy a la próxima?

—Claro que puedes venir a todas. La siguiente es en tres semanas.

—Tienes buen enchufe.

—Si no nos cuidamos entre compañeros…

—¿No has pensado en ir por la privada?

—No, estoy muy bien en mi centro.

—Confío en tu criterio. —Me acarició la mejilla, y sentí un revuelo en el estómago. Juraría que la niña pegó un saltito.

Era como si mi cuerpo reaccionara a él antes que mis pensamientos, recordándome que, pasara lo que pasara, los dos estábamos ligados por algo mucho más profundo que cualquier error.

Mi padre descorchó una botella de vino y a mí me dio un refresco sin azúcar. En la mesa había ibéricos, chips, aceitunas y frutos secos: un aperitivo perfecto.

Le entregamos los regalos a Melisa, que los recibió con ese glamur tan suyo. Era adorable, toda una señora.

Siempre había tenido esa elegancia natural que parecía heredada de otra época, pero lo que de verdad la hacía especial era su capacidad para abrazarte con la mirada, para hacerte sentir parte de algo sin apenas proponérselo.

Se volvió loca con cada uno. Mi padre le regaló una gargantilla de oro finísima, preciosa, y Martín unos zapatos de una firma que a ella le encantaba.

Entonces, Martín tomó la palabra.

—Bueno, con el consentimiento de la cumpleañera… hoy vamos a hacer una doble celebración. Anais también merece su momento.

—No, no, hoy es su día —repliqué nerviosa, provocando las risas de todos.

—Hoy es nuestro día, cariño. No has tenido tu momento, y tu embarazo nos hace inmensamente felices —dijo con calidez.

—No me hagas llorar, que estoy muy sensible —murmuré.

—Pues llora de felicidad —sonrió, entregándome una bolsa preciosa de una joyería—. Para empezar, este es mi regalo para vosotras.

—Cuidado, lo mismo es la pulsera que le regaló a la otra —bromeó mi hermana. A veces había que quererla a la fuerza. Todos se rieron, incluso Martín.

Volteé los ojos, sin contestar. Había que empezar a tomar ciertas cosas con humor.

Dentro venían dos cajitas personalizadas: una con mi nombre, otra con el de la niña, aunque él creía que se llamaría así por su ocurrencia borracho, sin saber que yo ya lo había dicho antes.

Las dos contenían pulseras de oro con perlas blancas: una para mí y otra en versión mini para la bebé. Se me saltaron las lágrimas.

Sentí que ese pequeño brillo en mi muñeca materializaba algo más que un simple detalle: era la confirmación de que, pese a todo, él quería formar parte de este camino. Quizá no como antes, quizá no como yo había soñado, pero estaba ahí.

—Me has emocionado, Martín. —Lo abracé.

—Salió de mi corazón —respondió—. Espero que nadie te haga creer lo contrario.

—Tranquilo —sonreí, besando su mejilla.

—Ahora vamos nosotras —dijo mi hermana, y salió corriendo al coche.

Volvió con una cajita monísima.

—Es de los dos, para tenerte más controlada.

—¿Un GPS? —pregunté riendo.

—Más o menos… —dijo con misterio.

Lo abrí.

—¡Joder, qué bonito! ¿Te has acordado?

—Para que veas que te escucho.

Era un reloj Samsung que llevaba semanas queriendo. Nude, precioso. Me lo puse al instante.

Era imposible no emocionarme ante la forma en que todos estaban volcándose conmigo. A veces me preguntaba si merecía tanta ternura, pero la gratitud me desbordaba, como si cada gesto fuera un hilo que me cosía de nuevo el alma.

—¿Desde cuándo se regalan cosas a la embarazada y no al bebé? —preguntó Martín riendo.

—Eso será en el *baby shower* —dijo Melisa, acariciando mi hombro—. Ahora va el nuestro.

Mi padre apareció con un paquete grande.

—Para que captures todos los momentos de la niña —dijo con ternura.

Era la cámara profesional que llevaba meses mirando.

Mi padre siempre había tenido esa forma tan suya de demostrar amor: en detalles pensados, en silencios que abrazaban más que las palabras. Saber que también estaba ilusionado con la llegada de la niña me hacía sentir que todo valía la pena.

El día fue un regalo. Martín estuvo charlatán, bromista, cariñoso. Me arrancó carcajadas a mí y a todos. Él y Abigail tenían su guerra cómica, y Carlos siempre se ponía de su parte para picarla.

Jugamos a juegos, charlamos, compartimos anécdotas… una paz deliciosa.

Por primera vez en semanas, sentí algo parecido a la paz. No era completa, no era definitiva, pero era suficiente para recordarme que la vida, a veces, también sabía recomponerse sola.

Al marcharnos, Martín salió con nosotros. Me dio un abrazo cálido.

—Hoy he visto que ese hombre quiere volver a ti —dijo mi hermana en cuanto salimos.

—Dios te escuche —respondí, provocando que los tres soltáramos una risita.

—Cuando menos lo esperes, ya te la habrá vuelto a meter hasta la garganta.

—Qué fina eres, hija —murmuró Carlos riendo.

Y mientras los escuchaba bromear, pensé que quizá, solo quizá, las cosas empezaban a alinearse. No sabía hacia dónde, pero por primera vez no me daba miedo averiguarlo.

Capítulo 30

Domingo por la mañana y me levanté con los recuerdos del día anterior, en el que no solo festejamos el cumple de Melisa, sino también mi estado. Tenía en el cuerpo ese eco cálido de las risas, de los abrazos, de las miradas cómplices que me devolvieron una parte de mí que creía perdida. Era como despertar después de mucho tiempo de un invierno emocional y encontrar, por fin, un pequeño rayo de sol.

Aún tenía esa sensación rara de haber abierto los ojos por culpa de un timbre que se coló entre mis sueños.

Me froté los ojos, adormilada, y de nuevo lo escuché, esta vez claro y no entremezclado con nada.

—¡Ya voy! —grité pensando que a mi hermana la habían tirado de la cama y venía sin avisar, pero miré el móvil y me di cuenta de que había dormido más que nunca: eran las diez de la mañana.

Abrí la puerta y me quedé boquiabierta. No, no era ella.

—Martín —sonreí, apartándome para que pasase.

—No sé si estos churros le sentarán bien a una embarazada, pero me he atrevido a traértelos.

—Ha sido todo un acierto —sonreí sin poder evitar que se me iluminara la cara—. Te preparo un café.

—Qué mínimo —contestó en tono bromista, provocando que me escapara una sonrisa más grande de lo que pretendía.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunté mientras llenaba la cafetera.

Su presencia tan temprano me descolocaba, pero también me tocaba algo profundo, como si una parte de mí hubiera estado esperando exactamente este gesto sin atreverse a admitirlo.

—Quería ver a mi hija…

—Muy bien, ahora me la saco un ratito y la disfrutas —solté, riéndome a carcajadas y arrancándole una aún más grande.

—Te sigo echando mucho de menos —murmuró detrás de mí, casi pegado a mi oído, mientras yo preparaba su café. Su voz me recorrió la espalda entera.

—¿A pesar de todo?

—Aunque me siga doliendo… pero te sigo echando de menos.

Me giré despacio, con el café en la mano y el corazón en la garganta.

—¿Y qué tengo que decir al respecto?

—No digas nada. Solo… déjame estar en tu vida. No te digo que todo vaya a ser como antes, pero podríamos intentar, poco a poco, curar las heridas.

—Sí, claro —murmuré temblorosa, en shock, tratando de procesar lo que significaba ese «estar».

Realmente no sabía si me estaba pidiendo que nos diésemos una oportunidad, que fuésemos amigos o que intentáramos retomar lo que quedó suspendido. Pero yo lo quería todo con él. Lo amaba demasiado. Y cualquier pasito hacia delante me valía.

—¿Un abrazo de oso? —Abrió los brazos.

—Claro.

Me abrazó meciéndome hacia los lados y llenándome la mejilla de besos rápidos, cálidos, de esos que te recolocan el alma.

—No te imaginas cuánto te quiero, Anais. No te lo imaginas. Siento cómo actué cuando me diste la noticia y me hablaste de Carola, pero no supe hacerlo de otra manera. También por ese mal trago que os hice pasar a los tres cuando llegué en ese estado. Lo siento muchísimo.

—No pidas más perdón. La única culpable fui yo.

—Sí, tú la que más —sonrió con ternura resignada—, pero no por eso he dejado de quererte. A partir de ahora, serás mi metepatas favorita.

—Suena bien… comparado con lo de zorra. —Carraspeé entre sus brazos, intentando restarle hierro al recuerdo.

—Me gané la hostia sin ninguna duda. Espero que ya tu hermana esté contenta —dijo justo cuando sonó la puerta, y los dos nos reímos—. Déjame abrir a mí.

Yo seguía envuelta en su olor, en su calor, en ese modo tan suyo de abrazar que hacía que todo lo feo se diluyera, aunque fuera por un momento. Era imposible no temblar un poco.

Me escondí en el pasillo y él abrió de golpe, encontrándose con ella.

—¿Qué quieres? ¿Qué horas son estas de molestar? —le soltó Martín, cruzándose de brazos.

—Quita. —Le dio un empujón suave—. ¿Qué hace este energúmeno aquí? —me preguntó guiñándome un ojo cuando me vio.

—Me ha traído churros y mucha alegría —murmuré dándole un abrazo.

—Si se pone tonto, me avisas, que mando a Carlos. Ya es hora de que haga algo, aunque sea el trabajo sucio.

—Venga, yo te aviso.

—Dame una botella de leche. El viernes hizo la compra mi novio y se le olvidó. Y eso que lo llevaba apuntado en un papel —resopló.

—Toma, llévate dos litros. Tengo una caja entera.

—Gracias, corazón de melón. —Me dio un beso en la mejilla—. Y tú —señaló con el envase de leche a Martín—, más vale que me la cuides. Una te la perdono, dos también, pero a la tercera te doy la hostia más grande que la que te dio tu madre.

—¿Te has quedado a gusto?

—No sabes cuánto —respondió haciéndole un guiño antes de irse.

A pesar de sus pullas, en esa casa todos sabíamos que el humor era nuestra forma de sobrevivir, de seguir adelante sin rompernos del todo.

—Esta chica… para ganársela, ¿qué hay que hacer? —preguntó Martín volviendo al salón.

—Bueno, que a ti también te gusta pincharla.

—Ya estás defendiendo a todos menos a mí. —Bufó, sentándose.

—No, no… a mí no me metáis en vuestras guerras, que yo bastante tuve con la mía.

—Y perdimos los dos…

—En las guerras nunca gana nadie. —Apreté los dientes, sintiendo una punzada en el estómago.

Y aquella había sido una batalla que dejó heridas en todos, visibles e invisibles, pero por primera vez sentía que quizá estábamos empezando a desatar los nudos.

—¿Y qué planes tienes hoy? —preguntó mientras abría el cartucho de churros.

—Ninguno. Pensaba pasarlo en el sofá y tranquilita.

—¿Y qué tal si nos vamos de picnic?

—¿Cómo que de picnic? —solté riéndome.

—En el maletero tengo una cesta con un mantel, una tortilla de patatas con verduras que hice esta mañana, filetitos empanados que huelen a gloria… y he cogido patatas de tus favoritas y queso de tetilla con membrillo.

—¿En serio has preparado todo eso?

—Sí —sonrió—. Creo que nos vendrá bien conectar con la naturaleza.

—Me apunto. —Aplaudí, emocionada. Ese plan me apetecía más que cualquier otra cosa en el mundo.

Terminamos de desayunar y me di una ducha rápida antes de ponerme unas mallas, una camiseta, una sudadera y unas zapatillas de deporte. Plan campo total. Molaba muchísimo la idea.

Hacía semanas que no me sentía así, ligera, con ganas de algo nuevo, con esa chispa en el pecho que aparece cuando presentimos que algo bueno puede estar por venir.

Me acomodé en su coche y salimos en dirección a la sierra. Decía que conocía un lugar que me iba a encantar, y vaya si acertó.

Una hora después llegamos a un sitio precioso: mesas de madera con bancos, una zona para sentarse en el suelo a pie de un riachuelo y una familia que nos saludó con simpatía. El aire olía a pino y humedad, y había una calma que me dio ganas de llorar.

—Mantel y suelo o mesa y bancos. Está preparado para ambas cosas.

—La mesita, la mesita. —Me reí—. Ya habrá tiempo de sentarnos en el suelo, pero ahora estaremos más cómodos y no se nos dormirá el culo.

—Yo también votaba por la mesa, pero quise parecer romántico. —Puso la cesta encima.

—Más romántico que cocinar y traerme aquí, no hay nada. Gracias, Martín.

Había en su mirada una sinceridad tan limpia que me removió todo. Ese tipo de mirada que te hace creer, aunque sea un segundo, que las segundas oportunidades existen.

—Qué bien te sienta el embarazo. Estás guapísima. —Acarició mi mano.

—¿Sí? —Noté cómo me ruborizaba entera.

—No quiero perderme ni un minuto más de este momento, Anais. Terminaría volviéndome loco.

Sentí un vuelco en el estómago, una mezcla de nervios, ilusión y miedo que me recorrió entera. Nunca pensé que volvería a escuchar algo así de sus labios.

—Mira, Carlos se fue al ático de mi hermana… también te podrías venir tú al mío —dije intentando poner humor.

—Ahora mismo, con los ojos cerrados. —Siguió acariciando mi mano.

—Me estás vacilando. —Reí nerviosa, con un nudo en la garganta.

—Para nada. Quiero estar a tu lado. —Me miró fijamente, como aquella primera vez—. Quiero estar contigo, Anais, que nos demos la oportunidad de formar una familia. Me da igual si es en tu casa, en la mía o debajo de un puente —acarició mi mejilla, secando mis lágrimas—, pero no quiero pasar ni un día más sin ti.

—¿De verdad?

—Por lo que más quiero. —Puso su mano en mi barriga—. Quiero estar con vosotras.

—Y yo es lo que más deseo.

Él puso sus manos a cada lado de mi cara, me miró con la emoción a flor de piel y me besó. Fue un beso largo, precioso, lleno de promesas que dolían y curaban a la vez.

Era un beso que sabía a reencuentro, a arrepentimiento, a promesa. A todo lo que no nos habíamos dicho y a todo lo que aún quedaba por construir.

De repente, desde la otra mesa, estallaron aplausos.

—¡Hijos! —gritó una mujer—. No sabemos qué ha pasado, pero nos habéis dado un momento muy bonito.

Nos reímos los dos y les dimos las gracias. No habían escuchado nada, pero nuestros rostros lo contaban todo: algo renacía allí, entre nosotros.

Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que la vida, caprichosa como era, quizá nos estaba regalando un pequeño principio.

Capítulo 31

Estaba en la eco de las cuatro semanas, tumbada en la camilla, con el doctor a un lado y Martín al otro. Frente a nosotros, mi hermana, Carlos, mi padre y Melisa observaban sin pestañear. Todos estaban allí para vivir este momento, y aunque no era la primera ecografía, sí era la más especial: estaba rodeada de todas las personas importantes de mi vida, mi familia, y por supuesto, el hombre al que amaba con todo mi corazón.

A veces me costaba creer que, después de tantas idas y venidas, estuviéramos todos allí, unidos, respirando la misma emoción. Era como si la vida hubiese decidido darme una segunda oportunidad, una de esas que llegan sin ruido, pero que lo cambian todo. Sentía una mezcla cálida entre vértigo y gratitud, como si mi cuerpo entendiera antes que mi mente la magnitud del momento.

Desde que Martín apareció y me pidió que estuviéramos juntos, no se había separado de mí. Esa misma noche se instaló en mi casa, desde donde trabajaba, vivía y compartía cada minuto a mi lado sin soltarme de la mano.

Él tenía esa forma suya tan particular de hacer que todo pareciera sencillo. Su sola presencia ya me serenaba, como si su voz y sus gestos hubiesen encontrado la frecuencia exacta para calmarme. Había noches en las que me despertaba y lo veía dormir abrazado a mí, protegiendo mi vientre sin darse cuenta. Y en esos instantes sentía que nunca había tenido tan claro dónde estaba mi hogar.

Podía decir que esas tres semanas habían sido un camino de rosas; él me lo había puesto todo tan fácil, tan dulce, tan suave, que sentía que no podía ser más afortunada por haber recuperado al hombre más maravilloso del mundo. Me preparaba comidas deliciosas, me daba masajes, me rodeaba de abrazos continuos y me recordaba cada día la gran mujer que era.

Eso sí: bromeaba mucho con lo que le hice por culpa de Carola y, cuando tenía ocasión, me soltaba algún tirito. Yo le respondía con una burla y siempre terminábamos en un beso. Por mucho que quisiera, seguía teniendo una herida aún cicatrizando, y lo entendía. Me ponía en su lugar y me dolía pensar lo mal que lo había hecho no dándole la oportunidad de explicarse.

La cara de todos mirando la eco y escuchando el latido era todo un poema. La emoción flotaba por todos los rincones de la consulta; incluso el ginecólogo sonreía al vernos así.

Mi hermana tenía los ojos brillantes, Carlos me miraba con un orgullo que casi dolía y Melisa sujetaba su bolso con ambas manos, intentando disimular la emoción. Mi padre, en cambio, no podía disimular nada: tenía esa sonrisa amplia y juvenil que solo le vi cuando yo era pequeña. Verlos así, tan volcados en mi hija, me confirmó que esta niña llegaba a un mundo más amoroso del que jamás hubiera imaginado.

Todo estaba perfecto. Me envió por correo las imágenes para que las guardara con ilusión, como él mismo dijo mientras las enviaba desde su ordenador.

Habíamos programado la eco para última hora, cuando yo ya no tuviera pacientes y coincidiera con mi salida, igual que con la de mi hermana, así que nos iríamos todos juntos a comer. Salimos contentísimos, con esa euforia bonita que te deja el corazón latiendo fuerte en el pecho.

El pasillo del centro de salud parecía más luminoso que nunca. Caminábamos todos hablando a la vez, riéndonos de cualquier tontería y discutiendo sobre a quién se parecía la niña según la forma del perfil. Era una escena cotidiana y simple, pero para mí significaba muchísimo: era la primera vez en meses que sentía a mi familia tan alineada, sin sombras, sin tensiones, solo ilusión.

Habíamos reservado un almuerzo en el mejor restaurante de carnes a la parrilla de la ciudad. Precisamente allí Martín y yo habíamos comido días atrás con Matías, con quien él congenió al instante.

—Entonces os queda claro que la niña se parece a mí, ¿no? —preguntó Martín cuando ya estábamos acomodados en la mesa.

—Muy claro no, hijo… —respondió Melisa poniendo cara de que a su hijo le gustaba provocar.

—¿No crees tú que se merece otra hostia a mano abierta? —soltó mi hermana, arrancando la protesta de mi padre y la risa de todos.

—Eres muy violenta, cuñada. ¿A hostias tratas a los pacientes?

—No, a esos los fulmino con la mirada. Menos a mis adorables, que algunos me han robado el corazoncito —dijo formando un corazón con las manos.

—Suegro, ¿no cree usted que a ella también le faltó una hostia? —preguntó Martín sin perder la sonrisa.

—A mí dejadme fuera, que no entro en esas polémicas —dijo mi padre mientras servía vino.

—Están en plena luna de miel —murmuró Carlos—. Solo les falta la boda.

—Quita, quita —dijo Melisa riéndose—, que si me caso pierdo la paga de viudedad, y no sabéis lo bien que vivo con la paga, mi sueldo y el de este. —Señaló a mi padre, provocándonos otra risilla.

—Ni yo quiero que la pierdas —respondió él acariciándole la mano—. Siempre podemos hacer una boda simbólica y familiar. Sin trámites.

—Oye, me gusta esa idea —respondió Melisa—. Yo, con un vestido elegante, viviendo mi mejor momento.

—Mamá… que te veo venir.

—Hijo, ¿y tú para cuándo?

—Cuando ella me lo pida —dijo Martín mirándome directamente.

—¿Pedírtelo yo? ¿Qué dices? —Me eché a reír.

—Mamá, te vas a quedar sin ver a tu hijo dar el «sí, quiero».

—La hostia, Melisa, te faltó la hostia —dijo mi hermana.

—Será la otra, porque una ya se la llevó —respondió ella aclarando la voz.

—Pero como yo no la vi, no cuenta —replicó mi hermana encogiéndose de hombros.

—Amo a mi cuñada. Creo que la voy a donar a la ciencia —me dijo Martín pellizcándome la mejilla mientras yo me reía sin entrar en su guerra.

—Así que yo te tendría que pedir matrimonio si quisiera casarme…

—Por supuesto, mi vida. Los tiempos han cambiado. Yo te doy amor y tú decides cuándo convertirme en tu esposo. Puedes quedarte tranquila, que aceptaré; todo sea por hacerte feliz.

—Pégale, hermana —decía Abigail—. Que todos nos ponemos de tu parte.

—Tú calladita —le decía Carlos—, que hoy no tengo ganas de jaleo.

—¿Y tú cuándo me vas a pedir matrimonio? —le preguntó ella.

—Siempre salgo perdiendo… —contestó él, y terminamos riéndonos todos.

La comida fue maravillosa. Estábamos viviendo un momento que ninguno de nosotros hubiera imaginado meses atrás. Nunca vi a mi padre tan enamorado, ni a mi hermana tan feliz con el amor de su vida recuperado. Y yo… yo estaba viviendo una historia preciosa por partida doble: tenía a mi lado al hombre que hacía temblar mis piernas y mi corazón, y además esperábamos a nuestra hija, que ya era la favorita absoluta de toda la familia.

¿Cómo no iba a sentirme feliz si todo empezaba a ordenarse y llenarse de cosas hermosas?

Después de comer, Martín y yo nos fuimos a pasear por la avenida. El día estaba perfecto para caminar, y queríamos disfrutar de nuestra tarde a solas.

Él caminaba con mis dedos entrelazados en los suyos, como si necesitara recordarse constantemente que yo estaba allí. Cada rato me daba un beso en la sien o me acariciaba la palma con el pulgar, detalles pequeños pero capaces de desarmarme. La tarde estaba tibia, con ese aire suave que anuncia la llegada del buen tiempo, y por primera vez en mucho tiempo pensé que quizá, solo quizá, estaba exactamente donde tenía que estar.

—Oye —dije mientras me paraba para mirarle a los ojos—, lo de que yo te pidiera casarnos… ¿Lo dijiste en broma?

—En absoluto. ¿Qué tiene de malo? —respondió sin perder la sonrisa.

—Martín, por Dios, que tú eres todo un caballero.

—¿Y por ser un caballero no tengo derecho a que me hagan sentir especial?

—Te aviso desde ya: si tú no eres el que lo pide…

—Estoy dispuesto a aguantarte como novia toda la vida. —Me cortó aguantando la risa.

—Mal vamos, mal vamos… —Me reí, abrazándolo de lado mientras caminábamos.

No podía quejarme de nada. Sabía que él tenía una casa mejor, con más espacio para recibir familia, pero le daba igual estar en mi ático y vivir conmigo. Eso sí, de vez en cuando lanzaba alguna indirecta sobre lo bien que disfrutaríamos de su piscina en verano. Yo sabía que tarde o temprano acabaríamos mudándonos, pero ahora mismo estaba muy ilusionada con mi ático y la habitación que había preparado para la niña.

Sabía que surgirían miedos, que habría días malos, que ninguno de los dos era perfecto. Pero también sabía que cuando él me miraba, lo hacía con un amor tan honesto que a veces tenía que apartar la vista para no llorar. La maternidad me estaba transformando, sí, pero también lo estaba transformando a él. Y vernos crecer juntos, sanando lo que se rompió, era la certeza más bonita que había tenido en mucho tiempo.

Aún nos quedaban meses para su nacimiento, pero tenía claro que, con boda o sin ella, y viviendo donde fuese, nuestra historia estaba triunfando. Esa complicidad del principio no solo seguía viva, sino que había crecido de una manera que jamás imaginé.

Y esta vez, lo tenía claro: no pensaba soltarlo nunca.

Epílogo

4 años después…

—Navidad, Navidad, dulce Navidad… —Cantaba Martina recorriendo toda la casa con la pandereta que le había regalado mi hermana.

—Martina, ven aquí y tómate el Cola Cao. Y deja de hacer ruido tan temprano.

—Papá me ha dicho que cante.

—Esta niña solo hace que venderme… —Martín volteó los ojos.

—Papá, has sido tú. —Lo señaló con el dedo mientras trepaba a la silla para desayunar con nosotros.

Y justo entonces sentí cómo mis piernas se empapaban por completo.

—Acabo de romper aguas —susurré, alarmada y emocionada.

Martín se levantó de un salto.

—¿Mamá, el bebé se meó encima? —preguntó Martina muy seria.

—Sí, hija. Ya viene. No tenía un día mejor —murmuré intentando sofocar un dolor que empezaba a hacerse notar.

Martín llamó a mi hermana, que llegó volando en coche para llevarse a la pequeña. Mi padre y Melisa ya estaban camino del hospital.

Vivíamos en la casa de Martín desde hacía tres años, así que la logística era rápida. Entramos por urgencias y allí estaban ya mi padre y Melisa esperándonos. Mi hermana venía detrás, después de dejar a Martina con Carlos.

—¿Cómo estás, cariño? —preguntó mi padre, acariciándome el brazo.

—Deseando que salga. Lo noto bajando —alcancé a decir mientras me conducían hacia el registro.

Como con Martina, no hubo tiempo de nada. Ni epidural, ni calmantes… nada. Otra vez a sangre fría, con los jadeos y gritos que a dos empujones trajeron al mundo a nuestro hijo. Martín. Sí, así se iba a llamar. El padre decía que «Anais en masculino» no sonaba bien; así era él, quería todo el protagonismo.

Martín cortó el cordón umbilical con los ojos llenos de lágrimas mientras el equipo médico nos acompañaba en el momento. Para algo, yo era compañera de todos ellos.

—Ahora sí me puedes pedir matrimonio —dijo, entregándome al bebé y acomodándolo sobre mi pecho.

Todo el equipo soltó una carcajada. Él seguía empeñado en que la que debía pedir matrimonio era yo.

La comida de Navidad la hicimos allí mismo, en la habitación, con visitas intermitentes de mi familia, Matías —que se presentó emocionado a conocer al pequeño— y, por supuesto, Martina, que se asomó un ratito y dejó claro que ella era la mayor y la favorita. Tenía carácter, pero ese carácter la hacía única.

Aquellos años hasta llegar a este momento habían sido un regalo. Martina había heredado de su padre no solo sus ojos y sus expresiones divertidas, sino también ese carácter lleno de chispa que a veces nos traía de cabeza y otras nos derretía por completo. Martín decía siempre, medio en broma y medio en

serio, que la niña era «su clon mejorado», y tenía razón: la niña irradiaba la misma luz que él.

Nuestra vida también había encontrado su equilibrio. Martín continuaba trabajando como ingeniero y arquitecto, la mayor parte del tiempo desde casa, donde decía concentrarse mejor si escuchaba de fondo las canciones inventadas de Martina o sus carreras por el pasillo. Su despacho se había convertido en un museo improvisado de planos, maquetas y dibujos que ella le colgaba con pinzas de colores.

Yo también seguía en mi centro médico, compartiendo turnos, risas y confidencias con mi hermana. Trabajar juntas nos había unido aún más, como si después de todo lo vivido necesitáramos estar cerca para recordarnos que la vida, a veces, sí ofrece segundas oportunidades.

Mi padre y Melisa, por su parte, habían cumplido aquel sueño que mencionaban tantas veces: la boda simbólica. Fue íntima, emotiva y tan suya que todos terminamos llorando y riendo a la vez. Desde entonces parecían dos adolescentes en luna de miel, disfrutando de esa etapa madura que demostraba que el amor, cuando llega bien, nunca es tarde.

Por cierto, nuestra madre también había dado señales de vida… para no perder la costumbre de aparecer solo cuando el viento dejaba de soplarle a favor. Hacía unos meses que llamó diciendo que se había separado de Pablo —sí, el rico— y que quería «retomar el contacto», como si los años de ausencia se pudieran barrer con una llamada. Ni mi hermana ni yo estábamos dispuestas. La desmemoriada que se hizo la loca todo este tiempo podía seguir igual: sin hijas. No le debíamos nada. Y, como era de esperar, no volvimos a saber de ella.

Nuestra casa, mientras tanto, era un caos precioso. Entre comidas familiares, tardes improvisadas de piscina, meriendas desastrosas hechas por Martina y visitas constantes de mi hermana y Carlos, vivíamos siempre rodeados de ruido, cariño y un desorden que sabía a hogar.

Mi hermana se había casado con Carlos el verano anterior, en una boda frente al mar que fue preciosa, exagerada y totalmente «suya». No habían logrado quedarse embarazados, pero eran felices como estaban y no pensaban pasar por tratamientos. Todo era respetable.

En nuestro caso… bueno. Yo sabía que Martín no pensaba casarse si yo no se lo pedía. Y con un segundo hijo en brazos, no me quedaba otra que…

—Martín, ¿me das una cajita que hay en la bolsita del bebé? —le pedí desde la cama.

—Claro… ¿esta? —La levantó.

—Esa. Ábrela, por favor.

—No me irás a… —dijo con los ojos entrecerrados.

—¡Cásate conmigo! —solté, temblando de emoción.

—¿En serio me estás pidiendo que me case contigo? —dijo con la voz quebrada.

—Sí. Con dos niños en el mundo ya no me la juego —bromeé, viendo cómo se le humedecían los ojos.

Martín se agachó junto a la cunita.

—Déjame consultarlo con mi socio —dijo mirando al bebé—. Hijo, ¿crees que debo aguantar a tu madre toda la vida?

El bebé rompió a llorar a pulmón lleno y los dos estallamos en una carcajada.

—Creo que te está diciendo que no te la juegues —respondí entre risas.

—Ya me la jugué una vez. ¿Qué más da jugármela otra vez? —Se acercó y me besó.

—¿Es un sí? —pregunté ilusionada.

—Casualmente… —Metió la mano en el bolsillo y sacó un anillo precioso —. Hoy iba a pedirte yo que te casaras conmigo.

Me quedé muda.

—¿En serio?

—Te amo para toda mi vida, Anais —susurró, besándome la frente.

Y así terminó todo: con nosotros tres abrazados, en una habitación de hospital, en plena Navidad.

Navidad, dulce Navidad… esa que recoge historias y momentos que se quedan para siempre en el corazón. Como el nuestro. Como el de nuestra familia.

RRSS

Facebook: Ariadna Baker
Instagram: @ariadna_baker_escritora
Amazon: relinks.me/AriadnaBaker
Twitter: @ChicasTribu